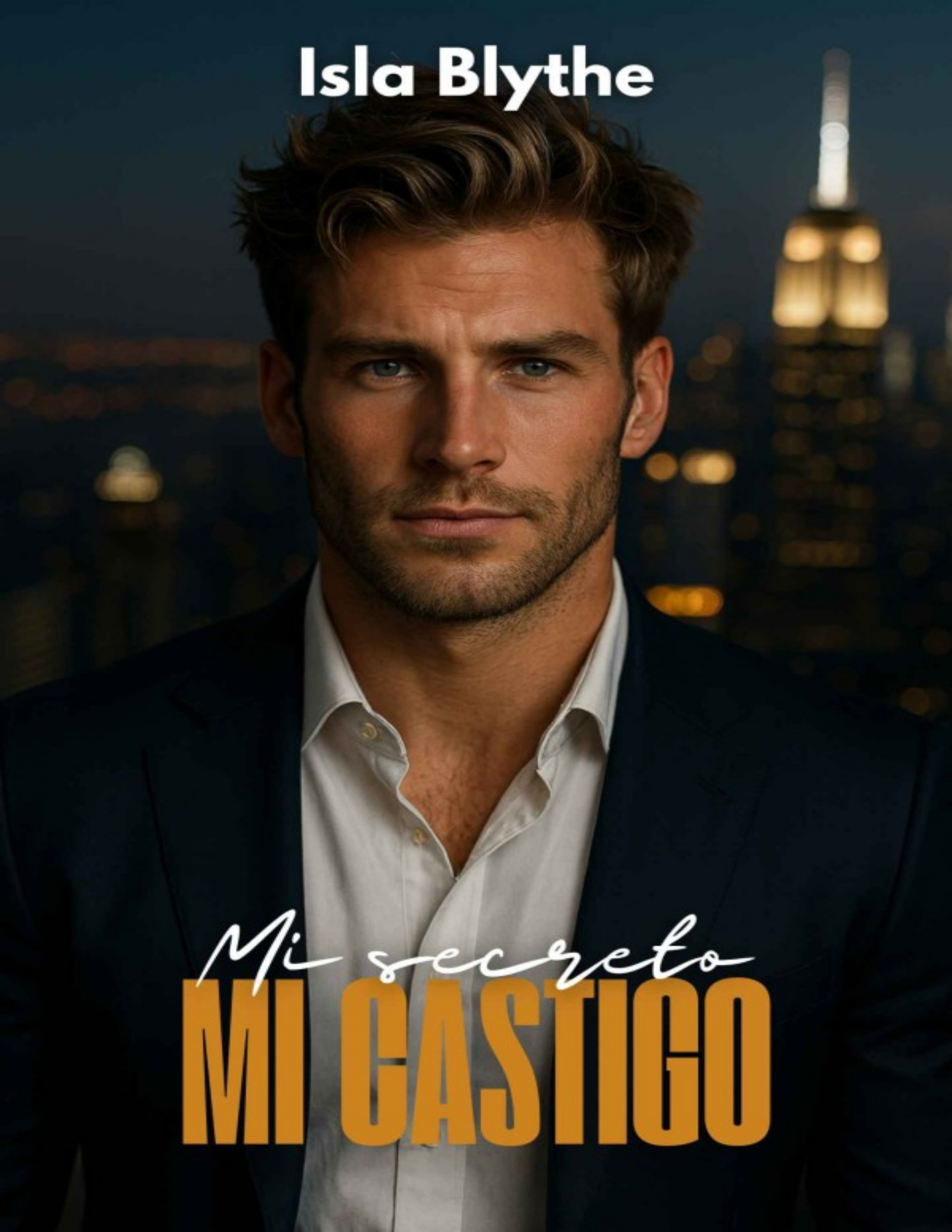

Isla Blythe
Mi secreto
MI CASTIGO

Isla Blythe

Mi secreto, mi castigo

Copyright © 2025 by Isla Blythe

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro, sin el permiso escrito del editor. Está prohibido copiar este libro, publicarlo en una página web o distribuirlo por cualquier otro medio sin autorización.

Safe Creative: 2511253831832

Contents

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 1

Hay días en que el mundo se despierta con un deseo sincero de arder. A Valerie Knox esos días le sentaban mejor que el resto.

A las 8:03 de la mañana ya había resuelto dos conflictos internos, anulado una contratación absurda propuesta por Finanzas y dictado —sin alzar la voz— el fin de una campaña de marketing más interesada en provocar ataques epilépticos que en vender nada. Todo sin haberse quitado aún el abrigo de lana camel. Era eficiente. Era precisa. Para la mayoría de sus subordinados, era una mezcla entre oráculo y sentencia.

Su despacho —vidrio esmerilado, acero cepillado y una planta que nadie había regado jamás pero que seguía viva por puro miedo — la representaba a la perfección. Sin excesos, sin adornos innecesarios. Solo resultados. Como ella.

—Te dejo los informes del cierre trimestral —anunció Claire, su jefa de gabinete, moviéndose con la familiaridad de quien había sobrevivido a cinco años de hielo sin morir congelada.

Valerie asintió sin levantar la mirada.

—Gracias. Y dile a Finanzas que vuelvan a intentarlo cuando recuerden qué significa la palabra "realista".

Claire sonrió, apenas. Ese gesto equivalía a una carcajada en horario de oficina.

A las 8:46, Valerie tenía la taza de café en la mano —negro, sin azúcar, como su paciencia— y la mirada clavada en el informe de Recursos Humanos sobre la rotación del último trimestre. Leía como quien disecciona. Con bisturí. Con intención. Nada se le escapaba.

Hay cosas que se entierran una vez. Y no se desentierran nunca.

Lo pensó sin motivo aparente. O quizá sí. Quizá ese nudo pequeño y agudo en el estómago sabía algo que ella aún no sabía.

El móvil vibró. Un mensaje nuevo. Breve. Corporativo. Protocolario.

Confirmado: el CEO de Hawthorne & Partners ya está instalado en la sede compartida. Empezará las reuniones esta semana.

Valerie no pestañeó. No suspiró. No movió un músculo. Solo levantó la vista con el cuello perfectamente recto, como si alguien pudiera estar observándola. Como si fuera posible que ese nombre todavía tuviera poder.

Todavía no lo habían escrito. Pero el cuerpo… lo había leído antes que nadie.

El nombre no estaba en el mensaje. No hacía falta. Valerie lo sabía.

Nicholas Hawthorne. El nombre que no pronunciaba desde hacía más de dos años. Aunque su cuerpo, traidor experto, seguía guardando el sonido como si fuera una contraseña cifrada. A veces, en mitad de una reunión, le venía su voz. Baja. Precisa. Británica. Como una daga con educación.

Releyó el mensaje con la misma expresión que pondría ante una mosca en su copa de champán: molesta, pero no sorprendida.

Claire apareció de nuevo, esta vez sin carpeta.

—¿Lo has visto ya?

Valerie no levantó la vista.

—¿A quién?

—Al nuevo CEO de Londres. Aparentemente es un tipo brillante. Discreto. Elegante. Casi aburrido.

«Discreto. Elegante. Casi aburrido.»

Valerie tragó café como si pudiera apagar con él las imágenes que empezaban a prender.

El botón de su camisa desabrochándose. La línea de su clavícula. Sus dedos rodeándole la muñeca. El jadeo que le arrancó en aquella habitación de hotel donde no hubo tiempo para nada excepto para todo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Claire con tono neutro, pero mirada quirúrgica.

—Nada —dijo Valerie, poniéndose de pie—. Solo necesito aire.

Mentira. Necesitaba control. Pero eso no se decía en voz alta. Ni siquiera cuando lo habías perdido sin darte cuenta.

Salió del despacho. El taconeo, perfecto. Impecable. Nadie, salvo una asistente joven, se atrevió a mirarla más de dos segundos. Pero esa sí notó algo. Algo en la mandíbula apretada. En la mano que agarraba el móvil como si estuviera evitando lanzarlo contra el suelo. Como si una parte de ella supiera lo que estaba a punto de ocurrir.

No vas a temblar por una noche que no significó nada. Excepto que lo fue todo.

Y entonces, justo cuando dobló el pasillo hacia la sala de juntas, lo oyó.

La voz.

Esa voz. Grave, templada, con el tipo de acento que vuelve peligrosos incluso los buenos días.

Nicholas Hawthorne estaba allí. Y no había cambiado ni una puta nota de su tono.

El pasillo de cristal que conectaba la sala de juntas con las oficinas ejecutivas era un espacio diseñado, según decían, para inspirar transparencia. Valerie siempre había considerado que era, en realidad, un decorado para la vigilancia.

Y hoy, por primera vez, se sintió observada por su propio reflejo.

Nicholas estaba allí.

Salía de la sala con una botella de agua en la mano. Sin chaqueta. Camisa blanca, remangada. La misma postura relajada con la que la había hecho arder. Y luego dudar. Y luego desaparecer.

Durante un segundo —uno solo, controlado, microscópico— Valerie se detuvo. No por él. Por su cuerpo. Que tardó una fracción de más en obedecerla.

Él la vio. Y no sonrió. Solo bajó el agua con lentitud. La mirada fija. Como si no hubieran pasado dos años. Como si Londres no hubiera sido un error. Como si lo supiera todo. Como si no hubiera olvidado nada.

—Señorita Knox —dijo con cortesía quirúrgica—. Un placer volver a verla.

Ella parpadeó una sola vez.

—Señor Hawthorne. Bienvenido a Nueva York.

Su voz sonó perfecta. Neutral. A prueba de filtraciones. Excepto por esa pausa mínima en el «bienvenido». Como si la palabra no terminara de encajarle en la lengua.

Ambos callaron. Unos pasos más cerca. Él extendió la mano. Ella la tomó. Solo por educación. Solo por protocolo. Solo por la maldita necesidad de comprobar si seguía igual de caliente.

Lo estaba.

Se soltaron en el segundo exacto en que tocaba. Ni antes ni después. Pero el aire entre ellos se quedó denso. Viciado. Peligrosamente familiar.

—Espero que su instalación haya sido fluida —dijo ella, dando un paso lateral. Profesional. Glacial.

—Hasta ahora, impecable —respondió él.

Aunque sus ojos no hablaban de logística. Hablaban de otra cosa. De sábanas. De susurros. De algo que ardía en pasado pero seguía oliendo a presente.

Ella asintió y dio un paso para irse. Él no la siguió. Pero cuando pasó a su lado, un milímetro más cerca de lo necesario, algo cambió.

El roce fue leve. Involuntario, podrían decir. Pero ambos sabían que no lo era.

Leve, sí. Pero Valerie lo sintió como una corriente directa al abdomen. Una descarga controlada. Precisa. Muy Nicholas.

Siguió caminando como si no hubiera pasado nada. Como si sus tacones no resonaran más fuerte en el suelo. Como si la piel de su brazo no ardiera exactamente en el lugar donde él la había tocado.

Una asistente la saludó al pasar. Valerie la ignoró. No por descortesía, sino porque en ese momento estaba ocupada recordando cómo se respiraba con normalidad.

Entró en su despacho, cerró la puerta y apoyó la espalda en el cristal. Solo un segundo. Solo un respiro.

¿En serio? ¿Después de todo este tiempo? ¿Después de todo lo que construiste para enterrarlo?

Inspiró hondo. Exhaló más despacio aún. No. No iba a permitirse esto.

Caminó hasta su escritorio. Abrió el portátil. Releyó la agenda del día. Nada nuevo. Todo bajo control. Salvo ese detalle minúsculo llamado Nicholas Hawthorne, cuya mera presencia podía desestabilizar sistemas de defensa perfectamente entrenados durante años.

—Claire —dijo al interfono—, cancela mi llamada con Frankfurt. Que la reagenden.

—¿Algún motivo en particular?

—Voy a salir unos minutos.

—¿Todo bien?

Valerie tardó un segundo en responder.

—Sí —mintió—. Todo en orden.

Se miró en el espejo del baño contiguo. La camisa, impecable. El maquillaje, intacto. El gesto… profesional.

Excepto los ojos.

Ah, los ojos.

Los ojos no mentían. Decían: Sigue oliendo igual. A secreto. A castigo.

Y algo dentro de ella —algo tan silencioso como letal— susurró: Y sigues queriendo probarlo otra vez.

El resto del día transcurrió como si todo siguiera igual. Que es justo lo que hace el iceberg antes de hundir al Titanic.

Valerie asistió a dos reuniones, despachó con Legal y respondió siete correos con la eficacia de una mujer que nunca pierde el control. Y, sin embargo, en el fondo del cajón —justo debajo del bloc de notas donde apuntaba ideas con trazo limpio— había una hoja arrugada que había sacado del archivo de la fusión.

No la había arrugado ella. La hoja ya venía así. Como si el papel también supiera que esa alianza tenía grietas.

A las 18:40, Claire volvió a entrar.

—¿Vas a quedarte mucho más?

—Un rato —dijo Valerie, sin apartar los ojos de la pantalla.

La pantalla estaba vacía. Llevaba cinco minutos leyendo la misma frase sin entender una sola palabra.

Claire la observó un momento. Con esa expresión suya que no decía nada, pero lo intuía todo.

—¿Está aquí por fin?

Valerie levantó la vista.

—¿Quién?

—Él.

La pausa fue mínima. Pero Claire la notó. Llevaba años midiendo silencios.

—Es solo trabajo —respondió Valerie, demasiado rápido.

—Claro. El más emocionante de todos —replicó Claire, y se marchó.

El despacho quedó en silencio. El tipo de silencio que huele a anticipación. A eso. A lo que no debería repetirse. A lo que arde.

Valerie cerró el portátil, se apoyó en el respaldo y miró la ciudad a través del cristal. Nueva York brillaba como siempre: arrogante,

inabarcable, hermosa. Justo como ella.

No pasa nada, pensó. Es solo un reencuentro. Un hombre. Una historia vieja. Y yo ya no soy la misma.

Y entonces, sin quererlo, sin controlarlo, volvió a él.

A sus ojos. A su voz. A ese maldito olor. A ese maldito tacto. A ese maldito gemido que no había conseguido borrar.

Y se dijo una última frase, solo para sí misma:

Siempre olerá igual: a secreto. A castigo.

Capítulo 2

Valerie llegó a las 7:02. No porque tuviera una reunión. No porque hubiese un informe urgente. Sino porque necesitaba conquistar el edificio antes que él.

Hay quien hace yoga al amanecer. Ella prefería dominar el silencio corporativo antes de que la estupidez colectiva se activara.

Cruzó el vestíbulo con paso firme, chaqueta gris perla, moño tirante hasta la perfección. Salvo por un mechón rebelde que se deslizó sobre su mejilla. Lo ignoró. Como se ignoran las emociones en una junta de accionistas: con entereza y labial mate.

El guarda de seguridad la saludó. Ella asintió con esa autoridad pulida que decía sí, soy yo, y tú lo sabes. Subió sola al ascensor.

Y fue entonces.

Justo cuando las puertas se cerraron y el metal le devolvió su reflejo, ocurrió: un murmullo que no salía de la planta baja, sino de su memoria.

«Quiero oírte romperte.»

La frase exacta, con ese tono entre ruego y orden. Una voz de Londres. Una noche. Una fractura.

Valerie se sostuvo de la barandilla interior. No porque fuera a caerse. No era tan dramática. Pero sus rodillas hicieron un amago de inconsistencia. Y ella no se permitía inconsistencias antes del café.

—Control, Valerie —susurró—. Control hasta la última célula.

Cuando llegó a su planta, la recibió el murmullo habitual de teclados, teléfonos y subordinados entrenados para no respirar demasiado fuerte cerca de ella. Perfecto.

Todo estaba en orden. Hasta que no lo estuvo.

—El señor Hawthorne ya está en su despacho —avisó su asistente al verla—. Llegó puntual.

Por supuesto que sí. Él siempre llegaba antes que el desastre.

Valerie asintió. No dijo nada. No tenía tiempo para frases.

Pero su estómago, traidor refinado, ejecutó un leve vuelco que nadie había autorizado.

No es lo que pasó lo que me asusta. Es lo que volvería a pasar si me dejasen sola con él.

Porque había cuerpos que olvidaban.

Y luego estaba el suyo: con memoria de piel, de gemidos, de voz grave murmurando lo que nadie más se había atrevido a decirle.

Siguió caminando. Cada paso más firme que el anterior.

Porque lo último que se pierde es el ritmo. Y lo primero, el control.

La sala de juntas tenía una temperatura impecable. Veintidós grados exactos. Ni una mota de polvo. Ni una palabra de más.

En resumen: el lugar perfecto para fingir que nada se desmoronaba.

Valerie tomó asiento a la derecha del director ejecutivo de operaciones. Al otro lado, Nicholas Hawthorne. Distancia justa. Silla ergonómica. Carpetas simétricas. Y una tensión tan densa que podría haberse archivado como documento confidencial.

—Bien —dijo Claire, abriendo la reunión con su habitual calma nuclear—. Hablemos de la integración de sistemas y del plan conjunto de expansión en Asia.

Nicholas habló primero.

Por supuesto que lo hizo.

Con voz templada. Pausada. De esas que no interrumpen: atraviesan.

—Creemos que una presencia piloto en Singapur, anclada a los activos de Hayes, nos permitiría testear el impacto logístico con bajo riesgo. Propondríamos mover talento senior, al menos de forma temporal.

Valerie asintió mientras lo escuchaba. O lo intentaba. Porque lo que realmente oía no era la estrategia, sino esa otra voz.

«Abre más las piernas, Valerie.»

Tragó saliva. Sonrió.

—Interesante —dijo con la elegancia de quien sabe que un bisturí corta más cuando se usa con cortesía—. Aunque para mover talento senior, habría que asegurarse de que no se nos desangre el núcleo aquí.

Nicholas giró la cabeza apenas. Sonrió también. Oh, sí. Conocía ese juego.

—Nadie está sugiriendo sacrificar el centro. Solo explorar otras fronteras —dijo, y la miró con esa pausa que siempre venía justo antes del contacto.

Ella le sostuvo la mirada. Dos segundos más de lo necesario. Lo justo para que todos creyeran que era profesionalismo.

Excepto que no lo era.

Era una guerra. Silenciosa. Elegante. Preliminar.

Siguieron hablando. Los demás intervenían. Tomaban notas. Hacían preguntas. Todo parecía normal.

Pero entre ellos dos, el silencio gritaba.

Y luego, cuando la reunión terminó y cada cual recogía sus papeles, ocurrió.

Nicholas se acercó un paso. No lo suficiente como para invadir. Pero sí para insinuarse.

—Me alegra ver que no has cambiado —murmuró—. No completamente.

Valerie le sonrió con la serenidad de quien ya ha incendiado imperios enteros.

—Tú tampoco —susurró—. Sigues creyendo que las cicatrices se abren por voluntad.

Y se marchó. Sin girarse. Porque mirarlo otra vez… habría sido rendirse.

El despacho se cerró detrás de ella con ese clic metálico que Valerie siempre había amado. Sonaba a seguridad. A control. A barrera.

Esta vez no sirvió de nada.

Se quitó los tacones con un gesto automático —no de descanso, sino de defensa— y caminó hasta la ventana. La ciudad seguía allí. Inmensa. Impasible. Igual que hacía dos años, cuando salió del hotel a las seis y doce de la mañana sin mirar atrás.

Y, sin embargo, en cuanto apoyó la frente contra el cristal, el recuerdo se coló por una rendija que no sabía que seguía abierta.

El espejo. Empañado. Su cuerpo reflejado contra él. Nicholas detrás, la mano firme en su cadera. Su voz, ronca, casi rota: «Dímelo otra vez.»

Y ella, jadeando, obedeciendo como si no hubiera nada más cierto en el mundo que ese mandato.

«Por favor.»

Valerie cerró los ojos con fuerza. Como si apretarlos bastara para borrar la humedad que se acumulaba —en la garganta, entre las piernas, en el centro exacto donde aún recordaba su lengua.

No. No ahora. No otra vez.

Volvió al escritorio. Se dejó caer en la silla. Se abrochó un botón más de la blusa que nadie había desabrochado. No ese día. No aún. Y aun así, la piel ardía como si alguien lo hubiera hecho.

Se obligó a abrir un documento. Cualquier documento. Palabras sin alma que sirvieran de escudo.

«Abre más las piernas, Valerie.»

La frase reapareció sin permiso. Sin contexto. Sin compasión.

Apoyó las palmas contra la mesa. Respiró hondo. Se repitió lo de siempre:

Tú controlas. Tú decides. Tú mandas.

Mentira, claro. Porque en ese instante, el deseo decidió por ella. Y su cuerpo, ese traidor de memoria impecable, ya estaba mojado. Y tenso. Y vivo.

Entonces, tres golpes suaves en la puerta.

No podía ser.

Pero lo era.

La puerta se entreabrió.

Nicholas. Impecable. Inadecuado. Con un sobre en la mano y el infierno en los ojos.

—Te traje esto —dijo, como si el informe en papel no pudiera haber viajado perfectamente por correo electrónico. Como si no supiera que su presencia era un incendio con nombre propio.

Ella se levantó despacio. Tomó el sobre sin rozarle los dedos. Lo logró. Casi.

Él se giró para irse. Pero se detuvo en seco. No se fue. No todavía.

Y cuando se volvió, dijo lo que no debía decir.

No cerró la puerta. Se quedó ahí, un pie dentro, el otro fuera. Como si lo que estaba a punto de soltar necesitara medio umbral para no convertirse en invasión completa.

—Yo sí lo recuerdo, Valerie. Todo.

Así. Sin elevar la voz. Sin escándalo. Solo esa certeza suave, cortante, capaz de hacer sangrar sin gritar.

Ella no respondió.

No había respuesta que no delatara el temblor que acababa de nacerle en el esternón.

Nicholas sostuvo la mirada un segundo más. No pidió nada. No se acercó. No repitió. Y, acto seguido, desapareció.

La puerta se cerró. Su perfume quedó flotando en el aire. Ese aroma a cuero, lluvia y algo más difícil de nombrar. Como si un recuerdo se hubiera destilado en colonia.

Valerie se quedó de pie. Inmóvil. Sobre los tacones que no llevaba puestos, pero que ahora sentía otra vez clavarse en su dignidad.

«Yo sí lo recuerdo.»

Una frase. Siete palabras. Y, sin embargo, ahí estaban: las sábanas retorcidas. Su mano en su cuello. El ritmo exacto con el que la rompió. No el cuerpo. El otro. El que deja marca en los días siguientes. En los meses. En los malditos años.

Se sentó. Esta vez más despacio. Como si el cuerpo pesara distinto. Como si la silla ya no fuera suya.

Abrió el sobre. El informe estaba impoluto. Claro. Directo. Como todo lo que hacía Nicholas. Excepto lo que hizo con ella.

Aquel día, en Londres. Aquella noche.

Una que no tenía nombre. Ni promesa. Ni final escrito.

¿Cómo se archiva un error que fue lo mejor y lo peor a la vez?

Cerró el informe. Lo dejó a un lado.

Y por primera vez en mucho tiempo, Valerie Knox no supo qué hacer con sus manos.

Porque el cuerpo la había traicionado. Y la mente… ya no bastaba para contener el incendio.

Valerie fue al baño privado y cerró la puerta con el mismo cuidado con el que se desactiva una bomba.

El espejo no fue piadoso.

La mujer reflejada tenía el moño intacto, la camisa sin una sola arruga y los labios perfectamente perfilados. Podía engañar al mundo entero. Menos a sí misma.

Se miró sin moverse. Porque si se movía, temía que algo se rompiera: una línea de defensa, una costura emocional, la idea de que ella seguía al mando.

Yo sí lo recuerdo, Valerie. Todo.

La frase la golpeó de nuevo. Con el eco de esa voz. Su voz. Grave. Tranquila. Imposible de silenciar.

Como si hubiera estado ensayándola desde Londres hasta ahora.

O peor aún: como si no hubiera tenido que ensayarla nunca.

Se mojó las muñecas con agua fría. No ayudó. El calor no venía de la superficie. Venía de más abajo. Del lugar exacto donde el cuerpo ya había dicho sí antes de que la cabeza pudiera votar.

No es deseo, pensó. Es memoria carnal. Es hábito hormonal. Es química maldita.

Mentira.

Era deseo. Crudo. Impropio. Inoportuno. Y latía entre las piernas como si la castigara por haberlo negado tanto tiempo.

Regresó al despacho. Cerró la puerta. Apagó la luz. Se dejó caer en la butaca lateral. No en su silla de poder. En la otra. La humana.

Apoyó la cabeza en el respaldo.

Pensó en el ascensor. Pensó en el pasillo de cristal. Pensó en su maldita voz diciéndole: «Me alegra ver que no has cambiado.»

Y se dijo a sí misma, como quien intenta convencer a un cuerpo que ya se ha rendido:

No lo mires. No lo recuerdes. No lo desees.

Luego cerró los ojos.

Y vio su cara. Sintió su boca.

Y deseó.

Capítulo 3

Valerie no creía en supersticiones. Pero aquel lunes tenía sabor a mal presagio.

A las 9:14 ya se había reunido con el director legal, cancelado una presentación y respondido cinco correos con su habitual mezcla de cortesía diplomática y amenaza pasiva. A las 9:27, Claire le recordó —sin mirarla directamente— que a las diez debía revisar con Nicholas Hawthorne la última versión del contrato de integración.

—¿Aquí o en la sala común? —preguntó Claire, como quien lanza una moneda sabiendo que saldrá cruz.

—Aquí —respondió Valerie, sin pensar. O quizá pensando demasiado.

A las 9:59 en punto, él entró.

Llevaba una carpeta en la mano y una expresión neutra en el rostro. Camisa blanca, remangada hasta los antebrazos. Reloj de correa oscura. El tipo de hombre que no tiene que esforzarse por oler bien. Lo hace por naturaleza. O por castigo divino.

—¿Te molesta si cierro la ventana? —preguntó, como si fuera una pregunta inocente.

—Haz lo que necesites —respondió ella, con voz plana. Como si no importara que el aire de la habitación se espesara con cada frase.

Se sentaron. Primero frente a frente. Luego codo con codo. El portátil entre ambos. El espacio, mínimo. La tensión, mayúscula.

Durante los primeros veinte minutos hablaron solo de cláusulas. De fechas. De riesgos financieros. Pero había algo más. En cómo él deslizaba la hoja. En cómo ella alzaba el mentón cada vez que él hablaba. En cómo sus rodillas se rozaban apenas cuando se inclinaban sobre el mismo documento.

Valerie intentó centrarse. Lo hizo de verdad. Pero su cuerpo tenía otras prioridades.

Si sus dedos me rozan una vez más, no respondo de mis piernas.

La frase le cruzó la mente como un susurro sucio. Como un recuerdo que el cuerpo anticipa antes de que ocurra.

Él dijo algo sobre márgenes. Ella no lo escuchó. Solo vio su muñeca, tan cerca de la suya que podía oler su piel. Cedro. Whisky. Verano. Londres.

Se quitó la chaqueta. Un gesto pequeño. Necesario. O eso se dijo.

Él levantó la vista, despacio. Como si cada botón abierto de su blusa fuera una provocación que no pensaba ignorar.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Hace calor —respondió ella.

—Sí —dijo él, sin apartar los ojos—. Mucho.

El cursor del ordenador parpadeaba entre dos párrafos de legalidad sin alma. Una coma mal puesta. Una cláusula repetida. Nada urgente. Nada relevante.

Excepto él.

Nicholas estaba a menos de treinta centímetros. Su perfume era una mezcla de especia templada y cuero. El tipo de olor que no se olvida. Ni se perdona. Valerie intentó no respirar por la nariz. No funcionó.

—Aquí —dijo, señalando una cifra con la punta del bolígrafo—. Este porcentaje no encaja con los márgenes del informe anterior. O alguien se equivocó, o alguien está maquillando datos.

Nicholas no respondió al instante. Solo giró la cabeza. Su barbilla quedó tan cerca de su mejilla que pudo notar el cambio en su respiración. Aire cálido. Directo. Casi íntimo.

—Buen ojo —dijo al fin, en voz más baja de lo necesario—. Pero no es maquillaje. Es una estrategia. Redireccionar activos para simular crecimiento de capital. Todos lo hacen.

—Yo no —replicó ella, sin moverse.

Y entonces ocurrió.

Se inclinó de nuevo hacia el documento. Precisión milimétrica. Elegante. Profesional. Pero su brazo —delicado, firme, peligrosamente despierto— rozó el muslo de Nicholas.

Una fracción de segundo. Un movimiento mínimo.

El tiempo se estiró.

Él no se apartó. Ella tampoco.

Valerie clavó la mirada en la pantalla, fingiendo no haber notado nada. Su piel, en cambio, reaccionó como si hubiera recibido una descarga.

El calor subió desde el vientre hasta el cuello. Una gota de sudor nació entre sus pechos. Descendió lenta, humedeciendo la seda fina

de la blusa. Nicholas no dijo nada. Pero su mirada bajó. Apenas. Justo hasta donde ella sabía que estaba ocurriendo.

Ella lo supo. Él lo supo. El mundo entero podría haberse incendiado y no habrían movido un músculo.

Entonces, alguien cruzó el pasillo. Una figura borrosa al otro lado del cristal. Valerie se incorporó de golpe. Nicholas también. Ambos fingieron revisar papeles. Demasiado tarde.

La escena ya se había jugado. Y ninguno de los dos tenía forma de borrarla.

—Necesito cinco minutos —dijo ella, sin mirarlo.

Se fue directa al baño. Cerró la puerta. Apoyó ambas manos en el borde del lavabo. Respiró. Se mojó la cara. No fue suficiente. El espejo le devolvió una imagen que no reconocía: mejillas encendidas, pupilas dilatadas, mandíbula tensa.

Eso no era trabajo. Era castigo por lo que no debió permitir.

Se cerró la blusa un botón más. Como si eso sirviera de barrera. Como si el deseo respetara botones. *Spoiler*: no lo hacía.

Regresó al despacho con la compostura puesta. Pero el cuerpo seguía ardiendo.

Y Nicholas… Nicholas la miró como si lo supiera.

El edificio estaba en silencio. No el silencio real —el de las luces que zumban y los servidores que respiran en las paredes—, sino el otro. El de después de las siete, cuando solo los que mandan o los que temen quedarse sin puesto siguen ahí.

Valerie era de las que mandaban.

O eso se repetía mientras cruzaba el pasillo hacia la sala de impresión, con el gesto afilado y la blusa ligeramente arrugada. La

carpeta que buscaba no era urgente, pero necesitaba moverse. No pensar.

No cruzarse con él.

Claro que lo hizo.

Nicholas estaba allí. De pie junto al mueble de acero, hojeando un documento con una copa baja en la otra mano. No preguntes de dónde había salido. Era ese tipo de hombre: los vasos le aparecían solos.

Camisa blanca, desabrochada hasta el tercer botón. Mangas remangadas. El reloj brillando bajo la luz tenue. Y ese olor. Siempre ese olor. A cuero. A noche. A algo que no debería seguir doliendo y, sin embargo, dolía.

Valerie frenó un segundo. Lo justo para procesar. Luego volvió a andar.

—No sabía que todavía estabas aquí —dijo, sin mirarlo.

—Tampoco tú.

Su voz era baja. Casi amable. Casi. Pero debajo había filo.

Ella fue hasta la impresora. Pulsó el botón con más fuerza de la necesaria. El papel salió lento. Como si el destino se burlara en formato A4.

Nicholas no se movió.

Cuando ella giró para marcharse, él también se movió. Sin brusquedad. Sin violencia. Simplemente se colocó frente a la puerta.

No la bloqueó. Pero estaba ahí. Presencia. Obstáculo. Tentación.

Valerie se detuvo.

—¿Necesitas algo? —preguntó, sin subir el tono.

—Sí.

Silencio.

—¿Y?

Él no respondió. Dio un paso más. El espacio entre ambos se redujo a lo indecente. A lo imperdonable.

Y entonces, lo hizo.

Le levantó suavemente el cuello de la blusa. Lo bajó. Corrigió un botón mal abrochado. Un gesto ridículo. Íntimo. Devastador.

Su dedo, al hacerlo, rozó la piel de su espalda. Un roce mínimo. Inapreciable para cualquiera. Pero ella tembló. Él lo notó.

Y no se apartó.

Valerie no sabía si quería golpearlo, besarlo o encerrarse en el baño para terminar lo que su cuerpo había empezado hacía horas.

Y justo cuando creyó que todo podía acabar en silencio, él habló.

—¿Tienes idea de lo que me cuesta no tocarte? —murmuró.

Su aliento le rozó la nuca. No fue un beso. No fue una caricia. Fue una confesión.

Y en ese instante exacto, Valerie supo que la línea ya no existía.

No respondió. No movió un músculo. Solo pestañeó. Una vez. Lento.

No había una sola palabra en su diccionario profesional que sirviera para contrarrestar esa frase.

¿Tienes idea de lo que me cuesta no tocarte?

Lo dijo como si comentara una tasa de interés. Pero el aire entre ellos tembló.

—No es el lugar —dijo por fin. Le costó encontrar la voz. Le salió más baja de lo normal. Menos firme.

—Lo sé —respondió él—. Por eso no lo hago.

Pero lo estaba haciendo. Claro que lo estaba haciendo.

El tacto había sido leve. Un botón. Un dedo. Un segundo. Y aun así, Valerie sentía la piel ardiendo en esa franja precisa de la espalda. Como si él hubiera dibujado una marca invisible. Una línea. *La* línea.

Respiró hondo. Dio un paso atrás. No se apartó de él: se apartó de sí misma. De lo que su cuerpo estaba pidiendo. De lo que ya no podía ocultar.

Tomó los documentos con manos demasiado firmes. Tenía que fingir. Fingir que seguía entera. Que ese roce no le había hecho perder diez años de represión bien entrenada.

—No lo repitas —dijo, sin mirarlo—. No estamos en Londres.

—No. Estamos en Nueva York. Donde hay más cámaras.

Ella lo miró entonces. No porque quisiera. Sino porque lo odiaba un poco. Y para odiar bien, había que mirar.

—Ni se te ocurra confundirte —murmuró—. Una noche no nos convierte en historia.

—Una noche como esa —respondió él— lo cambia todo.

Y ahí estaba. La herida.

Porque no podía negar que lo había cambiado todo. Que fue más que un error. Más que placer. Más que un capricho. Fue… irreversible.

Salió de la sala sin responder.

No corriendo. No huyendo. Caminando recta, como quien abandona el fuego sabiendo que ya ha inhalado suficiente humo.

En el pasillo nadie la vio temblar. Y si lo hicieron, no lo mencionaron.

De vuelta en su despacho, se encerró. Se quitó los tacones. Se sentó.

Miró la ciudad. La misma de siempre. Pero distinta.

Una noche no nos convierte en historia.

Mentira. Claro que lo hacía.

Porque hay errores que solo se cometen una vez. Y luego están los otros. Los que saben exactamente cuándo volver.

El despacho estaba en penumbra. Solo la luz del ordenador encendida. Un fondo azul. Un cursor parpadeando como un recordatorio de todo lo que aún no había dicho.

Valerie se desabrochó la blusa hasta el punto exacto en que aún no perdía la compostura. Tenía calor. O eso se decía. La ventana, cerrada. El aire, inmóvil. El cuerpo, despierto.

Apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos.

El dedo. La espalda. El susurro.

—¿Tienes idea de lo que me cuesta no tocarte?

Sí. Lo tenía. Porque a ella le costaba exactamente lo mismo.

El problema era que él lo había dicho en voz alta. Y ella aún no podía.

Repasó mentalmente el día. La reunión. El roce en la pierna. La gota de sudor deslizándose entre sus pechos mientras él no apartaba la mirada. Y luego, la sala de impresión. El botón. La línea.

La línea. La que tanto había defendido. La que ahora existía solo como un suspiro entre ambos.

El móvil vibró.

Un mensaje de Claire.

«Reunión con el comité de integración. Mañana, 9 a. m. Nicholas incluido. ¿Te confirmo?»

Valerie no respondió al momento. Miró el nombre en la pantalla. "Nicholas incluido".

Incluido en la reunión. Incluido en el proyecto. Incluido en su cuerpo. Incluido —maldita sea— en su memoria.

Escribió:

«Sí. Confirmado.»

Dejó el teléfono a un lado. Se quitó los pendientes. El anillo del índice. El reloj.

Cada gesto, una renuncia. A la máscara. A la armadura.

Se levantó. Fue hasta el espejo lateral. No buscó belleza. Buscó verdad. Lo que vio fue peor: deseo.

Puro. Claro. Marcado en la expresión. En la tensión de la mandíbula. En la curva temblorosa de la clavícula.

Esto no puede pasar, pensó. Y enseguida se corrigió: Esto ya está pasando.

Volvió al escritorio. Apagó el ordenador. Colgó el abrigo sobre el brazo.

Pero antes de marcharse, escribió una nota en el bloc. Algo que no tendría sentido para nadie más.

Solo dos palabras: «La línea».

Y, al lado, un punto final. No porque estuviera terminado.

Sino porque sabía que estaba a punto de empezar.

Capítulo 4

Valerie llegó a casa pasadas las nueve. No recordaba nada del trayecto. Ni el ascensor. Ni la puerta. Ni siquiera cómo había encontrado el interruptor de la cocina.

Solo sabía que seguía ardiendo.

Se descalzó junto al sofá, dejó el bolso caer sin elegancia —una rareza en ella— y caminó hasta la cocina americana. Abrió la alacena, eligió el bourbon más caro y se sirvió sin hielo. Una copa. Dos dedos. La medida exacta para no olvidar, pero sin permitirse el lujo de perder la compostura.

El primer sorbo le quemó la garganta.

El segundo la encendió de nuevo.

Se sentó. El sofá era blanco, de líneas limpias, minimalista como el resto del apartamento. Espacio diseñado para controlar la vida, no para vivirla. Nada desordenado. Nada emocional. Nada… Nicholas.

Y, sin embargo, ahí estaba.

En el hueco entre sus muslos. En la curva de su cuello. En la frase que aún le latía entre las piernas: ¿Tienes idea de lo que me cuesta no tocarte?

Valerie cerró los ojos. Intentó pensar en otra cosa. En el informe de fusión. En la presentación del viernes. En la lista de proveedores.

Pero el cuerpo no obedece cuando decide recordar.

Y el cuerpo… había decidido.

Primero, la imagen. Él apoyado en el marco de una puerta, copa en mano. Camisa blanca. Reloj de cuero. Esa media sonrisa de quien ya sabe que va a desordenarte el alma.

Londres. Hotel de cinco estrellas con vistas al Támesis. Junio. La ciudad olía a primavera arrogante y exceso diplomático.

Valerie estaba en el piso diecisiete, copa en mano, vestida con un traje rojo que no pedía permiso para destacar. Ni escote ni brillo. Solo corte perfecto y espalda descubierta. Era su armadura. Roja, afilada, con una abertura lateral que desafiaba a cualquiera a subestimarla.

Cumbre internacional de alianzas financieras. Copas de champagne. Risas contenidas. Y un centenar de ejecutivos creyendo que estaban haciendo historia cuando apenas hacían networking con canapés caros.

Valerie los había analizado a todos en menos de diez minutos. Sabía quién mentía. Quién deseaba. Quién buscaba promoción.

Y entonces, lo vio.

Nicholas Hawthorne.

Camisa blanca sin corbata, americana azul marino. Un vaso bajo en la mano. Hablaba con un embajador danés. Sonreía. Escuchaba. Y, sin mirar, deslizó los ojos hacia ella.

Solo una vez. Pero suficiente.

Ella no reaccionó. No al principio. Siguió conversando con una ministra francesa sobre fondos de sostenibilidad. Pero sabía que él la había visto. Y peor: sabía que él sabía que ella lo había visto también.

Lo encontró media hora después, solo, junto a una ventana que daba al río. Ella se acercó. Sin copa. Sin disculpas.

—¿Siempre miras así a tus jefes? —preguntó él, sin preámbulo.

Ella ladeó la cabeza.

—Solo a los que se lo ganan.

Él rió. Bajito.

—¿Y qué se gana exactamente con una mirada como la tuya?

—Depende —respondió ella—. ¿Sabes leerlas?

Silencio. De esos que se estiran como seda. Que se tensan. Que insinúan.

Él dio un paso más. No la tocó. Pero la sombra de su mano rozó la tela sobre su cadera.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Todo el tiempo —contestó Valerie, con una voz que era suya, pero de esa parte que solía mantener encerrada.

Él se inclinó apenas. No fue un gesto seductor. Fue una provocación.

—¿Y si te propongo cambiar de piso? —dijo, con esa voz grave que no pedía permiso, pero tampoco imponía.

—Depende —repitió ella—. ¿Tiene minibar?

Él sonrió. Y entonces, por fin, la tocó. Solo su espalda. Solo dos dedos, recorriendo la línea donde la tela dejaba paso a la piel. Ella no se apartó.

Ni pensaba hacerlo.

Cruzaron el pasillo del hotel sin hablar. No se tomaron de la mano. No necesitaron claves. Solo los pasos, la respiración y la certeza compartida.

La puerta se cerró tras ellos con un clic que sonó más a detonación que a cierre.

Y ahí, sin título, sin agenda… empezó el error perfecto.

La habitación olía a whisky, a humedad de alfombra cara y a un perfume que no era del todo de ella. Ni del todo de él. Era mezcla. Tensión. Anticipo.

Valerie entró sin vacilar. No preguntó. No miró atrás.

Nicholas cerró la puerta con una lentitud casi cruel. No la tocó aún. Solo la observó mientras ella dejaba el bolso sobre la consola, se giraba y lo enfrentaba con la barbilla alta y el pulso desbocado.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —murmuró él.

—Lo mismo que tú.

No hubo más palabras. Solo el sonido seco de los tacones de Valerie al cruzar la habitación y detenerse a un suspiro de su pecho.

Entonces él la besó.

No fue suave. No fue considerado. Fue el beso de alguien que había contenido todo lo que no debía decir. Que había memorizado su boca sin probarla. Que no pensaba perder un segundo más.

La besó como si no hubiera mañana. Como si esa noche fuera el único lugar donde el mundo se detenía.

Ella respondió con la misma rabia. Con la misma hambre. Le mordió el labio inferior. Le apretó la nuca. Se pegó a su cuerpo como si fuera la única superficie capaz de sostenerla.

Él bajó las manos. A su cintura. A su trasero. Le subió la falda sin pedir permiso. Ella arqueó la espalda. Separó las piernas. Quiso que todo ocurriera ya. O nunca.

La blusa cayó al suelo. Sus labios siguieron viajando: cuello, clavícula, el nacimiento de un pecho. Ella jadeó. Le dijo algo en alemán, sin darse cuenta. Él no entendió la palabra, pero sí el tono. Le bastó.

Le arrancó las medias. Le quitó las bragas con los dientes. La sentó sobre la cómoda. Fría. Lisa. Se arrodilló.

Y la devoró.

Valerie se aferró al mármol como si se rompiera. No fue delicado. No fue lento. Fue exacto. Directo. Hundido en todo lo que ella llevaba reprimiendo desde la primera mirada. Se corrió en su boca. Se corrió diciendo su nombre.

Él se incorporó, con los labios brillantes y la mirada completamente fuera de control.

—Ahora —dijo ella—. Hazlo.

Y él la penetró sin suavidad. La empujó contra el espejo. La sostuvo de los muslos. La folló como si el error ya estuviera cometido y solo quedara celebrarlo.

Los cristales se empañaron. Sus uñas le arañaron la espalda. Él la sujetó de la garganta. No para ahogarla. Para mantenerla ahí. Presente. Real.

Ella se corrió otra vez. Gritó esta vez. Su nombre. El de él. El suyo. Todo.

Él la siguió segundos después, empujando hasta el fondo, enterrando en ella todo lo que no podía decir.

Y entonces, el silencio.

Pero no fue incómodo.

Fue el silencio de dos cuerpos exhaustos, colapsados uno contra el otro.

Ella apoyó la cabeza en su pecho. Él le besó el hombro, suave. Casi con ternura.

Y Valerie, sin entender por qué, cerró los ojos.

Y se dejó estar.

El vaso de bourbon seguía en su mano cuando volvió en sí. El reloj del móvil marcaba las 2:14 a. m.

Exactamente la misma hora a la que había empezado a perderse. En Londres. En él.

Valerie estaba tumbada en el sofá, una pierna doblada sobre el respaldo, el cuerpo aún vestido, el deseo aún latiendo. Como si no hubiera pasado el tiempo. Como si su cuerpo conociera el ritmo de Nicholas Hawthorne mejor que el de su propia respiración.

Se incorporó despacio. Sintió el vértigo de lo no resuelto. De lo no dicho.

Fue a la cocina. Se bebió lo que quedaba en el vaso. No supo si el calor que la atravesó era del alcohol o del recuerdo.

No más, se dijo. No más memoria. No más fantasmas.

Pero el problema era que Nicholas no era un fantasma. Estaba vivo. Presente. Imposible.

A la mañana siguiente se vistió con más cálculo que nunca. Traje azul oscuro, camisa blanca abotonada hasta la base del cuello. Zapatos negros. Pulsera de oro. Moño tirante. Ni un milímetro de piel que pudiera parecer una invitación.

Ese era su escudo. Ese era su “no”.

Caminó por los pasillos como siempre: paso firme, mentón alto, mirada que no necesitaba violencia para intimidar. Todos la saludaban con respeto. Nadie sospechaba que, por dentro, su estómago era un campo minado.

Cuando lo vio en su despacho, le bastó una fracción de segundo para saber que él la había visto también.

Nicholas la miró. Con respeto. Con algo más.

Ella desvió la mirada.

Él salió al pasillo con dos vasos de cartón en la mano.

—Pensé que querrías uno —dijo, ofreciéndole un café.

Valerie no lo tomó. Ni el café. Ni la oferta.

—Gracias —dijo—. Pero ya tengo el mío.

No era cierto.

Él asintió. Se quedó ahí un segundo más. No insistió. No preguntó. Pero algo en su expresión hablaba de otra cosa. De otra noche.

—Valerie —dijo entonces, con una voz que no buscaba pelea—. Yo no he olvidado nada.

Ella se detuvo. Apenas un segundo. Lo justo para que la frase le perforara la espalda.

Se giró. Despacio.

Y, con la calma exacta de quien sabe dónde golpear, respondió:

—Pues empieza.

Y se fue.

Sin mirar atrás.

Porque recordar era castigo suficiente. Y ella ya estaba pagando en carne.

Valerie no volvió a su despacho de inmediato. Caminó por el ala sur del edificio sin rumbo fijo, hasta una de esas salas de reunión que nunca se usaban, con cristales opacos, mesa de diseño y sillas que pretendían ergonomía cuando en realidad vendían poder.

Cerró la puerta. Se sentó. Apoyó los codos sobre la mesa y dejó que la frente descansara sobre las manos entrelazadas.

El aire olía a papel impreso y madera pulida. Pero en su memoria aún olía a él. A ese hotel. A ese cuerpo. A ese error.

«Yo no he olvidado nada.»

Claro que no. Ninguno de los dos lo había hecho. Pero ella había aprendido a sobrevivir al recuerdo. O eso creía.

Hasta que esa maldita frase —tres palabras bien pronunciadas con un tono casi humano— la había sacudido por dentro. No con violencia. Con verdad.

¿Y qué hacía una mujer como ella con la verdad?

La archivaba. La codificaba. La disfrazaba de decisión profesional.

Lo había hecho con todo: con su carrera, con sus emociones, con cada hombre que vino después. Todos organizados, calculados, mantenidos a raya como cuentas bien cerradas.

Pero Nicholas no era una cuenta.

Era una deuda.

Se levantó. Fue hasta la pizarra acrílica de la pared y tomó un rotulador sin pensar. Dibujó un triángulo. Luego un círculo. Luego una línea recta que se cortaba en la mitad.

Nada tenía sentido. Nada era estrategia. Todo era impulso.

Y eso era lo peor. Que con él, su mente se volvía cuerpo. Y su cuerpo… recordaba.

Recordaba cómo la había tocado. Cómo la había mirado después. No con culpa. No con posesión.

Con esa maldita ternura inesperada que era más peligrosa que cualquier orgasmo.

¿Por qué no te fuiste cuando aún podías?

La respuesta era simple: porque una parte de ella había querido quedarse. Y esa parte, por pequeña que fuera, seguía viva en alguna esquina de su pecho, latiendo bajito.

Miró el reloj. Las 10:09. Tenía que volver. Había informes, decisiones, un almuerzo con el comité de expansión.

El deseo no firmaba contratos. El pasado no cotizaba en bolsa.

Pero ahí estaba. Anidado entre los pliegues de su blusa. Marcado en la piel que Nicholas había tocado años atrás y que ella aún no había conseguido olvidar.

Respiró hondo. Enderezó la espalda. Salió de la sala.

Cada paso era firme. Impecable. Calculado.

Porque recordar no servía de nada.

Y sentir… era un lujo que ya no se podía permitir.

Capítulo 5

La sala de reuniones secundaria —eufemismo para "jaula de cristal sin ventilación"— tenía capacidad para cuatro personas. Hoy solo estaban dos.

Y ya sobraban tres.

Valerie cruzó las piernas con más precisión que comodidad. Estaba sentada demasiado cerca de Nicholas, en una silla demasiado blanda, con una carpeta demasiado inútil entre las manos. El aire acondicionado parecía haberse rendido ante el drama silencioso que flotaba en el ambiente.

—El punto cuatro del anexo está duplicado —dijo ella, sin mirarlo.

—Lo vi —respondió él, también sin mirarla—. Lo dejé así a propósito. Para forzar que lo discutieran.

—Estrategia brillante —replicó, pasando la página con un gesto tan afilado que podría haber abierto una vena.

Silencio.

Una hoja resbaló hasta el suelo.

Él se inclinó para recogerla. Ella también.

Los dedos se rozaron.

No fue un roce accidental. Fue de esos contactos que duran apenas un segundo más de lo socialmente aceptable. Lo suficiente

para que el cuerpo se despierte. Para que la piel recuerde.

Valerie se incorporó al instante. Colocó las hojas como si estuviera archivando una bomba.

Nicholas volvió a su posición, tranquilo. Como si no hubiera pasado nada. Pero su pierna rozaba la de ella bajo la mesa.

Ninguno se apartó.

El documento seguía abierto. El contrato de integración también. Y, aun así, nada era más relevante que ese contacto subterráneo.

—¿Quieres continuar? —preguntó él.

—Claro —respondió ella, como si la voz no le temblara.

Él se estiró para señalar una cláusula con la punta del bolígrafo. Su brazo pasó por delante de ella. Su hombro tocó su pecho. Apenas. Pero sí.

Ella contuvo el aire. Un gesto mínimo. Un castigo silencioso.

No lo mires. No lo odies. Porque lo que viene después… es desearlo.

Quería levantarse. O gritar. O besarlo. No sabía qué opción era peor.

En vez de eso, pasó la página.

Pero el documento ya no importaba. Porque su cuerpo hablaba otro idioma. Y el de él… respondía.

La reunión terminó a las 12:47, con un aplauso tibio y tres frases vacías que podrían haber escrito en piloto automático.

Valerie cerró la carpeta despacio. No por calma. Por cálculo.

Si lo hacía rápido, iba a romper algo.

A Nicholas le bastaron seis palabras para incendiarla sin levantar la voz:

—Creo que deberíamos revisar la política de rotación de personal. Demasiada rigidez frena la adaptabilidad.

Eso, en mitad de una reunión con el comité de Recursos Humanos. Sabiendo perfectamente que era su política. La que ella había defendido, redactado, implementado y vendido ante prensa y consejo como símbolo de estabilidad interna.

Ella no reaccionó en la sala. Ni un músculo. Ni un gesto.

Pero cuando todos se marcharon y la puerta de su despacho se cerró detrás de Nicholas, la bomba estalló.

—¿Qué coño fue eso?

Nicholas se apoyó en el marco, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Te refieres a un comentario profesional o al hecho de que no me aplaudiste como esperabas?

—¿Quieres marcar territorio, Nicholas? Hazlo. Pero no uses mi reputación como alfombra.

—No necesito alfombras. Ni permiso —respondió él, cruzando los brazos—. Solo digo lo que muchos piensan y nadie se atreve a mencionar.

—Claro —espetó ella—. Porque tú eres tan valiente. Un hombre que desaparece después de una noche y aparece dos años después como si nada. Toda una lección de honestidad.

La frase salió sola.

Y sonó demasiado alta.

Nicholas la miró. No con superioridad. Con algo peor: con comprensión.

—No desaparecí. Me fui cuando entendí que tú no ibas a quedarte. Ni a mirar atrás.

Silencio.

Un silencio de esos que duelen. Que dejan la herida al aire, sin anestesia.

—¿Quieres pelear por lo de Londres? —dijo ella, ahora más bajo, más grave, más cerca del temblor—. ¿De verdad? ¿Después de todo este tiempo?

—No —respondió él, dando un paso hacia ella—. No quiero pelear. Quiero que admitas que no fue solo sexo. Que lo que pasó te importa. Que te sigue importando.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces mírame a los ojos y dilo.

Valerie apretó la mandíbula. Cerró los puños. Tragó saliva.

No pudo.

Y Nicholas lo supo.

—Te estás escondiendo —dijo—. Como lo hiciste entonces. Como lo haces ahora. Con reglas. Con contratos. Con frases frías y silencios que gritan.

Ella lo empujó. Le puso una mano en el pecho.

No con fuerza. Con rabia.

—No vuelvas a cruzar esa línea.

Él no se movió.

—Ya lo hice —respondió.

Y el silencio volvió a ocuparlo todo.

Nicholas salió de su despacho sin añadir nada. Caminó por el pasillo con esa mezcla de calma y arrogancia que siempre lo había

definido: como si el mundo estuviera escrito en su idioma y los demás solo esperaran la traducción.

Valerie no pensaba seguirlo.

Lo hizo igual.

Ni siquiera supo cuándo se levantó, cuándo cruzó la puerta, cuándo la ira se volvió algo más físico, más eléctrico. Solo supo que necesitaba estar cerca de él un segundo más. Para decirle algo. Para gritarle. Para… algo.

Lo alcanzó frente al ascensor. Él ya había pulsado el botón. El zumbido del sistema bajando desde el piso 12 era el único sonido en ese espacio estrecho, silencioso, demasiado privado.

Ella no dijo nada. Él tampoco.

Se quedaron allí, lado a lado, sin tocarse, pero tan cerca que el aire parecía otra cosa a punto de romperse.

—Dímelo —susurró él.

Ella giró apenas la cabeza. Al principio no entendió. O no quiso.

—Dime que no sientes nada. Que no quieres repetirlo. Que fue solo una noche. Que todo eso se te borró de la piel.

Valerie lo miró. Directo a los ojos.

El problema no era que no pudiera mentir.

El problema era que el cuerpo ya había mentido por ella.

Temblaba. Respiraba más rápido. Tenía los labios entreabiertos, como si el "no" se le hubiera quedado atragantado.

Nicholas se inclinó. Lento. Muy lento. Como si le estuviera dando tiempo para huir.

Ella no se movió.

Sus bocas quedaron a cuatro centímetros. Exactamente cuatro. Valerie lo supo. Lo midió con el cuerpo. Eso era todo lo que los separaba de la catástrofe.

La respiración de él le rozaba la cara. Cálida. Precisa. Con la misma cadencia de aquella noche en aquel hotel, cuando le pidió que no cerrara los ojos. Que lo mirara.

Ella lo hizo ahora.

Lo miró.

Y bajó la vista a sus labios.

Nicholas esperó. Inmóvil. Invicto.

—No me tientes —susurró ella. La voz apenas audible. Como si la frase le costara sangre.

Él no respondió. No se movió.

No hacía falta.

Porque ya la estaba tentando.

Ella se apartó un segundo después. No huyó. Solo retrocedió dos pasos. Lo justo para que el aire volviera a entrar. Para que la razón fingiera que podía imponerse.

El ascensor llegó. Se abrió. Vacío. Silencioso.

Nicholas entró. Esta vez no la miró. Valerie se quedó fuera.

La puerta se cerró.

Y el deseo… siguió allí.

Pegado a su ropa. A su cuello. A la maldita línea que había fingido mantener intacta.

Valerie volvió a su despacho como quien regresa de un crimen: erguida, serena, limpia… y con la sangre aún en las manos.

Se encerró. Bajó la persiana interior con un clic. No por privacidad. Por supervivencia.

Abrió la ventana un centímetro. El suficiente para no asfixiarse. El suficiente para fingir que el aire podía enfriar algo que ardía desde dentro.

Se miró en el espejo lateral.

No le gustó lo que vio.

No por estética. Por evidencia.

Tenía los labios ligeramente hinchados. Las mejillas rosadas. Las pupilas dilatadas. Parecía una mujer que acababa de ser besada. O peor: una que había estado a punto de suplicar por ello.

No me tientes.

Qué ironía.

Lo había dicho con firmeza. Lo había pronunciado como si significara algo. Pero cada célula de su cuerpo… ya había sido tentada.

Se dejó caer en la butaca junto a la mesa de café. El lugar donde a veces revisaba presupuestos y otras veces, como hoy, intentaba recordar quién era.

«Dímelo. Que no sientes nada.»

Podía repetirlo en bucle. La frase. La distancia. El silencio. Pero lo que no podía replicar era esa sensación.

El momento exacto en que su cuerpo había olvidado cómo fingir.

Había querido que la besara.

Y no lo había hecho.

Y ese era el problema.

Porque lo que no ocurre duele más que lo que sí. Porque el deseo suspendido no se disuelve: se enquista.

Se levantó. Fue hasta su escritorio. Abrió el primer cajón. Sacó un pequeño frasco de perfume. El mismo que llevaba en Londres. Lo roció sobre la muñeca. Inhaló. Cerró los ojos.

Error.

La memoria olfativa era la más peligrosa. Y en un instante, todo volvió: la habitación, la blusa cayendo, su boca entre sus piernas, su voz rompiéndole las defensas.

Se apartó del frasco como si quemara.

El móvil vibró. Un correo. De Nicholas.

Asunto: Sobre el punto 4 del anexo.

Cuerpo: Hablemos mañana.

Solo eso. Mañana.

Sin firma. Sin despedida.

Como si ya supiera que ella lo leería más de una vez. Como si supiera que con "mañana" bastaba para incendiarla esta noche.

Valerie no respondió.

Apagó el ordenador. Guardó el perfume. Cerró el cajón como quien sella una herida a la fuerza.

Y entonces se dijo, muy bajito, como si pudiera convencerse:

Cuatro centímetros. Eso es todo lo que nos separa.

Mentira.

Era menos.

Mucho menos.

Valerie llegó a casa antes de las ocho, algo que no hacía desde los treinta. Entró sin encender las luces, como si la oscuridad pudiera

darle tregua. Dejó el bolso en el suelo, el abrigo sobre la encimera. El moño seguía impecable. Ella, no tanto.

Caminó descalza hasta el salón. Se dejó caer en el sofá sin quitarse ni los pendientes. Ni el reloj. Como si estuviera demasiado cansada para desvestirse. O demasiado asustada para hacerlo.

La frase flotaba en el aire. Seguía allí, aunque no sonara: «Dímelo. Que no sientes nada.»

No se lo había dicho.

No podía.

Y eso lo cambiaba todo.

Apoyó la cabeza en el respaldo. Cerró los ojos. Intentó pensar en cifras, en reportes, en políticas de contratación.

Inútil.

La imagen volvía: Nicholas, a cuatro centímetros. Su aliento contra su boca. La tensión. Su mirada esperando el permiso. Y la certeza brutal de que, si no se había rendido, no era por falta de deseo.

Era por miedo.

No miedo a él.

A ella.

A lo que él desataba. A lo que hacía real. A lo que derrumbaba las paredes que había tardado años en construir.

No me tientes, le había dicho.

Y él no la había tocado.

Pero la había mirado como si ya lo hubiera hecho. Como si su cuerpo volviera a ser suyo. Como si Londres no hubiera sido un desliz, sino un punto de partida.

Valerie se levantó. Fue a la cocina. Abrió el congelador. Buscó hielo.

No había.

El whisky la esperaba en la estantería. No lo tocó. No quería calor. Quería tregua.

Y no la tenía.

Porque la guerra estaba en su piel.

Encendió el portátil del trabajo. Leyó tres líneas de un contrato antes de cerrarlo de golpe. No tenía sentido.

Nada tenía sentido cuando el deseo hablaba más alto que los principios.

Y eso era exactamente lo que estaba pasando.

El deseo no gritaba. Susurraba.

Lo hacía con su voz. Con sus dedos. Con los recuerdos alojados en la curva entre su cuello y su clavícula. Allí donde él la había besado. Allí donde aún ardía.

Valerie se acercó al espejo del pasillo. Se miró.

Había una grieta. No en el cristal. En su expresión.

No estaba rota.

Estaba… abierta.

Cuatro centímetros. Eso había entre su boca y la de Nicholas. Eso había entre su «no me tientes» y su rendición.

Y entonces lo supo:

La próxima vez, no habría espacio suficiente para separarlos.

Capítulo 6

02:39 a. m.

Valerie Knox no dormía.

El cuerpo tendido, la sábana enredada en una pierna, la cabeza hundida en la almohada de satén. El ventilador llevaba horas girando, moviendo el aire como si pudiera enfriar lo que hervía bajo su piel.

No funcionaba.

Se giró. Miró el techo. No pensaba en contratos, ni en estrategias, ni siquiera en los titulares de prensa que solía repasar mentalmente cuando el insomnio venía de visita. Pensaba en su boca. En sus dedos. En lo que no había pasado en aquel ascensor. Y en todo lo que estuvo a un suspiro de ocurrir.

Su mano bajó despacio. Como si no fuera suya. Como si el deseo tuviera voluntad propia. Rozó la tela de la ropa interior. Estaba húmeda. Ya. Sin necesidad de nada más.

Cerró los ojos. Imaginó su voz, grave, justo al borde del gemido: «Dímelo. Que no sientes nada.»

Imaginó su cuerpo detrás del suyo, la palma abierta en su abdomen. Imaginó Londres. El espejo. Su boca en su clavícula. Y esa frase que había vuelto como un latigazo:

«¿Así te gusta, Valerie?»

La imagen fue brutal.

Su dedo apenas llegó a presionar donde ardía… y se detuvo.

No. No así.

Se incorporó de golpe, como si algo la hubiera empujado desde dentro. Respiraba como si hubiera corrido. Como si el propio deseo fuera un asalto. Fue al baño. Luz encendida. Agua fría. Directa. Sin preámbulo.

Bajo la ducha apoyó la frente en el mármol, los ojos cerrados.

El chorro le recorría la espalda, pero el calor no se iba. Porque no era solo físico. Era un incendio interior con nombre, apellido y acento británico.

Cuando salió, no era una mujer derrotada. Era una mujer al borde.

Se vistió con precisión quirúrgica. Vestido negro, sin mangas, espalda casi al descubierto. Abertura en el muslo. Labios rojos. Perfume de sándalo y pimienta. Ni joyas. Ni disculpas.

Se maquilló despacio, mirándose a los ojos. Sabía que esa noche no era una cena. Era una declaración de guerra. Y ella iba armada.

Un cuerpo no es una traición. Es una advertencia.

Y Valerie Knox estaba a punto de convertirse en amenaza.

El salón del evento era puro artificio: lámparas doradas, alfombras neutras, cuerdas tocando versiones inofensivas de canciones conocidas. El tipo de lugar al que todos parecían encantados de asistir, pero nadie quería prolongar más de lo estrictamente necesario.

Valerie llegó a las 20:42. No saludó a nadie al entrar, pero todos la vieron.

El vestido negro se ceñía a su cintura como si hubiera sido cortado sobre su piel. Espalda desnuda, escote mínimo pero calculado. El tajo lateral dejaba ver apenas un destello de muslo a cada paso. Y los labios, rojos. Rojo declaración. Rojo amenaza. Rojo pecado.

Sujetaba la copa de champán como si fuera un arma de precisión. Sonreía sin enseñar los dientes. Escuchaba sin regalar su atención. Espalda recta, mentón alto. La mujer que nadie tocaba. La que todo el mundo observaba. Y la que, esa noche, estaba al límite.

—Valerie —dijo una voz a su izquierda—. Impresionante, como siempre.

Un socio de consultoría. De esos que parecen vivir dentro de un traje a medida. Ella respondió con una sonrisa corta, un asentimiento medido, una frase impecablemente neutra. Y entonces lo vio.

Nicholas. Al otro lado del salón. Traje azul oscuro. Camisa blanca sin corbata. El puño de una manga desabrochado. Mirándola. No solo con deseo. Con conocimiento.

La copa le tembló apenas. Lo justo para admitir que su cuerpo recordaba demasiado bien.

No se acercó. Él tampoco.

Pero el aire ya había cambiado.

Se cruzaron en la mesa de canapés. Él se detuvo a su lado, a un suspiro de su cuello. No la tocó. No la miró de frente. Solo habló, bajo, justo al borde de su oído.

—Creí que el control era tu segunda piel —dijo—. Pero esta noche… pareces dispuesta a quitártela.

Ella no respondió. No lo miró. Pero la espalda se le tensó. Y la respiración también.

Nicholas se alejó sin prisa, sin girarse. Como si supiera que acababa de colocar una bomba en su estómago… y que el contador ya estaba en marcha.

Valerie fingió interesarse por una conversación con alguien de marketing. Rió donde tocaba. Usó la copa como escudo.

Su piel seguía ardiendo. Y lo peor era que él lo sabía.

Una colega del comité de inversiones se inclinó hacia ella y susurró:

—Sois peligrosamente guapos juntos. ¿Lo sabías?

Valerie giró la cabeza.

—¿Quién?

—Tú y el británico. No sé si es tensión sexual o diplomática, pero se nota desde la puerta.

Sonrió. Fingió sorpresa. Murmuró un «no digas tonterías».

El comentario, sin embargo, se le quedó pegado a la piel. Porque era cierto.

Y porque alguien más lo había visto.

La noche acababa de empezar. Y el deseo ya no estaba enterrado.

Estaba despierto. Y hambriento.

El evento se terminó para ella mucho antes de que apagaran las luces. Caminó por el pasillo lateral como si no huyera. Como si no buscara nada. Como si su cuerpo no siguiera encendido.

La sala de reuniones B11 estaba abierta. Alguna auxiliar la habría dejado así al recoger carpetas. Dentro, silencio, luz tenue, una mesa

al fondo, dos sillones, y su bolso sobre una silla.

Valerie cruzó el umbral con el mismo control con el que había dominado salones llenos de directores. Pero al cerrar la puerta, algo cambió.

Nicholas ya estaba dentro.

Apoyado en la pared, brazos cruzados, mirada fija en ella. Como si la hubiera estado esperando. Como si supiera exactamente a qué hora llegaría.

Valerie no se inmutó.

—¿Te has perdido?

—No. Te estaba esperando.

Silencio.

Ella fue hacia el bolso. Fingió que él no era más que otro mueble. Otro obstáculo.

Él dio un paso.

—Dime que no me piensas cada noche —dijo, muy despacio.

Ella lo miró. Fría. Pulida. Implacable.

—No lo voy a hacer.

Nicholas avanzó otro paso.

La distancia se redujo. Tres metros. Dos. Uno.

No la tocó. Todavía no. Se plantó frente a ella, las manos bajas, los ojos fijos. Ella respiraba como si acabara de correr. No se apartó.

—¿Vas a quedarte ahí fingiendo que esto no existe? —preguntó él.

—Voy a quedarme aquí fingiendo que puedo controlarlo.

Él dejó escapar una risa corta, incrédula.

—No puedes.

Y entonces, lo hizo.

Se acercó un poco más. La arrinconó contra la pared con el cuerpo sin llegar a rozarla, como una amenaza perfectamente educada.

Su aliento le rozaba la mejilla. Ella no se movió.

Nicholas alzó una mano. Le tocó la cara, el pulgar en la comisura de los labios, la palma en su mandíbula.

—Estás temblando —murmuró.

—No me toques.

—No te estoy tocando.

Ella tragó saliva.

Él bajó la mano. La deslizó por su cuello. Luego por la clavícula. Después por el abdomen. Se detuvo justo en el borde de la falda. Y esperó.

Valerie no se movió.

Nicholas subió el bajo del vestido. Centímetro a centímetro. Despacio. Dándole todo el tiempo del mundo para decir «no». Ella no lo dijo.

Y entonces, con una pausa brutal y perfectamente controlada, apoyó la mano sobre su entrepierna. Primero sobre la tela. Presionó.

Ella gimió. Bajo. Sucio. Involuntario.

Él no la besó.

Solo dijo:

—Estás empapada.

Ella cerró los ojos. Se dejó caer contra la pared. Se aferró a su hombro. No lo apartó.

El edificio podía estar derrumbándose fuera de esa sala, y Valerie no lo habría notado. No mientras Nicholas tuviera la mano exactamente donde la tenía. Presionando. Leyéndola. Escribiéndola.

Él no añadió nada. Solo la miraba. Directo a los ojos.

Y entonces, sin romper el contacto visual, se coló bajo la tela de su ropa interior. Los dedos entraron despacio, firmes. Ella se arqueó, la espalda golpeó la pared con un ruido seco. No dijo palabra.

Sus dedos no exploraban. Recordaban.

El ritmo era constante, íntimo, devastador. Nada en él temblaba. Nada pedía permiso. Pero todo en su gesto dejaba claro que podía detenerse si ella lo pedía.

Y no lo hizo.

—Mírame mientras lo haces —susurró Nicholas, con la boca a unos centímetros de la suya.

Valerie obedeció. Abrió los ojos. Se hundió en los de él. Se aferró a su hombro con la mano libre, mientras la otra apretaba la tela del vestido contra su propio cuerpo.

Él aceleró un poco. El pulgar en el lugar exacto. Los dedos más adentro. Su respiración, cada vez más corta. Y entonces…

Un gemido ahogado. Incontrolable. Nacido de esa parte de ella que no firmaba contratos ni obedecía principios.

Se corrió. Silenciosa. Desesperada. Deshecha.

Nicholas no se apartó hasta que dejó de temblar. Hasta que su cuerpo dejó de buscar más.

Cuando retiró la mano, lo hizo con calma. Se abrochó el puño de la camisa como quien termina una tarea rutinaria. Como si acabara de firmar un acuerdo más.

Valerie seguía pegada a la pared, ojos cerrados, el vestido subido, la respiración desordenada.

Él la miró como si estuviera archivando la imagen. Memorizando cada milímetro de esa vulnerabilidad.

Y entonces dijo:

—Cuando ocurra de verdad… será porque lo pidas.

Sin más, caminó hacia la puerta. La abrió. No miró atrás.

Y se fue.

Valerie se quedó sola. Con las piernas temblorosas. La ropa interior empapada. La garganta cerrada. El corazón desbocado.

Tardó dos minutos exactos en recomponerse. Se bajó el vestido. Se alisó el pelo. Cogió el bolso.

No se miró en el espejo.

Sabía lo que vería.

Una mujer que acababa de romperse en silencio. Una mujer que no había pedido nada. Pero que había recibido exactamente lo que necesitaba.

Y eso era lo más peligroso.

El pasillo estaba vacío cuando salió. No había voces. Ni pasos. Solo el zumbido de las luces de emergencia y el sonido rítmico de sus tacones sobre la moqueta.

Caminaba erguida, impecable. Como si nada hubiera pasado.

Pero cada paso dolía.

No por el cuerpo. Por la certeza brutal de que algo había cambiado. De que él la había tocado. Y de que ella había querido que lo hiciera.

No. Peor: de que lo había querido desde antes de entrar en esa sala.

El ascensor tardó trece segundos en llegar. Suficientes para que su respiración se normalizara. O para fingirlo.

Se miró en el acero pulido del interior. Y por primera vez en años, no se reconoció.

No por el maquillaje. Ni por el vestido. Ni por el rastro de humedad entre las piernas.

Por la mirada.

No era fría. No era estratégica. Estaba… abierta. Resquebrajada.

Ese hombre —ese maldito británico de puños perfectos y dedos letales— había entrado en su cuerpo como quien entra en un territorio conocido. Con pausa. Con seguridad. Convencido de que ella no lo detendría.

Y no lo hizo. Ni una palabra. Ni un gesto. Solo gemidos contenidos y la sien apoyada en su hombro mientras la hacía venir como si fuera lo más natural del mundo.

«Cuando ocurra de verdad… será porque lo pidas.»

Ese *de verdad* era amenaza. Y promesa.

Porque si eso no había sido «de verdad»… ¿qué demonios había sido?

El coche la esperaba fuera. El chófer abrió la puerta sin mirarla. Ella se acomodó atrás como si no estuviera hecha trizas, como si no siguiera temblando por dentro, como si la humedad entre sus muslos no fuera prueba de que su voluntad ya no era solo suya.

Al llegar a casa, se desnudó en silencio.

Dejó el vestido sobre la cama. Las bragas en el suelo. Se miró desnuda en el espejo. Piel erizada. Pechos aún tensos. La respiración, casi tranquila. Demasiado.

Entró en la ducha. Agua caliente esta vez. Lo frío ya no servía.

Apoyó la frente en la pared. Cerró los ojos.

No lloró. No insultó. No se tocó.

Pensó en él. En su voz. En su mano. En cómo la miró al terminar.

Y en cómo, al irse, no le pidió nada.

Eso era lo peor.

Que no había buscado su propio placer. Que solo la había observado romperse. Y luego se había marchado.

Como si supiera que ella ya no podía escapar.

Como si él ya lo hubiera ganado todo… sin ni siquiera haberlo tomado aún.

Capítulo 7

El ascensor se detuvo en la planta 27. Valerie salió antes de que las puertas se abrieran por completo. Tacones firmes, paso medido, espalda recta. Todo en su cuerpo gritaba: normalidad. Eficiencia. Control.

Mentira.

Lo que llevaba debajo del traje gris claro no era poder. Era el eco de unos dedos que aún no había olvidado. La ropa interior era nueva, de seda negra, ajustada. Una barrera simbólica entre el deseo y el recuerdo. Como si algo tan fino pudiera frenar lo que seguía ardiendo bajo su piel.

Caminó hasta su despacho sin desviar la mirada. Saludó a dos asistentes. Rechazó el café que Claire le ofrecía. Asintió a un socio de Legal que le comentó algo sobre una firma pendiente.

Y entonces lo vio.

Nicholas estaba en el pasillo, hablando con alguien de Finanzas. Sonreía. Tranquilo. Impecable. Hasta que sus ojos encontraron los de ella.

Fue solo un segundo. Una mirada.

Pero bastó.

Porque esa mirada no preguntó nada. No pidió perdón. No se excusó. Solo dijo: *Lo sé. Lo recuerdas. Yo también.*

Valerie desvió la vista y siguió caminando.

—¿Estás bien? —preguntó Claire, a su lado—. No pareces tú.

Valerie sonrió. Pequeña, precisa, perfectamente ensayada.

—Mal café esta mañana. Nada grave.

Claire no insistió. Pero la miró. Con esa expresión de quien no termina de creérselo, y aun así decide no abrir una puerta que quizá luego no pueda cerrarse.

Valerie entró en su despacho. Cerró la puerta. No encendió la luz. Caminó hasta el escritorio y se sentó despacio.

Metió la mano bajo la mesa y se apretó el muslo con fuerza. No por dolor. Por necesidad.

Porque el cuerpo pedía una cosa. Y ella necesitaba otra: control.

Apretó hasta dejar marca.

Y respiró.

La pantalla del ordenador se encendió sola. El reflejo le devolvió una imagen impecable: moño tirante, maquillaje intacto, labios neutros. Pero los ojos… Los ojos tenían sombra. No de cansancio. De conflicto.

Lo que ardía no era lo que había pasado. Era lo que casi pasa.

Porque aún no había decidido si aquello había sido derrota o rendición. Y eso era lo peor.

No sabía si lo odiaba por tocarla. O por haber parado.

La sala de reuniones principal olía a café de máquina, rotulador y tensión corporativa. Era martes, había presupuesto sobre la mesa y

el comité de expansión tenía la elegancia de comportarse como si sus decisiones no costaran millones.

Valerie entró la última, como siempre. Carpeta bajo el brazo, tablet en la mano y un gesto neutral que no admitía preguntas.

Nicholas ya estaba sentado.

No la miró al principio. Pero lo hizo.

Cuando ella se acomodó a su lado —el protocolo lo exigía—, él giró apenas la cabeza. La observó un segundo. Nada más.

Suficiente.

El asistente más joven, Daniel, dejó que los ojos se le fueran de uno a otro, como quien presencia una partida de ajedrez sin saber las reglas, pero consciente de que se está jugando algo importante.

Valerie abrió la tablet. Nicholas hojeó un informe.

—El plan de rotación en Asia tiene puntos fuertes —dijo uno de los consultores externos.

Nicholas asintió.

—Pero habrá que ajustar si queremos evitar el mismo patrón de fuga de talento que vimos en Berlín.

Valerie alzó una ceja.

—¿Eso ha sido una crítica velada o una sugerencia con dos años de retraso?

Varias cabezas se giraron. Dos sonrieron. Claire carraspeó.

Nicholas ni parpadeó.

—Solo una observación, Valerie.

Ella sonrió. Fría. Luminosa. Letal.

—Entonces la tendré en cuenta. Aunque no siempre compartimos el mismo criterio sobre lo que se considera "salida de talento".

Se escucharon risas bajas. Algún comentario ahogado.

Fue entonces cuando Claire los miró a los dos. Y soltó la frase como si no pesara. Como si fuera solo una broma.

—Dios, ¿os lleváis tan bien que parece que vais a pelearos… o a besaros?

La sala se quedó en silencio durante una décima de segundo.

No fue mucho. Pero bastó.

Valerie giró la cabeza hacia Claire, sonriendo con perfecta educación.

—A veces el conflicto genera las mejores ideas. Aunque no siempre se resuelven con besos.

Alguien comentó algo sobre "diplomacia interna". Otro se rió. El ambiente recuperó su forma, como un sistema de defensa que vuelve a su posición.

Nicholas no bromeó. No desvió la atención.

Solo apretó la mandíbula. Levemente.

Y Valerie lo notó.

Porque ese gesto… era para ella.

El resto de la reunión transcurrió con la eficiencia de una cirugía sin anestesia: precisa, fría, quirúrgica.

Cuando terminó, Valerie recogió sus cosas sin prisa. Nicholas se levantó sin mirarla.

Pero ambos sabían lo mismo:

Que el resto empezaba a sospechar.

Y que ellos ya no fingían tan bien como antes.

El día terminó como tantos otros: Valerie frente al ordenador, la oficina casi vacía y una lista de correos que no necesitaban respuesta urgente, pero que utilizaba como escudo para no pensar.

O para no sentir. Que, en su caso, era lo mismo.

La puerta se abrió sin llamar.

Nicholas.

Entró con la calma de quien ya ha cruzado todas las líneas que importaban. Ella no levantó la vista.

—Estás invadiendo mi espacio —dijo, sin dejar de teclear.

—No es mi intención.

—Pero lo haces.

Silencio.

Ella alzó la mirada. Él estaba de pie, quieto. Ni demasiado cerca. Ni del todo lejos. Justo en ese punto donde lo profesional y lo privado empiezan a mezclarse sin permiso.

—No estoy aquí para presionarte —dijo Nicholas.

La voz sonaba distinta. No fría. No cálida. Algo en medio. Como si llevara la verdad en la punta de la lengua.

—Pero tampoco voy a fingir que no siento lo que siento.

Valerie entrecerró los ojos.

—¿Y qué es eso exactamente? ¿Deseo? ¿Venganza? ¿Curiosidad profesional?

Nicholas sonrió. Pero sin brillo.

—No lo sé del todo. Lo suficiente, eso sí, para saber que no es un juego.

Ella se levantó. Rodeó el escritorio. Quedaron a menos de un metro. Dos personas con un pasado. Un presente demasiado caliente. Y un futuro que temblaba en el aire.

—Yo no siento nada —dijo Valerie.

Categórica. Perfecta.

Nicholas no se movió. La sostuvo la mirada. Los ojos llenos de memoria.

—Eso no es lo que parecía anoche.

La frase cayó entre ellos con el peso de una bomba. No había ironía. Ni reproche. Solo una verdad dicha despacio.

Valerie tragó saliva. Se cruzó de brazos. No por comodidad. Por contención.

—Fue un error. Una reacción física. Nada más.

—¿Y lo que vino después?

—Después te fuiste.

—Porque sabía que, si me quedaba, no ibas a detenerme.

Ahí estaba. El centro exacto del problema.

Valerie lo miró con una mezcla de rabia, deseo y miedo. No respondió. No podía.

Nicholas dio un paso. Solo uno. No la tocó.

—Cuando decidas decir la verdad —murmuró—, estaré exactamente donde siempre he estado.

Pausa.

—Esperando.

Se dio la vuelta. Caminó hasta la puerta. La abrió. No miró atrás.

Y se fue.

Valerie se quedó sola. De pie. Perfecta por fuera. Temblando por dentro.

Como siempre.

Pero algo había cambiado.

Porque ahora sabía que él no era el problema. El problema era todo lo que ella no se permitía sentir.

La puerta se cerró con un sonido sordo que espesó el silencio. Valerie no se movió.

El despacho estaba a oscuras, salvo por la luz del monitor. Una notificación parpadeaba en la esquina de la pantalla. Ni siquiera recordaba de qué iba. En ese momento, la empresa entera podría haberse incendiado y ella seguiría ahí, clavada en el centro de la habitación, como si el tiempo no supiera avanzar sin él.

Cuando decidas decir la verdad, estaré exactamente donde siempre he estado. Esperando.

Valerie se sentó en el borde de la mesa. Apoyó las manos a cada lado, como si necesitara anclarse a algo que no fueran sus propios temblores.

El problema no era lo que Nicholas había dicho. El problema era lo que no había hecho.

No la culpó. No la tocó. No exigió respuesta. Solo dijo la verdad. Y se marchó.

Eso era lo que la dejaba desnuda por dentro. No el recuerdo de sus dedos. Ni la mirada en la sala de reuniones. Ni la frase de Claire, ni el comentario de Daniel, ni el ascensor de días atrás.

Lo que la rompía era la calma con la que él aceptaba que ella aún no podía decirlo.

Porque lo que no decía… era justo lo que no negaba.

Y lo que no negaba… era todo.

Que lo pensaba. Que lo deseaba. Que lo sentía.

Que anoche se había corrido contra su mano sin pedirlo, pero sin querer que parara. Y que ahora, al recordarlo, su cuerpo respondía igual.

Valerie echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos. Dejó que el aire le acariciara el cuello. Lo sintió. Lo imaginó. No su aliento. Su presencia. Él, de pie detrás de ella. Como siempre. Como había dicho.

Los iconos en la pantalla seguían parpadeando. Correos, documentos, informes en espera.

No tocó ninguno.

No necesitaba más datos. Ni excusas. Ni blindajes.

Necesitaba tiempo.

Y eso, precisamente eso, era lo que Nicholas le estaba dando. Sin exigir. Sin presionar. Solo esperando.

Y en esa espera… había algo más erótico que en cualquier contacto.

Porque él ya la había tenido. Y ahora quería que fuera ella quien dijera "ven".

Y lo peor —lo insoportable— era que una parte de ella ya estaba preparada para hacerlo.

Solo que aún no sabía cómo no temblar al pronunciarlo.

Capítulo 8

Valerie llevaba más de media hora mirando la pantalla sin ver nada. Las palabras del informe corrían delante de sus ojos sin peso, sin cuerpo, sin sentido. Como si el trabajo —esa estructura perfecta que siempre había sostenido su mundo— ya no pudiera salvarla de lo que ardía dentro.

Pensaba en Nicholas. En su voz. En la frase que seguía grabada a fuego lento en su cabeza: «Cuando decidas decir la verdad…». Y en la forma en que no había exigido nada, no había reclamado. Solo había dicho que estaría ahí. Esperando.

Eso era lo peor. Que no la presionara. Que no forzara. Porque la dejaba sola con su deseo. Con su contradicción. Con las ganas de pedirle que no se moviera y, al mismo tiempo, de empujarlo contra una pared y arrancarle el control con las uñas.

No quería ternura. No ahora. Quería romper algo. Quería romperse. Pero sin perderse.

¿Era posible?

El reflejo en la pantalla le devolvió una imagen impecable. Moño perfecto. Camisa blanca. Columna recta. Pero por dentro no había control. Había pulsión. Necesidad. Hambre. Una tensión que ya no sabía disfrazar. Su cuerpo estaba despierto, incómodo, dolorosamente sensible. Como si la piel recordara cada milímetro

recorrido por sus dedos, cada segundo retenido en la sala del cóctel, cada jadeo contenido.

Se levantó sin plan. Cerró el portátil. Se ajustó la falda. Desabrochó el primer botón de la blusa. Después el segundo. Solo un poco. Lo suficiente para que no fuera vulgar, pero sí evidente. Se calzó los tacones como quien se calza un arma.

Y salió.

Sin pensar. Sin objetivo claro.

Solo con una dirección marcada por el cuerpo.

El pasillo estaba casi vacío. Era media tarde, pero el ala ejecutiva tenía ese silencio pactado de las horas importantes. A cada paso, su propio perfume le llegaba con más nitidez. Piel. Flor. Rabia. Todo en ella vibraba como una amenaza latente. Como si su andar tuviera filo.

Giró la esquina hacia su despacho. Luego se detuvo.

No.

Giró de nuevo. Dirección contraria.

Iba a buscarlo.

No por trabajo. No por un informe. No por una excusa. Iba porque ya no podía seguir fingiendo. Porque si no lo hacía, iba a explotar. Porque el deseo le estaba carcomiendo las paredes del pecho. Y porque esta vez, por primera vez desde Londres, no pensaba detenerse antes del abismo.

La moqueta amortiguaba el sonido de sus tacones, pero no su decisión. Cada paso era un disparo mudo. Cuando dobló la esquina y vio la puerta de su despacho —su refugio, su jaula, su escudo— decidió no entrar. No hoy. Siguió caminando.

Lo buscó. No con los ojos, sino con algo más primitivo.

El cuerpo sabía dónde estaba. Siempre lo sabía.

Lo encontró saliendo de la sala de estrategia, carpeta en la mano y camisa ligeramente arrugada por las horas. El reloj en la muñeca brillaba con esa exactitud insoportable de quien no pierde el control aunque el mundo tiemble.

Él no la vio al principio. Ella lo dejó acercarse. Dos pasos. Uno.

Y entonces habló.

—¿Ya no esperas, Nicholas? —su voz fue baja, afilada, peligrosa —. ¿Te has cansado de jugar al salvador?

Él se detuvo. La miró. Primero los ojos, luego la boca, después el cuello. Bajó la vista hasta el tercer botón de su blusa, desabrochado con precisión quirúrgica. Volvió a subir.

—No estoy esperando —dijo con la calma de quien contiene una tormenta—. Estoy aguantando.

Ella respiró hondo. No se movió. No parpadeó.

—¿Y si dejo de decir que no?

El silencio que siguió fue absoluto. No había nadie alrededor. Solo ellos. El aire entre sus cuerpos. La tensión colgando del techo como una amenaza real.

Nicholas no respondió con palabras. Dio un paso. Cerró la carpeta. Empujó suavemente la puerta de su despacho y se hizo a un lado para que ella entrara. No la tocó. No la miró directamente. Pero todo en su gesto decía: entra si estás lista para no salir igual.

Valerie entró.

Rozó su hombro al pasar. Un toque eléctrico. Casi una descarga. Caminó sin dudar. Y cuando él cerró la puerta, el clic sonó como una

sentencia.

Se giró. Lo miró. Él seguía de pie, contenido aún, pero sus ojos ya no eran diplomáticos. Ya no había Londres. Ni oficina. Ni alianza. Ni jerarquías.

Solo ellos.

Nicholas dejó la carpeta sobre la mesa. Dio un paso hacia ella.

—Dímelo otra vez —susurró, sin avanzar más—. Solo para que no haya malentendidos.

Valerie tragó saliva. Su cuerpo gritaba. Las piernas le ardían. La humedad entre sus muslos era indecente. Pero no se arrepintió.

—No hay malentendidos.

Él la miró como si acabara de concederle la victoria.

Y entonces se lanzó sobre ella.

El beso no fue una invitación. Fue un asalto. La respuesta a todo lo que se habían negado. La empujó contra la pared como si el mundo pudiera derrumbarse detrás y no importara. Ella no se resistió. Le respondió con los dientes, con la lengua, con una mano en su nuca y la otra bajando por su pecho.

Se besaban como si llevaran meses sangrando por dentro y ese fuera el único modo de cerrar la herida.

Nicholas no pidió permiso. El tercer botón de la blusa saltó con un tirón. Lo oyeron caer. Luego el siguiente. Valerie jadeó. No de dolor, sino de alivio. Él le bajó la prenda por los hombros, dejándola colgando, y su boca descendió por el cuello hasta la clavícula. La mordió. Sin suavidad.

Ella gimió. Cerró los ojos. Se arqueó contra su cuerpo.

Lo necesitaba dentro. Ya.

Le desabrochó el cinturón con las manos temblorosas pero decididas. No había romanticismo. Ni pausa. Ni negociación. Solo la urgencia de dos cuerpos que se sabían enemigos y, aun así, se buscaban como únicos aliados posibles. Sus dedos bajaron la cremallera y sintió su erección contra la palma.

Él gruñó al contacto. Ella sonrió.

Por primera vez en años, se sintió viva.

Nicholas le subió la falda con violencia controlada. La empujó de nuevo contra la pared. Ella se aferró a sus hombros. Las piernas se separaron solas. La ropa interior ya estaba a un lado. No hicieron falta palabras.

La penetró de golpe.

Ella ahogó un grito. No por sorpresa. Por impacto. Por todo lo acumulado.

Él la sujetaba de la cadera. Se movía con ritmo exacto, sin freno, sin pudor. Ella lo arañó. Lo besó. Lo mordió. Sus bocas eran caos, saliva, rabia. Sus cuerpos golpeaban el yeso, la madera, el aire.

El ritmo subió. Ella se arqueaba más. Él murmuraba palabras ininteligibles contra su oído. Ella las traducía en gemidos. No había música. Solo el ruido de su respiración, de la carne, de los gemidos rotos.

No se detenían. No pensaban.

Solo seguían.

Hasta romperse.

Valerie llegó primero.

Rápido. Violento. Casi brutal. Le clavó los dedos en los hombros, le mordió el cuello, se vino contra él con la espalda en llamas y los

labios abiertos de tanto contenerse. Nicholas no paró. Solo unos segundos después se dejó caer sobre ella con una exhalación grave, caliente, casi dolida. Su cuerpo temblaba. Sus brazos la rodeaban. Pero no era un abrazo.

Era la descarga después de la tormenta.

Se quedaron así, unidos, respirando al mismo ritmo, con el sudor mezclado y la ropa a medio quitar. La habitación permaneció en silencio. Ni una palabra. Ni una caricia suave. Solo cuerpos exhaustos, desordenados, como después de una batalla que nadie ha ganado del todo.

Nicholas se movió primero. Se separó despacio, con los ojos cerrados, como si aún necesitara sostener el peso de lo que acababan de hacer antes de volver a ser él mismo. Valerie no habló. No lo miró. Tampoco se apartó. Seguía contra la pared, con la falda recogida en la cintura, las piernas todavía débiles y la respiración atascada en el pecho.

Se agachó. Recogió la blusa del suelo. Un botón había desaparecido. Otro colgaba de un hilo. Se la puso igual. No le importaba.

No ahora.

Nicholas, mientras tanto, se subía la cremallera con movimientos lentos, calculados. La camisa abierta. El cuello húmedo. La mirada… lejos. Ni ternura. Ni disculpa. Ni duda. Solo esa forma suya de mantenerse entero cuando todo ha estallado.

Valerie no le preguntó si estaba bien. Tampoco se disculpó. Cogió el bolso, se recogió el cabello con un gesto seco. Se inclinó para

recoger el sujetador, lo metió dentro sin mirarlo. Cuando alzó la vista hacia él, fue solo un instante. Sus ojos se cruzaron.

Él no dijo nada. No sonrió. No se acercó.

Ella tampoco.

Pero en esa mirada estaba todo: esto pasó. Esto duele. Y esto no ha terminado.

Valerie se acercó a la puerta, aún descalza. Los tacones descansaban junto al escritorio. Se los calzó sin detenerse, con la misma frialdad con la que firmaba acuerdos millonarios o despedía a un director. Todo tenía que parecer bajo control.

Aunque ya no lo estuviera.

La mano en el pomo. El cuerpo apuntando hacia fuera. El alma… colgando.

No se giró. No buscó una última frase. No preguntó nada. Sabía que, si lo hacía, se rompería.

Y no podía permitirse romperse. No ahí. No delante de él. No después de haberle entregado el cuerpo con tanto odio como deseo.

Nicholas no habló. Solo la observó. De pie, con la camisa abierta, la piel marcada por sus uñas, el pecho aún agitado, la respiración cargada de ellos. La dejó ir.

Valerie abrió la puerta.

Y se fue.

Sin mirar atrás.

El ascensor bajó en silencio. Valerie no pulsó ningún botón; alguien lo había llamado antes. Los números rojos descendían uno tras otro, como si cada dígito dijera lo que ella no podía: caes. Bajas. Pierdes.

Las piernas aún le temblaban, pero ya no por el orgasmo. Era otra cosa. El cuerpo seguía caliente, sí. Aún húmedo donde no quería pensar. Pero lo que le crujía no eran los músculos.

Era la contención.

El vacío que llega cuando ya no queda nada más que romper.

No pensaba en lo que acababa de hacer. No aún. No podía. Porque si lo nombraba —sexo contra una pared, sin promesas ni condiciones—, el deseo se convertiría en verdad.

Y la verdad… dolía.

Salió del edificio por la puerta lateral, la de los ejecutivos que no quieren ser vistos. La misma por la que se había escabullido de cenas de consejo y de periodistas. Esta vez lo hacía porque no podía soportar verse ni a sí misma. Porque sabía que llevaba en la cara el gesto exacto de quien acaba de acostarse con alguien con quien no debería.

Y que volvería a hacerlo.

El coche estaba donde siempre. El chófer no hizo preguntas. Ella tampoco dijo adónde. Subió, se sentó, cruzó las piernas. Apretó el bolso contra el pecho como si fuera un escudo. Se arregló la blusa, el pelo, la dignidad.

O lo que quedara de ella.

Miró por la ventanilla. No vio la ciudad. Solo luces, manchas, movimiento. Su propio reflejo recortado contra la noche. Y la certeza

brutal de que no sabía quién era esa mujer.

La que se había dejado follar sin hablar. Sin promesa. Sin condición. Con dientes, uñas y urgencia.

Y sin culpa.

Porque ese era el verdadero problema.

No se arrepentía. No en el cuerpo. Lo que dolía era todo lo que no iba a decir. Todo lo que no podía permitirse sentir. Todo lo que Nicholas parecía saber ya, aunque ella lo negara en cada gesto.

Al llegar a casa, entró en silencio. Se quitó los tacones en el recibidor. La blusa acabó en el suelo del baño. Se miró al espejo mientras se lavaba las manos. Había marcas en su cuello. Una en la clavícula. Otra bajo el pecho izquierdo.

Las tocó. No intentó borrarlas.

No lloró.

No pensó.

Solo se quedó ahí, desnuda, sola, frente al espejo, con el cuerpo vibrando en una frecuencia que no se apagaba.

Y entonces lo supo.

No era él quien la rompía.

Era ella.

Porque no lo miró al salir.

Porque sabía que, si lo hacía…

Se rompería de verdad.

Capítulo 9

El sonido de sus tacones sobre el mármol del hall retumbaba más alto de lo habitual. O quizá era su cabeza la que amplificaba todo: los pasos, el murmullo de los empleados, el clic de los ascensores, incluso el saludo de Claire desde recepción. Todo era más nítido. Más agudo. Más intolerable.

Valerie no miró a nadie.

Entró directa en el ascensor sin pronunciar palabra. Pulsó el botón de su planta. Esperó. Se cruzó de brazos como quien sostiene una armadura. Y, cuando las puertas se cerraron, se permitió cerrar los ojos un instante. Solo uno. Más sería debilidad.

La escena volvía una y otra vez. Nicholas contra ella. Ella contra la pared. Sus dedos en su cintura. Su voz en el oído. Su cuerpo deshaciéndose en jadeos que nunca había planeado dejar salir. Y lo peor: el silencio después. Ese silencio seguía agarrado a su garganta.

La puerta se abrió. Valerie salió sin saludar. Su secretaria dijo algo sobre una llamada reprogramada. No respondió. Entró en su despacho, cerró la puerta con un golpe suave pero firme, se quitó la chaqueta, la colgó con precisión quirúrgica.

Y, por primera vez en toda la mañana, respiró.

Había que destruir lo que no se podía controlar. Y Valerie no podía controlar lo que Nicholas le provocaba.

La primera víctima fue su equipo directo. Reunión interna. Tema: flujo de talento postfusión. Resultado: tres directores mirándola como si hubieran suspendido un examen que ni sabían que estaban haciendo. Valerie interrumpía, corregía, reformulaba. Incluso cuando tenían razón. Hoy necesitaba que alguien más se equivocara. Que alguien más temblara.

Uno de ellos salió pálido. Claire entró después, sin pedir permiso.

—¿Estás bien? —preguntó, con esa mezcla de intuición e incomodidad que solo alguien igual de afilada podía permitirse.

Valerie levantó la vista de la tablet.

—Perfectamente.

Claire cruzó los brazos. La observó unos segundos. Bajó la voz.

—Hoy no eres tú. Hoy pareces a punto de romper algo.

Valerie forzó una sonrisa. De esas que no llegan a los ojos.

—No algo. —Pausa milimétrica—. Alguien.

Claire no preguntó más. Dejó el informe sobre la mesa y salió. Cerró la puerta despacio, como si supiera que el ruido más mínimo podía hacer estallar algo.

Valerie se quedó sola.

El informe abierto.

Las manos quietas.

El corazón desbocado.

No era culpa. Ni arrepentimiento.

Era exposición.

Y eso, para ella, era intolerable.

Porque la última vez que se sintió así fue en Londres.

Y esta vez no tenía a quién culpar.

Solo a sí misma.

El golpe en la puerta no fue más fuerte que otros, pero sonó distinto. Valerie lo sintió en el estómago. No hacía falta mirar el reloj para saber que no era una visita de agenda, ni una consulta técnica, ni un subordinado buscando aprobación.

Era él.

—Pasa —dijo, sin entonación.

Nicholas entró. Cerró la puerta. No sonrió. No se acercó más de lo imprescindible.

—No pienso disculparme por lo que pasó.

Valerie alzó la mirada. Fría. Precisa.

—Yo tampoco. Porque no pasó.

Él la miró unos segundos, como si esperara otra respuesta. Como si la hubiera ensayado en su cabeza y aun así la dureza de ella lo pillara desprevenido.

—¿Eso vas a hacer ahora? ¿Reescribir la historia?

—Voy a ponerla en su sitio —contestó, sin moverse del sillón—. Una noche. Un pasillo. Un error multiplicado por dos.

Nicholas apretó los labios. Caminó hasta la silla frente al escritorio, pero no se sentó.

—¿Y Londres? ¿También fue un accidente geográfico?

Valerie sonrió. No con burla. Con rabia.

—¿De verdad quieres romantizar una habitación de hotel y media botella de whisky?

—No fue el whisky lo que me hizo quedarme esa noche —dijo él, despacio—. Fue tu voz. Y tu miedo a dormir sola.

Eso la desarmó medio segundo. Lo justo para bajar la mirada y volver a subirla con una frialdad renovada.

—Dormí perfectamente después.

—Mentira —susurró él.

Silencio.

Ella se levantó. Fue hacia la ventana. Cruzó los brazos. No por frío, sino para contener algo que amenazaba con desbordarla.

—Todo esto ha sido un error desde el principio. Te dije que lo que pasó no podía repetirse. Tú lo provocaste.

—Tú lo pediste —replicó Nicholas. Por primera vez, su voz tuvo un filo de dolor. No de enfado. No de sarcasmo. Dolor—. No con palabras. Con todo lo demás.

Ella giró despacio. Lo miró. No con furia. Con algo mucho más jodido: vulnerabilidad.

—¿Y qué querías? ¿Que te diera las gracias? ¿Que dijera que me rompiste tan bien que quiero repetirlo?

Él dio un paso. Uno solo.

—No. Quiero que admitas que fue real. Que no llenamos un vacío con piel. Fue lo único verdadero que hemos tenido desde Londres.

Valerie respiró hondo. Mantuvo la espalda recta, las piernas firmes, las uñas marcándose en las palmas.

—Lo que pasó fue una necesidad física. No le des más peso del que merece.

—Entonces dime que no me odias. Dímelo. Mírame y dímelo.

Pero no pudo.

No porque no supiera qué decir, sino porque cualquier palabra, en ese momento, saldría con forma de confesión. Y ella no confesaba. Nunca.

Se quedó pegada al cristal, brazos cruzados, el cuerpo en tensión. Nicholas la miraba como si intentara leer entre sus costillas. Como si pudiera ver lo que no decía.

Y entonces, un sonido.

Leve.

Pero suficiente.

Un clic en la puerta.

Valerie giró la cabeza de inmediato. Nicholas también. La puerta no estaba bien encajada. Había quedado entreabierta cuando él entró. Y, al otro lado, justo en el marco, Claire.

Solo un segundo. Solo una mirada.

Claire no dijo nada. No frunció el ceño. No levantó una ceja. No hizo ningún gesto de reproche. Pero sus ojos pasaron de uno a otro como quien encaja piezas de un puzzle que no había pedido. Una mirada que no preguntaba. Confirmaba.

—Perdón —dijo, con tono neutro—. No sabía que estabas ocupada.

—Ya no lo estoy —respondió Valerie. Demasiado rápido.

Claire cerró la puerta con cuidado. El silencio que quedó fue más denso que cualquier discusión.

Nicholas no habló. Tenía los ojos clavados en ella. Pero algo en su postura había cambiado. Ya no estaba abierto. Ya no estaba esperando.

Estaba quieto.

Valerie cruzó la habitación. Despacio. Como si cada paso exigiera reconstruir el control a golpes. Se detuvo a un metro de él. No porque quisiera acercarse, sino porque necesitaba marcar la distancia exacta desde donde podía herir sin sangrar.

—Esto se acabó —dijo, con una voz que solo tembló en la última sílaba.

Nicholas frunció el ceño. Apenas.

—¿Por qué? ¿Porque alguien vio algo?

—Porque no voy a arriesgar todo lo que he construido por una tensión mal resuelta.

—No es solo tensión, Valerie.

—No. Es peligro. Y lo sabes. Si alguien empieza a hablar… si esto llega al consejo… si Claire empieza a sospechar…

—Claire ya sospecha. Todos lo hacen. ¿Y qué? ¿Vas a enterrarte viva para no darles la razón?

Valerie lo miró. Había rabia en sus ojos. Y miedo.

—Lo que pasó no volverá a pasar.

—¿De verdad lo crees?

Silencio.

Ella bajó la mirada. Solo un segundo. Después la alzó de nuevo. Ya no había grietas. Ni temblores. Solo el muro.

—Mantén la distancia. Profesional. Fría. Como si nunca hubiéramos cruzado esa línea.

Nicholas asintió una vez.

Y ella supo, en ese gesto, que algo se había roto.

No entre ellos.

Dentro de él.

Y mientras hablaba, supo que estaba mintiendo.

Porque lo único que deseaba… era volver a cruzar esa línea.

Valerie se quedó sola varios minutos. No por estrategia. No por orgullo. Porque las piernas no le respondían del todo. Y porque la rabia, ese viejo mecanismo de defensa que tantas veces la había salvado, no aparecía.

Solo quedaba el eco.

Claire la había visto. O peor: la había entendido. No hacía falta que hubiera presenciado el beso, el sexo, el temblor. Bastaba con la tensión en el aire, con la forma en que él se quedaba demasiado cerca, con la pausa entre una palabra y otra. Y lo peor no era el *qué*.

Era el *quién*.

Valerie Knox no se exponía. No perdía el control. No se dejaba tocar por nadie que pudiera herirla.

Hasta ahora.

La mano le tembló al abrir el cajón del escritorio. Sacó una carpeta cualquiera. Un informe técnico sin importancia. Lo hojeó como si las palabras pudieran calmarla. Pero en cada línea leía otra cosa:

Te pedí que te alejaras. Y no lo hiciste. Me dejaste quedarme. Y ahora te odio por saber lo que siento mejor que yo.

Se levantó. Fue al baño privado. Cerró la puerta. Se miró al espejo.

Por fuera, todo seguía perfecto. Cabello en su sitio. Maquillaje impecable. Blusa abotonada con precisión. Pero los ojos… eran otros. O quizá los mismos de Londres. La misma mujer que se

levantó desnuda de aquella cama sabiendo que, si no se iba en ese instante, se quedaría demasiado.

Y entonces sí lo perdería todo.

Se mojó las muñecas. Respiró hondo. No pensó en Nicholas. No en su voz. Ni en su cuerpo. Ni en la forma en que la miró al irse. Pensó en el consejo. En la empresa. En su nombre en la prensa financiera. En todo lo que había costado construir aquella armadura.

Y en cómo se agrietaba cada vez que él estaba cerca.

Volvió al despacho. Encendió la tablet. Respondió tres correos seguidos. Fríos. Eficientes. Letales. Rechazó una solicitud de reunión. Canceló una videollamada. Reprogramó el comité legal para la semana siguiente.

Necesitaba tiempo. Espacio.

O algo peor: un milagro.

Porque decirle a Nicholas que mantuviera la distancia era una orden que ni ella sabía obedecer. Porque, en el fondo, cada paso que él daba hacia ella, cada frase afilada, cada mirada sostenida, era exactamente lo que su cuerpo seguía esperando.

Y eso era lo que más dolía.

Porque no lo odiaba. No lo olvidaba.

Y lo que más miedo le daba… era no dejar de desearlo nunca.

Horas después, el edificio se fue vaciando con la puntualidad silenciosa de los que saben que el verdadero poder no se queda

hasta tarde. Valerie seguía allí. Frente al ordenador. Fingiendo leer. Fingiendo decidir. Fingiendo controlar.

El mismo control que había tirado al suelo junto a su ropa interior hacía apenas un día.

La pantalla brillaba con informes, pero lo único que veía era el eco de su propia frase: *Mantén la distancia. Profesional. Fría.* Lo había dicho con la espalda recta, el mentón firme, como si creyera que podía alejarse de él sin desangrarse. No era cierto. Ni en su cabeza. Ni en su cuerpo.

Nicholas no volvió a su despacho el resto del día.

Y eso fue peor.

Porque su ausencia dejaba un hueco que dolía más que cualquier roce. No hubo mensajes. Ni una nota. Ni una mirada. Nada.

Y ese nada pesaba.

Como un castigo.

Valerie guardó la tablet, apagó las luces y salió de su despacho sin mirar a nadie. Caminó hasta el ascensor con paso firme, sabiendo que cualquiera que la viera pensaría: mujer resuelta, exitosa, imbatible.

Nadie imaginaba que, por dentro, aún olía a él en su cuello. Que la marca de su boca en la clavícula seguía ardiendo bajo la blusa. Que cada frase que no había dicho se le quedaba atravesada en la garganta.

El trayecto en coche fue breve. Demasiado breve. No hubo tráfico suficiente para perderse en el ritmo de la ciudad. Ni luces rojas que le dieran tregua.

Al llegar, se quitó los zapatos antes de entrar. Dejó las llaves en la encimera. Fue directa al baño.

Y se miró.

Desnuda. Sin maquillaje. Sin paredes.

La mujer del espejo no era la misma que había cruzado esa línea entre profesionalismo y deseo.

Era otra.

Una que ya no sabía cómo seguir fingiendo.

Cerró los ojos. Se rozó los labios con los dedos. Pensó en los suyos. En la forma en que la miró cuando ella le pidió distancia. En lo que no dijo. En cómo no discutió. En cómo obedeció… aunque todo en él gritara que no quería hacerlo.

Y entonces entendió cuál era la verdadera amenaza.

No que los descubrieran.

No que alguien hablara.

No perder el cargo.

Lo que de verdad la aterrorizaba era que él dejara de esperar. Que aceptara su mentira. Que no la desafiara nunca más.

Porque si eso pasaba…

No le quedaría nada que la salvara de sí misma.

Capítulo 10

La ciudad se apagaba al otro lado del cristal blindado. Luces que se alejaban, taxis flotando entre sombras, oficinas cerrándose como párpados cansados. Valerie no se había movido de la silla en casi tres horas. No porque estuviera trabajando. No del todo. Había tenido un informe abierto, sí, con cifras, márgenes de error y políticas de retención… pero no había leído una sola línea. El cuerpo estaba presente. La mente, no.

El cursor parpadeaba en el centro de un correo sin enviar. Ella ni lo veía. Porque el verdadero archivo, el que la había detenido, no estaba en su bandeja de entrada.

Estaba en una carpeta antigua. Archivada como "Eventos 2019". Abierta "sin querer". O eso se dijo. Aunque su dedo había tardado exactamente un segundo en buscar el archivo con el nombre del hotel.

Itinerario de la Cumbre de Tecnología Global – Londres.

Abrió el documento. Recorrió la tabla sin leerla, hasta que lo encontró:

Viernes 14 – Cena informal de líderes. The Bentley Hotel, habitación 506.

Un número anodino, en Arial. Bastó.

Porque con ese número volvió todo.

El pasillo alfombrado, la llave magnética que no funcionó a la primera, la forma en que él la miró antes de entrar. La ventana abierta. La lluvia. Las luces de la ciudad en su piel. Su voz. «Así, Valerie… así.»

Se levantó. Caminó por la oficina como quien intenta sacudirse algo del cuerpo. Se sirvió un vaso de agua. Volvió a la silla. Cerró el documento.

Pero ya era tarde.

El eco había vuelto.

Y no por el sexo. Ni siquiera por el orgasmo que le arrancó entre gemidos rotos. Lo que regresaba con más fuerza era lo que vino después. El silencio compartido. La calma. Su mano en su espalda. El peso de su cuerpo dormido contra el de ella. Esa ternura inesperada que se sintió como un crimen.

Porque eso era lo que no había dicho a nadie.

Ni a él. Ni a sí misma.

Que aquella noche no fue solo deseo. Fue una grieta. Una rendija por la que algo entró. Y nunca volvió a salir.

Suspiró. Apagó la pantalla. Cerró el portátil.

El recuerdo no se apagó con él.

La luz entraba por la ventana con una calma imposible. Londres amanecía nublada, como casi siempre, con ese gris suave que no era tormenta pero tampoco sol. Valerie abrió los ojos sin estar segura de la hora. Ni del lugar. Solo sintió calor. Un peso familiar. Un brazo en su cintura. Una pierna entre las suyas.

Y entonces recordó.

No con sobresalto, ni con vergüenza.

Recordó con el cuerpo. Con la piel.

Nicholas dormía detrás de ella. Respiración lenta, profunda. La boca apenas entreabierta, la mandíbula relajada. Un rizo suelto le rozaba el hombro. El brazo seguía ahí, anclado en su cintura, como si nunca tuviera que irse. Como si aquello fuera normal.

Valerie no se movió al principio. Solo respiró con él. Se dejó envolver por esa quietud insólita, por la extraña sensación de seguridad que no se había ganado, pero que se le ofrecía igual. Su mano subió despacio, apenas rozando las sábanas. Le acarició el antebrazo. El vello fino. La piel tibia. El lugar exacto donde el pulso latía, constante.

Había algo obsceno en lo íntimo del gesto. No por sexual. Por real.

Lo estudió. La línea de la espalda. El hombro fuerte. La curva de la clavícula. Memorizó con los ojos lo que sus dedos ya conocían. Y, por un momento, deseó que no se despertara nunca. Que no tuvieran que hablar. Que no rompieran esa burbuja en la que no existían cargos, ni países, ni decisiones.

Pero él se movió. Se desperezó como un gato grande, lento. Abrió los ojos. La miró. No dijo nada.

Sonrió.

Valerie bajó la mirada. Se incorporó un poco, sujetando la sábana contra el pecho.

—¿Qué hora es? —preguntó, sin saber por qué ese detalle le parecía importante.

—Las siete y algo. Mi vuelo sale en tres.

—¿Y tú te duermes así, después de…?

—Después de ti —respondió él, frotándose los ojos—. Sí.

Ella sonrió. Casi sin querer.

Se levantaron sin urgencia. Buscaron la ropa entre risas suaves. Él le tendió el sujetador como si fuera algo frágil. Ella se lo puso con un gesto seco, pero se ruborizó igual. Él se abrochó la camisa sin remeterla del todo. Ella se sentó en la cama para ponerse los pendientes. Hablaban poco.

No hacía falta más.

Nicholas preparó dos cafés. Uno fuerte, para él. Otro con un poco de leche, para ella. Se lo ofreció sin decir nada. Valerie lo aceptó sin mirarlo.

Sonrió.

Con la taza caliente entre las manos, se sentó en el alféizar. Afuera, Londres se despertaba. Por dentro, algo empezaba a doler. Porque ya sabía que ese momento tenía fecha de caducidad.

El café seguía caliente, pero la habitación empezaba a enfriarse. No por el clima, ni por la hora. Por la proximidad del final. Por esa sensación subterránea de estar viviendo algo que ya iba camino de convertirse en recuerdo.

Valerie apoyó la taza en el alféizar. Estiró las piernas, todavía envuelta en una sábana que se le deslizaba por un hombro. Nicholas estaba junto a la pequeña mesa redonda, peleando con los gemelos. Ya no era el hombre de la cumbre ni el que la había empujado contra la puerta la noche anterior.

Era otro. Más callado. Más real.

—¿Cuándo es tu vuelo? —preguntó ella, sin moverse.

—Once y cuarto. Heathrow. ¿Y el tuyo?

—Al mediodía. Gatwick. —Pausa—. Logística eficiente.

Él sonrió. Bajó la mirada a la alfombra, como si buscara algo. Luego volvió a levantarla. La sostuvo.

—Si esto fuera otro momento… —empezó, sin terminar.

Ella se quedó quieta. No sonrió. No negó. No corrigió. Lo dejó seguir.

—…podríamos averiguar qué es esto sin miedo a destruirlo.

Valerie tragó saliva. Fingió buscar su anillo en la mesilla. Cuando lo encontró, se lo deslizó en el dedo con una calma que no sentía.

—Pero no es otro momento.

—No. No lo es.

Silencio.

Él se acercó. Se agachó frente a ella. Le retiró un mechón detrás de la oreja. La mano se quedó ahí un segundo más de lo razonable. Ella cerró los ojos. Solo un instante. Porque dolía más no hacerlo.

—¿Nos veremos de nuevo? —preguntó él, casi en un susurro.

Valerie abrió los ojos. Se obligó a sostenerle la mirada.

—No lo creo.

Lo que no dijeron fue lo más fuerte.

No hablaron de lo que habían sentido. Ni de cómo la piel guardaba mejor memoria que la lógica. Ni de cómo, por una noche, aquello había sido lo más parecido a un comienzo. Solo se quedaron ahí. Respirando el mismo aire. Mirándose como si el tiempo no tuviera forma.

Él se puso en pie. Terminó el café. Fue hasta la puerta. La abrió. Y, justo antes de salir, la miró por encima del hombro.

—Fue más que una noche, Valerie. Lo sabes.

Ella no respondió.

Asintió apenas. Y cuando la puerta se cerró, supo que no volvería a verlo. Ni a tocarlo. Ni a comprobar si aquello tenía un nombre que ninguno se atrevió a pronunciar.

Porque cuando algo se siente demasiado, asusta.

Y cuando asusta… se deja atrás.

La copa de vino estaba a la mitad. Un borgoña suave que había abierto sin pensar, más por hábito que por ganas. Estaba recostada en el sofá, las piernas dobladas bajo una manta ligera, los pies descalzos, la tablet apagada sobre la mesa. La había dejado ahí tras cerrar el documento. El itinerario. El número de habitación. La línea de tiempo que ya no medía nada.

Valerie no solía beber sola. No por principios. Por eficiencia. El alcohol entorpecía decisiones, y ella había construido su vida sobre decisiones afiladas. Pero esa noche no había nada que decidir.

Solo aceptar.

El silencio del salón era impecable. Frío. Como el de un hotel caro, pulcro, bien iluminado. Como aquella habitación. Luz tenue. De fondo, el ruido amortiguado del tráfico. Dentro, solo el eco.

Se llevó la copa a los labios, bebió un sorbo y cerró los ojos.

Y ahí estaba otra vez.

Nicholas. Desnudo. Dormido. Respirando sin saber que el tiempo se acababa. La imagen no se distorsionaba con los años. No se borraba. Se hacía más nítida.

Porque no era el sexo lo que dolía.

Era la paz.

La forma en que su cuerpo se sintió a salvo en el suyo. Cómo sus manos la buscaron sin urgencia. La lentitud. El silencio. Las palabras pequeñas mientras se vestían. Las tazas de café. El olor a lluvia. La promesa no dicha de algo que podría haber empezado si ninguno de los dos hubiera tenido tanto miedo a quedarse.

Y ahora, años después, el miedo seguía siendo el mismo.

Ellos, no.

Ahora había exposición. Visibilidad. Riesgo.

Pero lo que ardía no era eso. Era lo que había quedado pendiente. Lo que ninguno se atrevió a nombrar. Lo que seguía ahí.

Todavía.

Terminó el vino. Dejó la copa en la mesa. Se quitó la manta. Caminó hasta la ventana. Se apoyó en el marco. Miró la ciudad. Pensó en el presente. En la oficina.

En él.

Y lo supo.

Que aquella noche no fue un error. Fue un punto de fuga. Un momento de verdad que no se repitió. Y que seguía latiendo dentro como un secreto mal enterrado.

Porque los secretos, cuando no se nombran, se pudren.

Y ella llevaba años oliendo a cadáver.

La ventana devolvía parte de su rostro: rasgos limpios, ojos firmes, boca en la línea de quien ha hablado demasiado… y ha callado lo esencial. Valerie se observó sin piedad. No con crueldad. Con

precisión. Como cuando diseccionaba una fusión, una pérdida, una tendencia del mercado: sin adornos.

Esa mujer reflejada no era la misma de Londres. Tampoco la de Hayes & Co. No del todo. Era una mezcla rota entre ambas. Entre la que quiso quedarse y la que huyó antes de que la vieran temblar. Entre la que se desnudó sin culpa y la que se vistió sin mirar atrás.

La copa vacía seguía en la mesa. El silencio se había vuelto espeso. Una pausa larga en medio de una vida que nunca se detenía. Pensó en todo lo que vino después. Las decisiones que la alejaron. Las noches en las que se convenció de que había sido una fantasía. Una urgencia del cuerpo. Un accidente de soledad.

Mentiras elegantes. Bien empaquetadas. Con nota al pie.

Pero no era cierto.

Nunca lo fue.

Aquella noche no fue una huida.

Fue un lugar.

Uno al que entró sin saberlo. Y del que se marchó sin entender lo que dejaba atrás.

Nicholas no le ofreció promesas. Ni futuro. Solo un presente donde pudo, por un instante, bajar la guardia sin que nadie se lo cobrara después. Y eso, justo eso, había sido más íntimo que cualquier orgasmo. Más indecente que cualquier caricia.

Apoyó la frente en el cristal. Cerró los ojos. Respiró hondo.

Y, por primera vez, lo pensó sin rabia. Sin vergüenza. Sin estrategia.

Ojalá me hubiera quedado.

No para repetirlo. No para vivir una historia de película. Solo para ver qué pasaba si se permitía sentir.

Porque lo que sentía ahora era más cruel: la ausencia persistente de lo que no se atrevió a nombrar. La certeza de que, aunque volviera a tocarlo mil veces, nunca podría regresar a ese primer lugar.

Porque aquella noche no fue un error.

Fue verdad.

Y la verdad, cuando no se dice…

Duele más que cualquier mentira.

La lluvia empezó a golpear el cristal. Fina, suave. Como si Londres hubiera cruzado el océano para recordarle que aún la habitaba por dentro.

Y entonces, sin preámbulos, sin voz, sin testigos…

Deseó volver atrás.

No para detenerlo.

Para quedarse.

Capítulo 11

Cuando Valerie oyó el golpe seco y medido en la puerta, supo que era él. No porque tuviera un ritmo especial, sino porque su cuerpo reaccionó antes de que la cabeza procesara el sonido. Rigidez en el cuello. Nudo en la base de la garganta. Calor detrás de las rodillas.

Nicholas. Otra vez. Siempre.

—Adelante —dijo, sin mirar hacia la puerta.

Él entró sin pedir permiso. Sin preámbulo. Como alguien que ha decidido dejar de esperar invitaciones que nunca llegan. Cerró la puerta con suavidad. No avanzó más de dos pasos.

Bastó para llenar la habitación.

No llevaba traje completo, solo camisa y pantalón de vestir. Mangas arremangadas hasta los antebrazos. Reloj oscuro. Nada llamativo. Pero todo en él era demasiado presente. Demasiado exacto.

Valerie dejó el bolígrafo. No fingió trabajar.

—¿Otra conversación imposible? —preguntó, en voz baja.

Nicholas no respondió de inmediato. La miró de frente, con una expresión que no era rabia ni paciencia.

Era decisión.

—¿Quieres que me aleje? Dilo.

Ella frunció el ceño. Cruzó las piernas.

—¿A qué viene eso?

—A que ya no pienso sostener esta cuerda si tú solo la usas para empujarme con ella.

Sus dedos se apretaron contra los reposabrazos.

—No sé lo que quiero, Nicholas.

Él dio un paso más. La distancia entre ambos se redujo a lo mínimo.

—Pues averígualo. Porque yo sí lo sé. Y estoy cansado de fingir que no siento lo que siento.

El silencio se volvió denso. Subió por la garganta como una marea. Valerie tragó saliva. Bajó la vista un segundo. Luego volvió a levantarla.

—¿Y si te digo que lo quiero todo?

Nicholas no sonrió. Ni siquiera parpadeó.

—Entonces deja de esconderte detrás de tu cargo.

La frase la atravesó. No sonó a reproche. Sonó a espejo.

Lo que dolía no era que tuviera razón. Era que lo dijera sin agresividad. Solo verdad.

Valerie se levantó. Caminó hacia la ventana. No porque necesitara mirar fuera, sino porque el espacio entre ellos quemaba.

—Esto no es tan fácil.

—No —admitió él—. Pero tampoco es imposible. Y no estoy aquí para pedirte garantías. Solo quiero que dejes de usar el miedo como excusa para esconderte de lo que ya sabes.

Valerie apoyó la frente en el cristal. Cerró los ojos.

No dijo nada.

Y él lo supo.

Que ya había elegido.

Solo le faltaba valor para decirlo.

—Ven conmigo —dijo.

Valerie se giró despacio, como si sus músculos necesitaran tiempo para aceptar la orden. Nicholas estaba junto a la puerta, la mano en el pomo, como si no perteneciera del todo a la escena. Como si ofreciera una salida, no una trampa. Pero había algo en su quietud —esa forma de no empujarla, pero tampoco retroceder— que lo decía todo: *no voy a arrastrarte, pero si vienes… no pienso moverme*.

Valerie asintió. No habló.

Lo siguió.

Caminaron en silencio por el pasillo. Él abrió la puerta de su despacho y esperó a que entrara antes de cerrar. La luz allí era distinta. Más cálida. Menos quirúrgica. La ciudad se colaba con un tono suave, como si Londres hubiera dejado una sombra sobre Nueva York.

Nicholas no encendió la luz del techo. Solo la lámpara baja del aparador. Se quitó el reloj. Lo dejó sobre la mesa. Se arremangó un poco más. Luego sacó dos vasos y una botella de whisky. Sirvió sin preguntar. Le acercó el cristal.

Ella lo tomó con más fragilidad de la que quería mostrar. Se sentó en el sofá largo, esta vez sin cruzar las piernas. El vestido gris oscuro se deslizaba hasta la rodilla. Él se sentó a su lado. No tan cerca como para invadirla. No tan lejos como para dejarla sola.

Bebieron. El silencio entre ellos ya no era incómodo.

Era necesario.

—¿Sabes por qué me fui tan rápido aquella mañana en Londres? —preguntó Valerie, sin mirarlo.

Nicholas esperó.

—Porque tuve miedo de quedarme.

El vaso le temblaba apenas en la mano.

—No sabía si podía ser la mujer que se queda después de una noche así. No porque no quisiera. Sino porque no sabía si sobreviviría si no funcionaba.

Nicholas asintió una vez.

—Yo tampoco sabía si debía detenerte —murmuró—. Pensé que, si habías sentido lo mismo, volverías.

—Y no volví.

—No.

Otro sorbo. Otra pausa.

—A veces pienso que fue mejor así —añadió ella—. Que si hubiéramos seguido, nos habríamos roto de verdad.

—¿Y ahora?

Valerie giró la cabeza. Lo miró, por fin. Sus ojos eran menos acero. Más carne.

Más pregunta.

—Ahora no sé si me rompiste… o si por fin me tocaste donde nadie había llegado.

Nicholas extendió la mano. No para tomar la suya. La dejó ahí, abierta, para que ella decidiera.

Valerie la sostuvo.

No fuerte. Pero no la soltó.

Y entonces lo dijo. Tan bajo que casi lo susurró contra el cristal.

—Tengo miedo.

Nicholas apretó sus dedos.

—Yo también. Pero eso no me impide quedarme.

Sus manos siguieron entrelazadas. Lo que pesaba en la habitación no era el contacto, sino lo que aún no habían puesto en palabras. Valerie respiraba con un ritmo controlado, como si el pecho no se atreviera a expandirse del todo. Nicholas no se movía. Solo la miraba. Esperaba. Con una paciencia que no era pasiva, sino rendida a la evidencia de que el siguiente movimiento ya no era suyo.

Ella dejó el vaso en la mesa, sin soltarle la mano. Luego giró el cuerpo hacia él. Hombros. Rodillas. Cerca.

Lo besó.

No con urgencia. No con rabia.

Con cuidado.

La boca apenas entreabierta. Los ojos abiertos al principio, como si necesitara comprobar que era él. Nicholas no se abalanzó. Respondió al beso con una lentitud casi dolorosa. Su otra mano subió hasta su rostro, le rozó la mejilla con el pulgar y entonces sí, cerró los ojos.

Besarla así dolía de otra manera.

Valerie se inclinó más. Le sujetó la cara con ambas manos, con una ternura que la sorprendió incluso a ella. No era así como se imaginaba rindiéndose. Pensó que dolería. Que pelearía hasta el final. Pero rendirse, ahí, contra su boca, se parecía demasiado a descansar.

Nicholas se apartó un milímetro. Las frentes quedaron apoyadas.

—¿Estás segura? —susurró.

Valerie asintió. Cerró los ojos.

—Hazlo. Pero hazlo de verdad.

Él no preguntó nada más. Le besó la sien. Después la boca. Luego bajó las manos hasta los botones de su blusa. Cada uno cedió bajo sus dedos con una precisión casi ceremonial. No había prisa. Había intención. La tela cayó despacio. Sus dedos recorrieron la piel de la clavícula como si temieran romperla, pero no temían tocarla.

Ella lo miraba sin moverse. El pecho desnudo. No temblaba. No ahora. Porque lo que sentía ya no era miedo.

Era algo infinitamente más peligroso: confianza.

Nicholas besó entre sus pechos. Luego uno. Luego el otro. Lento. Con la boca apenas abierta. Valerie exhaló un jadeo suave y le acarició la nuca. La otra mano bajó hasta su cinturón. Lo desabrochó sin temblar. Como si fuera lo más íntimo y, a la vez, lo más inevitable del mundo.

Él se detuvo un segundo. No por duda.

Por respeto.

Por ese instante de respiración que precede a lo que es verdad.

Y entonces se dejaron ir.

Nicholas la desnudó como quien abre algo frágil y valioso. Con la calma de quien ha esperado demasiado tiempo y sabe que cada gesto cuenta. Valerie no apartó la mirada. Quería ver cómo la miraba él. Quería tatuarse ese reflejo en la piel. En sus ojos no había dominio ni urgencia. Había una certeza silenciosa: *quiero tocarte como si fueras mía, aunque no me lo hayas dicho*.

Cuando él le deslizó la falda por las caderas y la dejó caer al suelo, ella se sintió más desnuda que nunca. No por la piel. Por lo

que dejaba a la vista.

Se arrodilló sobre el sofá, el torso erguido, la respiración agitada, mientras él le besaba el vientre. Sus manos le acariciaban los muslos por debajo, rozando apenas la curva alta de sus nalgas. Valerie jadeó. No con desesperación. Con algo cercano a la reverencia.

Lo ayudó a quitarse la camisa. Después los pantalones. Cuando ambos estuvieron desnudos, no se precipitaron. Se miraron. Largo. Como si ese silencio fuera la verdadera confesión.

Nicholas se inclinó sobre ella. La recostó con suavidad. El sofá era amplio, pero parecía pequeño con sus cuerpos buscándose así. Volvieron a besarse, lento, profundo. La lengua de ella encontró la suya. Las manos de Valerie bajaron por su espalda. Las de él se clavaron en su cintura como anclas.

Cuando Nicholas descendió entre sus piernas, no lo hizo para demostrar nada. Lo hizo como quien regresa a casa. Su lengua la recorrió con una paciencia que quemaba. Valerie gimió con la boca entreabierta. Cerró los ojos. Los muslos tensos. La espalda arqueada. Él no paró. No hasta que la oyó gemir su nombre. No hasta que la sintió romperse en su boca, con la respiración descontrolada y los dedos aferrados a su pelo.

Y aun así, no fue eso lo que más la desarmó.

Fue cómo subió después. Cómo la besó con la boca húmeda. Cómo la miró como si el sexo no fuera lo importante.

Como si la historia fuera ella.

Se acomodó entre sus piernas. La penetración fue lenta, profunda. Un movimiento largo, contenido, que arrancó un gemido a

los dos. Valerie le rodeó la cintura con las piernas. Nicholas hundió el rostro en su cuello.

—Estoy aquí —susurró.

Ella no respondió. Solo lo apretó más.

Se movieron juntos. Sin prisas. Como si cada embestida fuera una palabra que les faltó entonces. Como si el cuerpo pidiera perdón donde la boca no pudo. Como si, por fin, se eligieran de verdad.

Valerie se corrió primero. No con violencia. Con lágrimas en los ojos. Un orgasmo que le sacudió más el alma que el vientre. Él la siguió segundos después, con un gemido ronco, hundido en su cuello, los dedos marcándole la cadera.

Y entonces solo quedó el silencio.

Pero esta vez, no dolía.

La habitación olía a whisky, a piel, a deseo agotado que ya no pedía explicaciones. El aire estaba cargado, pero no pesaba. Valerie no se movía. Nicholas tampoco. Seguían en el sofá, enredados, desnudos, tibios, como si el tiempo se hubiera sentado en la mesa a mirar.

El pecho de él subía y bajaba contra el suyo. Su respiración era estable. La de ella aún temblaba, pero no de ansiedad.

Era el temblor de lo que se cae dentro sin destrozarlo todo.

No sabía cuánto tiempo llevaron así. No importaba. Por primera vez en semanas —quizá años— no tenía prisa. Ni por hablar. Ni por levantarse. Ni por analizar.

Y eso, en alguien como Valerie Knox, era más íntimo que cualquier declaración.

Sus dedos dibujaron líneas lentas en la espalda de Nicholas. No para excitarlo. No para empezar otra vez. Solo para comprobar que seguía ahí. Que no se había evaporado con la adrenalina. Que ese cuerpo que la había roto y reconstruido llevaba su nombre.

Él levantó la cabeza un poco. La miró.

No sonrió. No habló. Le acarició el rostro con los nudillos, como si supiera que cualquier palabra podría ser torpe.

Valerie apoyó la mano en su pecho. Sintió el latido. Firme. Constante.

Abierto.

—No sabía —dijo, casi en un susurro— que se podía tocar así. Que alguien pudiera tocarme así.

Nicholas le besó la frente.

—Yo tampoco sabía que ibas a dejarte.

No había reproche. Solo ternura. De la que se construye con lo que duele, no con lo que queda bonito.

Ella suspiró. Cerró los ojos. Se acomodó mejor sobre él. La cabeza en su pecho. Las piernas entrelazadas con las suyas. Un brazo sobre su abdomen. Como si, por fin, se permitiera ocupar espacio.

No solo en ese sofá.

En su vida.

El silencio se alargó, pero ya no era un muro. Era una tregua. Ambos respiraban igual, al mismo ritmo, como si se hubieran encontrado en un punto medio donde ninguna de sus defensas tenía sentido.

En algún momento, Nicholas le recorrió la espalda con la punta de los dedos, dibujando formas invisibles. Valerie no dijo nada. Pero su piel se estremeció. Como si cada caricia arrancara una capa vieja. Como si el contacto, esta vez, no la desarmara.

La reconstruyera.

No pensó en lo que vendría después. En el equipo. En Claire. En las miradas. En los rumores. En las normas.

Su cabeza, por una vez, no se adelantó a los escenarios.

Estaba ahí.

En su cuerpo.

En su respiración.

En el calor compartido.

Y, por primera vez, se sintió completa.

No débil.

No expuesta.

No derrotada.

En casa.

Capítulo 12

Tres días.

Exactamente setenta y dos horas sin un solo mensaje, ni un roce, ni una mirada sostenida. Nicholas estaba. Estaba en las reuniones, en los pasillos, en su despacho con la puerta entreabierta. Estaba, sí. Pero no con ella.

Valerie lo notaba en los matices. En la manera en que no giraba la cabeza cuando ella entraba en la sala de juntas. En cómo sus informes llegaban puntuales, impecables… impersonales. En cómo hablaba con todo el equipo —incluso con Claire— con una cortesía medida, mientras a ella solo le ofrecía datos.

No era distancia agresiva. Ni castigo pasivo. Nada de eso.

Era respeto.

Y eso era lo que más la desquiciaba.

Porque Valerie no sabía qué hacer con el respeto cuando su cuerpo aún recordaba el peso exacto de él sobre su pecho. Cuando cada noche cerraba los ojos y su cuello seguía ardiendo con la memoria de besos que no se habían repetido.

Intentó refugiarse en el trabajo. Se lanzó de cabeza a los presupuestos, a los análisis de rendimiento, a la reestructuración del comité legal. Reunión tras reunión, sin espacio para el pensamiento lateral. Todo bajo control.

Excepto que no lo estaba.

Porque bastaba que él dijera «correcto» sin mirarla para que a ella le doliera la boca. Bastaba que pasara junto a ella en el pasillo, sin rozarle el brazo, para que la piel se le encogiera como si le faltara aire.

Había exigido espacio. Y ahora que lo tenía, sentía que se estaba asfixiando en él.

Una tarde cualquiera, después de un comité eterno sobre la renovación de alianzas, él recogió sus documentos, le dedicó un leve «buenas tardes» y salió antes que nadie. Valerie no respondió. Solo lo vio alejarse. Sin dramatismo. Sin urgencia. Como si, por fin, hubiera aprendido a no esperarla.

Y entonces lo pensó:

No hay castigo más cruel que el respeto… cuando lo que deseas es que te insistan.

Pero Nicholas no insistía. No la presionaba. No le exigía explicaciones ni despedidas. La había escuchado. Había entendido el «no me busques» y lo estaba cumpliendo con una elegancia brutal.

Y eso, justo eso, era lo que más la desarmaba.

Porque ya no tenía a quién culpar.

La culpa era suya. Y la soledad, también.

—¿Te puedo robar un minuto?

La voz de Claire sonó neutral, como siempre, pero Valerie supo al instante que no se trataba de nada urgente. Llevaba años leyendo esas pausas, esos matices, esa manera de pedir permiso para cruzar una línea sin que pareciera que lo hacía.

Le indicó con un gesto que cerrara la puerta. Claire obedeció. Se sentó al otro lado del escritorio sin esperar invitación.

—¿Quieres que vayamos al grano o preferimos fingir que hablamos del nuevo contrato de consultoría?

Valerie alzó una ceja.

—Si tienes algo que decir, Claire, dilo.

Claire asintió, con una media sonrisa. No sarcástica. Casi protectora.

—No soy ciega, Valerie.

Silencio. Valerie se recostó en la silla. No dijo nada.

—No me importa lo que hiciste. Ni con quién. Ni dónde. —Claire apoyó los codos en las rodillas—. Lo que me importa es lo que vas a hacer con eso.

—No entiendo de qué hablas —respondió Valerie, sin pestañear.

Claire ladeó la cabeza.

—Ya. Pero es curioso. Desde que él llegó, tus respuestas son más cortas, tus silencios más largos y tus ojos ya no se paran donde solían.

Valerie apretó la mandíbula. No negó. Tampoco afirmó.

—¿Crees que alguien más lo ha notado?

Claire se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no estoy preguntando como empleada. Ni siquiera como amiga. —La miró con una franqueza limpia—. Te lo digo como alguien que ha visto a demasiadas mujeres perder cosas valiosas por no saber admitir que las querían.

Valerie se incorporó.

—No estoy perdiendo nada.

Claire no discutió. No subió el tono. No se burló. Solo la sostuvo la mirada. Y fue justamente ese silencio —esa renuncia a intentar convencerla— lo que más la hirió.

—¿Te estás oyendo? —preguntó al fin—. Llevas semanas entera girando alrededor de él. Con cada palabra. Con cada paso. Te ha roto, sí. Pero también te ha hecho reír. Te ha hecho temblar. Te ha hecho hablar más bajo, mirar más lento, respirar distinto. Y ahora que se está yendo… estás aquí, sentada, fingiendo que te da igual.

—No se está yendo —replicó Valerie, con más firmeza de la necesaria.

Claire alzó una ceja.

—¿No? Porque desde fuera, lo parece. Y no porque él quiera, Valerie. —Pausa—. Porque tú le diste la orden.

Valerie tragó saliva.

—No es tan simple.

—No —admitió Claire—. Nunca lo es. Pero si esperas a que lo sea… lo vas a perder.

Se levantó. Caminó hacia la puerta. Y, justo antes de salir, se giró una última vez.

—Solo te digo esto: no hay nada más peligroso que alguien que te ha visto de verdad… y aun así decide quedarse. Si dejas que se vaya, no es por él. Es por ti.

La puerta se cerró. Valerie no se movió. No gritó. No lanzó nada contra la pared.

Solo se quedó ahí, con el eco de esa frase clavado en el pecho como una astilla.

Y no dolía porque fuera mentira.

Dolía porque era la única verdad que no sabía cómo mirar de frente.

La casa estaba en silencio. No el silencio cómodo de las noches de rutina, sino ese que pesa. Que se estira. Que hace que cada paso en el pasillo suene demasiado fuerte.

Valerie dejó las llaves sobre la encimera, se descalzó junto al sofá y se sirvió media copa de vino. Lo hizo con la mecánica de quien no busca placer, solo una tarea que le llene las manos.

No había respondido a ningún mensaje desde que Claire salió de su despacho. No había abierto informes ni leído notificaciones. Solo había querido llegar. A casa. A ese espacio que, en teoría, era suyo. Pero ni ahí lograba sentirse a salvo.

Subió al baño sin encender todas las luces. Solo la del espejo.

Se miró. Primero unos segundos. Luego minutos. Y el tiempo se fue deshaciendo como el rímel que le quedaba al borde del ojo. No estaba deshecha. No del todo. Pero ya no estaba intacta.

Se quitó los pendientes. Después el anillo. La chaqueta. Los zapatos. Despacio. Sin erotismo. Sin pose. Como quien desmonta una armadura que lleva demasiado tiempo puesta. Cada prenda caía sin ruido, pero el silencio seguía creciendo.

Cuando se quedó en ropa interior, alzó la barbilla. Miró su cuello. La clavícula. La línea de los hombros. La piel que él había recorrido con la boca. Rozó con la yema de los dedos el lateral del muslo, justo donde Nicholas la había sujetado días atrás. La piel no guardaba marcas.

Ella sí.

Se quitó el sujetador. Luego la braguita. Desnuda frente al espejo, no apartó la vista. No esta vez.

Lo que vio no era debilidad. Tampoco fuerza. Era una mujer en mitad de su propia batalla. Una mujer que había construido un imperio de autocontrol, de poder, de decisiones que nadie cuestionaba… y que ahora temblaba no por lo que había hecho, sino por lo que no se atrevía a desear del todo.

Soy fuerte, pensó.

Soy jefa. Soy lo que todos temen.

Y luego, bajando la mirada, con el pulso clavado en la garganta:

Pero no sé si sé amar sin esconderme.

Apretó los párpados. Apoyó una mano en el lavabo. La otra la llevó al pecho, como si pudiera sujetar el miedo con los dedos. No lloró. No exactamente. Pero respiró hondo, con la boca entreabierta, como si el aire no bastara.

Porque no se trataba de perder un amante.

Se trataba de perder al único hombre que no le había exigido nada… salvo que fuera real.

Y lo supo.

Él no le había pedido que lo eligiera. No se lo había exigido. No la había arrinconado. Pero si no lo hacía ahora… lo perdería igual.

Y no por él.

Por ella.

Por seguir protegiéndose de lo único que no sabía cómo sostener: ser amada sin condiciones.

El vino seguía en la copa, intacto. Ya no lo quería. Ya no lo necesitaba. Valerie se envolvió en una bata de satén que no

abrigaba, pero al menos servía para cubrir la sensación de estar demasiado abierta. Caminó descalza por el pasillo en penumbra hasta el salón. Las luces de la ciudad entraban por los ventanales como un murmullo lejano. Afuera, todo seguía. Avanzaba. Vivía.

Dentro… dentro todo estaba suspendido.

Se dejó caer en el sofá, la manta sobre las piernas. Encendió la lámpara baja. No la televisión. No música. No ruido. Solo eso: la quietud después de una batalla que aún no había terminado.

Pensó en Nicholas.

No en el CEO. No en el hombre del poder. Ni siquiera en el de la habitación 506.

Pensó en cómo la miraba cuando ella mentía. En cómo no la empujaba cuando sabía que estaba huyendo. En cómo sabía quedarse en silencio exactamente cuando más lo necesitaba.

Y entonces lo entendió.

No temía perderlo a él. No era solo eso. El pánico venía de después. Del hueco que dejaría. De la certeza de que nadie más iba a verla así. De que, si lo dejaba ir, si no lo elegía, si no abría esa puerta del todo, no solo lo perdería a él.

Se perdería a sí misma.

Porque Nicholas era muchas cosas. Obstinado. Intenso. Contradictorio. Pero también era lo único que no había intentado recortarla para encajarla en otra vida.

No le pidió que renunciara a nada. No intentó salvarla. Solo se quedó cuando estaba rota. Y la amó incluso sin saber si él también sería otra herida.

Valerie apoyó la frente en las rodillas. Cerró los ojos. Se rodeó el cuerpo con los brazos. No como defensa. Como puente.

Sabía lo que tenía que hacer. Sabía que no podía seguir navegando entre huidas y pulsos de poder.

Porque ya no era solo deseo. Ni rabia.

Era algo más grande que todo eso: lo necesitaba.

Y no como cuerpo.

Como casa.

Podía seguir fingiendo que no lo quería. Podía seguir blindándose. Pero lo que estaba en juego ya no era un romance. Era la única versión de ella misma que no odiaba: la que existía cuando él estaba cerca.

Y esa versión… solo podía sostenerse si se atrevía a elegirla.

A elegirlo.

Él no se lo había pedido. Nunca la forzó. Pero tampoco estaría esperando eternamente.

Y entonces lo supo con una claridad que le heló y le encendió el pecho al mismo tiempo:

El miedo no era perderlo.

El miedo era lanzarse a quererlo…

sin red.

Capítulo 13

El reloj del despacho marcaba las 20:17. Las luces de la ciudad parpadeaban al otro lado del cristal, pero Valerie no las veía. Estaba sentada frente al escritorio, el móvil apagado entre los dedos, su propio reflejo devolviéndole una cara demasiado entera para lo rota que se sentía por dentro.

No había notificaciones.

No había excusas.

No había ruido que tapara lo único que importaba desde hacía días.

No lo había llamado. No lo había buscado.

Y él, con esa precisión que dolía más que cualquier desprecio, tampoco.

Nicholas cumplía su promesa tácita: no insistir. No tocar la puerta. No pedir nada. No porque no sintiera; justamente porque sí. Porque ella se lo había exigido. Y él, como siempre, había escuchado. Había entendido. Y se había retirado con esa elegancia silenciosa que la enamoró primero y la enfureció después.

Había tenido tiempo de sobra para pensarlo todo. Cada roce. Cada palabra tragada. Cada mirada que no se atrevió a sostener en los pasillos. Cada vez que él pasó a dos metros de ella sin rozarla, sin buscarla, sin esperarla.

Lo que más la desarmaba no era la distancia.

Era que no era fría. Era impecable.

Nicholas no se alejaba por orgullo. Se alejaba porque ella lo había empujado a ese borde. Y ahora, que por fin lo tenía lejos, estaba sola.

Valerie se levantó. Fue hasta la puerta del despacho. La abrió. El pasillo estaba vacío. Las luces de emergencia teñían el suelo de un azul apagado. Nadie. Nada. Solo el eco de sus propios tacones.

Se apoyó un segundo en el marco.

O lo elijo. O lo pierdo.

Ya no quedaban términos medios. No después de todo lo que habían sido. De lo que él le había dado sin pedir nada a cambio. De lo que ella no había sabido pedir… pero necesitaba como nunca.

Volvió al escritorio. Dejó el teléfono. Se puso la chaqueta. No se miró al espejo. No comprobó maquillaje, ni peinado, ni gesto.

Salió.

Porque lo que estaba en juego ya no era él. Era ella. Y si no lo hacía ahora, sabría que lo había perdido. No porque él se fuera, sino porque ella no tuvo el valor de detenerlo.

Lo vio antes de cruzar la puerta del edificio.

Estaba en la acera, frente a la entrada lateral, apoyado con una mano en el móvil y la chaqueta sobre el antebrazo. No parecía esperar a nadie. No miraba en ninguna dirección concreta.

Simplemente estaba.

Como si hubiese decidido no irse del todo, por si acaso. Como si quedarse un poco más fuera su última forma de resistencia.

Valerie dudó un segundo. No por cobardía. Por vértigo. Porque lo que estaba a punto de hacer ya no era un impulso, era una elección. Una de las pocas que no podría corregir después.

Cruzó la puerta.

Él alzó la vista. No se sorprendió. No sonrió. Pero algo en su postura cambió: se irguió apenas, guardó el móvil, esperó. No dio un paso hacia ella. Le dejó el espacio. Porque sabía que esta vez tenía que ser ella.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Valerie, con la voz en un tono normal. Sin armadura.

Nicholas asintió. Nada más.

Caminaron en silencio, sin rumbo declarado. Cruzaron la calle, tomaron la acera de la izquierda. Valerie giró de pronto hacia el parque de dos calles más abajo. A esa hora estaba casi vacío; farolas dispersas, bancos de madera, árboles oscuros y el murmullo lejano del tráfico.

Se sentaron en uno de los bancos del fondo. Había espacio entre sus cuerpos. No por frialdad, sino porque todavía no sabían cómo llenarlo sin romper algo.

—No sé por dónde empezar —dijo ella, mirando al frente.

Nicholas giró apenas la cabeza.

—No hace falta un principio perfecto. Solo… habla.

Ella respiró hondo.

—No estoy acostumbrada a esto. A no tener el control. A que algo me importe tanto que me cueste pensar. He pasado la vida convencida de que si mantenía la distancia, si no necesitaba a nadie… no podían herirme.

—Y te funcionó —contestó él, sin reproche—. Hasta que dejó de hacerlo.

Valerie lo miró.

—Hasta que llegaste tú.

Silencio.

—No sé si sé hacerlo —continuó—. Sentir sin defenderme. Sin atacar. Sin medir cada palabra para no parecer débil.

—No necesito que seas perfecta, Valerie. Ni invencible. Ni jefa. Solo que no huyas. Que no me cierres la puerta cada vez que te demuestro que no pienso tirarla abajo.

Ella bajó la mirada a sus propias manos. Quietas sobre las rodillas. Extrañas.

Y entonces él hizo algo que no esperaba.

Extendió la suya. La dejó entre ambos. Abierta. Tranquila. A su alcance.

No dijo nada. No pidió nada.

Valerie tardó un segundo. Dos. Tres.

Y luego la tomó.

No como quien se aferra. Como quien deja de correr. No porque el miedo se haya ido, sino porque, por fin, ha decidido quedarse a pesar de él.

El camino de vuelta fue lento. No por incomodidad, sino porque ninguno parecía tener prisa por regresar al decorado de siempre. A

las salas de juntas, a los correos, al ruido pulido de la oficina donde cada gesto se registra y cada palabra se archiva.

Allí, en la calle semivacía, bajo la luz cálida de los faroles y el aire templado de una noche extrañamente amable, no hacía falta fingir nada.

No volvieron a tocarse. La mano que él le ofreció y ella aceptó había sido suficiente. El resto era presencia. Pasos acompasados. Espaldas rectas. Miradas que no se buscaban, pero se notaban.

Valerie no hablaba. No porque le faltaran cosas que decir, sino porque por primera vez entendía que el silencio podía ser un idioma compartido. Nicholas no apuraba, no dirigía, no marcaba el ritmo. Solo caminaba a su lado.

Con ella.

No delante.

No detrás.

Al llegar a la esquina del edificio, se detuvieron. El portal brillaba con ese reflejo pulcro del cristal recién limpiado. El vigilante no estaba. El mundo parecía suspendido en un paréntesis improbable.

—¿Quieres que suba contigo? —preguntó Nicholas. Sin doble fondo. Sin presión. Solo como quien ofrece estar, por si ella ya no quiere estar sola.

Valerie lo miró. No sonrió. Pero la intensidad tranquila de sus ojos dijo más que cualquier gesto amable.

—No esta noche —respondió. Y añadió enseguida—: Pero no porque no quiera.

Él asintió. Solo eso. No insistió, no interpretó. No se inclinó para besarla, no dio medio paso más.

Entonces fue ella quien se acercó. Despacio. Precisa.

No lo besó en la boca. No era esa noche. Ni ese momento. Lo besó en la mejilla. Un roce suave, deliberado; nada fraternal, nada neutro. Un beso cargado de todo lo que todavía no sabía cómo decir.

Al separarse, mantuvo la mirada en la suya. No como reto. Como reconocimiento.

—No voy a desaparecer.

La frase quedó flotando entre ambos como un contrato sin firma ni fecha. Un pacto sencillo. Y enorme.

Nicholas no respondió. No hacía falta. Porque por primera vez, no tenía que preguntarse si ella iba a huir.

La vio entrar. Esperó a que la puerta se cerrara.

Y en el reflejo del cristal se vio a sí mismo.

Ya no como el que insiste.

Sino como el que, al fin, puede quedarse.

La puerta del apartamento se cerró con un clic suave. Valerie no encendió todas las luces; solo la lámpara junto al sofá. Se quitó los tacones en la entrada, aflojó los primeros botones de la blusa y dejó el bolso sobre la mesa sin mirar el móvil. No esperaba nada. No quería que nada distrajera esa sensación nueva de estar… en paz.

Se dejó caer en el sofá, la cabeza hacia atrás, los hombros por fin sin tensión. Inspiró hondo. Una vez. Otra. Su cuerpo seguía en alerta, pero no por amenaza. Era como si su sistema necesitara recalibrarse para entender que no había incendio que apagar, ni retirada estratégica que planear.

Solo esto: una calma desconocida.

Porque esta vez no se había rendido. No había huido. No había atacado.

Se había mostrado. Incompleta. Con dudas. Pero presente.

Recordó el gesto de Nicholas al tenderle la mano. La forma en que no exigió promesas, ni disculpas, ni garantías. Solo se la ofreció. Y se quedó.

La copa de vino del día anterior seguía sobre la encimera. No la tocó. No quería empañar el sabor limpio de esa noche con nada que la enturbiara. Tampoco encendió música.

No necesitaba ruido de fondo. Por primera vez en mucho tiempo, el silencio no pesaba.

Se levantó despacio. Caminó por el salón con pasos lentos, como si estuviera estrenando otra forma de habitar su propia casa. Una que no estuviera hecha solo de trabajo, prestigio y distancia. Una donde también pudiera caber eso otro. Lo que aún no sabía nombrar, pero ya no quería negar.

Se detuvo frente a la ventana. La ciudad seguía en movimiento. Coches, luces, edificios encendidos como si nadie durmiera nunca. Pensó en las veces que había confundido ese movimiento constante con libertad. En cuántas ocasiones había llamado independencia a su incapacidad de dejar que alguien se quedara.

Y esta noche, por primera vez, había abierto otra puerta.

No la del edificio. La suya.

La que daba a la parte de sí misma que siempre había guardado bajo siete capas de control: la que quería quedarse cuando todo en su cabeza gritaba que corriera.

No era una declaración. No era amor, todavía. Pero era algo.

La decisión de no volver a esconderse. En su mundo, eso ya era una revolución.

Nicholas no se marchó enseguida. Se quedó unos minutos frente al edificio, las manos en los bolsillos, la mirada fija en su propio reflejo. No pensaba. No analizaba. No estaba construyendo un plan.

No hacía falta.

Valerie no le había abierto la puerta de su casa, pero sí la de algo mucho más difícil. Había bajado la guardia. No como estrategia. Como acto de fe. No lo invitó a pasar, pero le dio algo que pesaba más que cualquier noche juntos:

Una promesa.

No voy a desaparecer.

El tráfico se deslizaba lento por la avenida. Un grupo de jóvenes reía al otro lado de la calle. La ciudad parecía no haberse enterado de nada.

Para él, todo había cambiado.

Subió al coche sin encender el motor. Cerró la puerta. Apoyó la nuca en el reposacabezas y dejó los ojos cerrados unos segundos. Recordó el beso en la mejilla. El roce de sus dedos en la solapa. La voz de ella temblando lo justo para demostrar que esta vez no estaba mintiendo.

No era el final de nada. Tampoco el comienzo fácil de una historia. Era un umbral. Ese territorio inestable donde dos personas deciden, sin dramatismos ni frases grandilocuentes, que quieren ver qué pasa si dejan de hacerse daño.

Valerie estaba acostumbrada a ganar sin exponerse. A liderar sin implicarse. A que la admiraran, no a que la alcanzaran. Pero esa noche se había dejado alcanzar. Aunque solo fuera un poco. Aunque todavía no supiera qué hacer con eso.

Nicholas respiró hondo. Encendió el motor. No puso música. El silencio era suficiente.

Mientras doblaba la esquina, no se hizo promesas. No fantaseó con futuros posibles. Solo pensó una cosa, simple y clara:

Si vuelve, no le pediré que corra. Solo que no huya.

Y lo supo.

Podía esperar un poco más.

Porque, por primera vez, Valerie Knox no le había entregado solo un cuerpo, ni una noche, ni una excusa.

Le había dado una señal.

Y, para Nicholas Hawthorne, eso… lo era todo.

Capítulo 14

La llamada fue breve.

Un nombre en la pantalla. Una sola palabra. Sin adornos. Sin preámbulos.

—Ven —dijo Valerie. Y colgó.

No lo esperó en el sofá, ni junto a la ventana con una copa de vino. No montó ninguna escena, no preparó ningún decorado. No hizo nada que no naciera del centro exacto de lo que ahora sabía con una certeza irrebatible: no lo deseaba por necesidad. Lo deseaba por elección.

Esa era la diferencia.

El apartamento estaba en penumbra. Sin música. Sin velas. Sin perfumes añadidos. Solo ella: piel limpia, el pelo suelto, una camiseta blanca sin mangas que le caía de un hombro y nada más. Sin maquillaje. Sin armadura. Sin trampa.

Cuando oyó el ascensor detenerse en su planta, no sintió vértigo. Sintió algo nuevo: la calma que llega después de la guerra. Se levantó. Caminó descalza hasta la puerta. Y cuando la abrió, ahí estaba.

Nicholas. De negro, la camisa algo arrugada, las manos relajadas a los lados. No dijo nada. No sonrió. No preguntó por qué lo había llamado.

Solo la miró. Lento. Largo. Como quien por fin pone un pie en el lugar al que llevaba semanas yendo en línea recta.

Valerie no se apartó. No pronunció un "pasa". Simplemente dio un paso atrás y le dejó espacio. Cuando él cruzó el umbral, su cuerpo no chocó con el de ella: lo rozó. Apenas. Lo justo para que ambos entendieran que lo que venía no necesitaba anuncios. Solo sostenerse.

Nicholas dejó la chaqueta sobre la silla del recibidor. No se lanzó sobre ella. No se acercó de golpe. Volvió a mirarla, con esa expresión que ya no era solo deseo, sino algo infinitamente más peligroso: reconocimiento.

—Estás preciosa —dijo en voz baja. No sonó a cumplido. Sonó a constatación.

Valerie no contestó. Caminó hacia él. Lenta. Decidida. Como quien, por primera vez, no se defiende del tacto.

Él le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Una vez. Después bajó la mano hasta el cuello, rozando la piel sin apretar, como si leyera su temperatura.

Y entonces ella lo besó. Sin estrategia. Sin permiso.

Fue un beso silencioso. Sin urgencia. Boca abierta, labios suaves, lenguas que se reconocían. Se besaron de pie, en mitad del pasillo, bajo la luz cálida de una lámpara que apenas llegaba a sus rostros.

Valerie apoyó la mano sobre su pecho. Sintió el latido. No se apartó.

Nicholas la sujetó por la cintura. No para dirigirla. Para anclarla. Para decirle, sin decirlo: *aquí. ahora. así*.

Y en ese primer roce sin rabia ni pasado, Valerie entendió algo:

Aquello no era volver.

Era llegar.

No fueron a la habitación. No todavía. Nicholas la guió despacio hasta el sofá. Ni una palabra, ni una orden. Solo su mano en la espalda, cálida, firme, marcando un camino que esta vez ella seguía porque quería, no porque estuviera cayendo.

Se sentaron juntos. Sin prisa. Él la miró de frente, los ojos fijándose en los suyos como si aún necesitara asegurarse de que no estaba ahí por impulso. Valerie entendió esa pausa: no era duda. Era respeto.

Fue justo eso lo que terminó de desarmarla.

Ella se inclinó y le acarició el cuello, lento, con los dedos abiertos. Rozó su mandíbula, la línea de su mejilla, el pelo ligeramente desordenado. Nicholas cerró los ojos. No se movió. Solo respiró más hondo.

—¿Puedo? —preguntó al abrirlos.

Valerie asintió. Pero esta vez añadió algo. Porque ahora necesitaba que lo entendiera entero.

—Hazlo como si fueras a quedarte.

Nicholas no respondió con frases brillantes. Le sujetó la mano, la llevó a sus labios y le besó el centro de la palma. Luego el dorso. Luego los nudillos, uno a uno, como si allí estuviera escrita la historia que ella nunca se había permitido contar.

Después, se inclinó y le levantó la camiseta con la delicadeza de quien desenvuelve algo que no quiere dañar. Valerie alzó los brazos. La tela cayó al suelo sin ruido. No llevaba sujetador.

Él no reaccionó con hambre. Reaccionó con una quietud distinta. La miró como si hubiera llegado a un lugar sagrado: sus pechos, su piel, su respiración irregular… como un mapa trazado para él.

Se inclinó. Le rozó la clavícula con los labios. Bajó despacio, dejando un rastro de calor hasta la curva de un pecho. Lo besó primero. Lo tomó después con la boca, sin prisa, sin violencia. Lengua, aliento, paciencia.

Valerie arqueó la espalda, no para ofrecerse, sino porque su cuerpo ya no sabía fingir que eso no le estaba partiendo en dos la respiración.

Los dedos de Nicholas le acariciaban la cintura y los muslos sin apremio. Subían y bajaban por su espalda como si estuvieran aprendiendo una melodía nueva. Ella se dejó hacer. No se cubrió. No apuró. Lo miraba. Todo el tiempo. Porque esta vez no había vergüenza. Solo verdad.

Cuando él se arrodilló frente a ella y comenzó a bajarle el pantalón, botón a botón, Valerie no se preguntó si estaba lista.

Solo pensó: *nunca me han tocado como si estuviera hecha para esto.*

El pantalón resbaló por sus piernas. Ella levantó ligeramente las caderas para ayudarle. Quedó en ropa interior: braguitas negras sencillas, sin encaje, sin artificio. Nicholas se detuvo un segundo a mirarla. La forma en que respiraba. El temblor leve de sus costillas. El pulso en el cuello.

Posó las manos sobre sus muslos y las deslizó hacia abajo, muy despacio, muy firme. Ella abrió un poco más las piernas. No por obediencia. Por deseo.

Él se inclinó. Besó primero la cara interna de un muslo, luego la del otro. Labios húmedos, sin marcar. Después, con la nariz rozando la tela, aspiró su olor. Valerie se estremeció. Lo sintió en el vientre, en la espalda, en la punta de los dedos.

Cuando Nicholas le retiró la ropa interior, lo hizo sin apartar los ojos de los suyos. Ya no necesitaba pedir permiso. Ella ya no se estaba ofreciendo: se estaba entregando.

—Estás temblando —murmuró.

—No de miedo —respondió ella, con una voz que apenas reconocía como propia.

Él sonrió apenas. Le besó la cadera. Luego bajó.

La primera caricia de su lengua fue lenta. Desde la base hasta arriba. Valerie se arqueó. No gritó. Dejó escapar un gemido ronco, incrédulo. Como si su cuerpo no acabara de creerse que aquello fuera para ella.

Nicholas no aceleró. Marcó un ritmo paciente, constante. La lengua, la presión precisa de sus dedos entrando y saliendo con la familiaridad de quien, más que explorar, recuerda.

Valerie cerraba los ojos, luego los abría para verlo. No se escondía. No quería hacerlo. Porque lo que él le estaba dando no era solo placer.

Era pertenencia.

—No pares —susurró.

Y él no paró. Hasta que su cuerpo se encogió del todo. Hasta que sus caderas buscaron más. Hasta que se corrió sobre su boca con un gemido que le salió del pecho y le llenó los ojos de humedad. No dolor. Otra cosa. Algo muy cercano a la gratitud.

Cuando volvió a hundirse en el sofá, con la respiración desordenada y la piel abierta a cualquier contacto, solo tuvo una certeza:

Ahora sí. Ahora soy suya. Porque yo he decidido serlo.

Aún jadeaba cuando sintió la mano de Nicholas acariciarle la pierna, subiendo desde la rodilla hasta la cadera. Después su costado. Después el contorno de un pecho. Le apartó un mechón de pelo pegado a la mejilla.

Valerie giró la cabeza. Lo buscó.

Y lo encontró.

No hacía falta decir nada. Pero él habló igual.

—Valerie… —su nombre, en su boca, pesaba distinto.

Ella le acarició la mandíbula.

—Hazlo.

—¿Estás segura?

—Hazlo —repitió, sin huir de su mirada—. Pero hazlo de verdad.

Él se alzó. Se desnudó con la misma calma con la que la había tocado. Cinturón, pantalones, botones de la camisa. Nada teatral, nada brusco. Solo un cuerpo despojándose de capas hasta quedar ante ella.

Valerie lo miró sin pestañear. No como quien admira un físico. Como quien reconoce un lugar donde quiere quedarse.

Nicholas se inclinó y la besó entre los pechos. Un beso lento, cálido, casi solemne. Luego se colocó sobre ella, alineando su cuerpo con el suyo. Las respiraciones se encontraron.

Cuando la penetró, lo hizo despacio. Dolorosamente despacio. Valerie cerró los ojos. Sintió cada centímetro. Cada segundo. Cada

músculo ajustándose a él como si hubiera estado esperándolo siempre. No desde Londres. Desde antes.

Él se quedó quieto. Dentro. Con la frente apoyada en la suya. Ojos abiertos. Como si quisiera detener el tiempo en ese punto exacto, justo antes del movimiento. Justo antes del después.

Ella lo sintió entero. El peso, el calor, la contención. Y sin pensarlo, susurró:

—No me sueltes.

Nicholas le besó la boca como respuesta. Y entonces empezó a moverse. Lento. Firme. Como quien no busca terminar, sino habitar.

Las embestidas eran suaves, profundas, constantes. Cada una parecía una frase que no habían sabido decir en otro idioma. Valerie le rodeó la cintura con las piernas y lo apretó contra sí. Por primera vez no pensó en cómo sonaba, ni en qué gesto estaba haciendo. Solo sintió.

Él se apoyó en un codo para verla mejor. Con la mano libre le acariciaba la cara, el cuello, el pelo.

—Mírame —le pidió, apenas audible.

Ella abrió los ojos. Y lo hizo. Lo miró con el deseo encendido en los párpados.

—Mi Valerie —susurró él. No como posesión. Como si fuera, por fin, un lugar.

El placer creció en espiral. En ella primero. Le subió por la espalda, le apretó el vientre, le cortó la respiración. Le arañó los hombros. Lo atrajo más. Quería sentirlo completo.

Él cambió de postura con cuidado, sin salirse. La llevó sobre él, sentado en el sofá. Valerie se acomodó encima despacio, como si

aquel descenso fuera una decisión ceremonial. Apoyó las manos en sus hombros y empezó a moverse a su ritmo.

Cada vez que bajaba, lo elegía otra vez.

Nicholas la sujetó por las caderas, sin dirigir. Solo sosteniendo. El poder estaba en ella. Él lo sabía. Y no intentó arrebatárselo.

Valerie se inclinó hacia delante, pegó la frente a la suya. El pecho contra su pecho. Sus respiraciones ya eran casi sollozos, pero sin tristeza. Era demasiado. Demasiado intenso. Demasiado real.

El orgasmo la encontró así. Arriba. Mirándolo. Diciéndole con cada gemido todo lo que aún no sabía poner en palabras. Se vino en oleadas, apretándolo con las piernas, clavándole las uñas, dejándose caer y subir sin disimulo.

Él aguantó un segundo más. Dos. Hasta que el cuerpo dejó de responderle y la embistió desde abajo, una, dos veces, enterrándose del todo. Su gemido fue contra su cuello. Su nombre, roto, le vibró en la piel.

Se quedaron así. Enredados. Temblando.

Respirando igual.

Ella con la cabeza en su hombro. Él rodeándola con los brazos como si fuera exactamente ahí donde tenía que sostenerla.

No hablaron.

No hacía falta.

Valerie le acarició la nuca, una y otra vez, como si ese gesto pudiera fijar la escena en el tiempo. Nicholas le besó el hombro. Cerró los ojos.

No había nada que explicar.

Solo una certeza compartida.

Esa noche, por fin, no hubo castigo.

Solo fuego.

Solo verdad.

Capítulo 15

Valerie despertó antes de que el sol terminara de entrar por la ventana. Abrió los ojos despacio, como si el cuerpo aún no hubiera recibido la orden de volver al mundo real. Todo estaba en silencio. No ese silencio incómodo que pesa como un techo bajo, sino el otro. El bueno. El que respira a la vez que tú.

Nicholas dormía a su lado. Boca entreabierta, ceño relajado, una mano extendida sobre las sábanas como si, incluso dormido, necesitara tocar algo que no se escapara. Ella no se movió. Lo miró. Lo estudió. Sintió el impulso absurdo de trazar con un dedo la línea de su clavícula, pero se contuvo. No por miedo, sino porque no quería romper el momento.

No recordaba la última vez que había dormido tan profundamente. Ni la última vez que, al abrir los ojos, no había sentido que tenía que estar lista para defenderse. Aquella noche no había sido solo sexo. No había sido solo ternura. Había sido verdad. Y la verdad, por incómoda que fuera, sabía bien cuando no hacía falta explicarla.

Valerie se giró sobre un costado y lo observó. El sol se colaba en la habitación con una timidez suave, como si también supiera que lo que había ahí dentro no debía tocarse de golpe. Le acarició el antebrazo con la yema de los dedos. Apenas un roce. Piel contra

piel, sin urgencia. Nicholas se removió levemente. No despertó del todo, pero sus dedos se cerraron en torno a los de ella, como si el cuerpo también recordara. Como si supiera que seguía ahí.

Apoyó la cabeza en la almohada y suspiró. Su respiración olía a noche larga, a deseo satisfecho, a algo que no tenía nombre pero que ya no podía negar. No era solo el cuerpo. No eran solo el temblor, ni los jadeos, ni la piel húmeda. Era cómo la había mirado después. Cómo no había dicho nada innecesario. Cómo la había sostenido incluso cuando todo había terminado, como si la verdadera entrega viniera después del clímax.

No lo dije. Pero mi cuerpo sí. Y él lo entendió todo.

Cerró los ojos un instante más, sabiendo que en cuanto él despertara el mundo volvería a arrancar. Pero durante unos minutos quiso quedarse allí, en ese margen entre la noche y el día, entre el después y el ahora. Porque ahí, por fin, no dolía.

El sonido de la cafetera llenaba la cocina como una música de fondo improvisada. Valerie se movía descalza, con una camiseta blanca de Nicholas que le quedaba grande y un moño mal hecho que dejaba mechones sueltos sobre la frente. No intentaba parecer nada. Solo estaba. Y, por primera vez, eso bastaba.

Nicholas apareció en el umbral, el pelo alborotado, el torso desnudo y esa calma de quien no necesita saber qué va a pasar para decidir quedarse un poco más. Se apoyó en el marco de la puerta y la observó en silencio.

Valerie sintió su mirada antes de verlo. Pero no se giró. Sirvió dos tazas.

—¿Cuánto azúcar? —preguntó.

—Ninguno. Me acostumbré al café amargo en Londres —respondió él, avanzando despacio.

—Tiene sentido —murmuró ella—. Todo era más amargo allí.

Le acercó la taza sin mirarlo directamente. Nicholas la tomó y, durante un segundo, la dejó sobre la encimera. Se aproximó un poco más. No lo suficiente para tocarla, pero sí para compartir el mismo aire.

—No me arrepiento —dijo, sin dramatismo. Como si enunciara un dato.

Valerie lo miró. Esta vez no huyó de sus ojos.

—Yo tampoco. —Pausa—. Solo me da miedo… cuánto lo deseo.

Nicholas no respondió enseguida. Probó el café. Hizo una ligera mueca. Estaba fuerte. No se quejó. Eso no era lo importante.

—El deseo no es el problema, Valerie. Lo difícil es quedarse después. Cuando ya no hay sábanas, ni piel, ni excusas.

Ella apoyó las manos en la encimera.

—¿Y tú…? —preguntó, más bajo—. ¿Por qué te fuiste de Londres?

Nicholas la sostuvo la mirada un buen rato. Después se sentó en uno de los taburetes de la barra y suspiró. No con cansancio. Con memoria.

—Perdí una negociación importante. No por falta de preparación. Por arrogancia. Creí que podía controlarlo todo: el proyecto, el equipo, incluso lo que sentía. Pero no puedes controlar algo que ni siquiera aceptas que existe. Me fui porque necesitaba empezar de nuevo. Como siempre: sin mirar atrás.

Valerie lo escuchaba sin interrumpir, con los hombros relajados y la mandíbula tensa.

—Y entonces volviste.

—No. —Negó con la cabeza—. Me ofrecieron volver. Acepté porque pensé que el trabajo sería distinto. No sabía que tú ibas a estar aquí.

Ella se permitió una sonrisa leve. Real.

—Yo tampoco.

Él dejó la taza. Se levantó. Se acercó hasta quedar frente a ella.

—¿Te asusta lo que viene?

—Mucho —admitió—. Pero ya no tanto como perderlo.

Nicholas alzó la mano y le acarició la mejilla con el pulgar. Después la besó, suave, lento, como si el sabor del café fuera lo único prescindible esa mañana.

El ascensor tardó más de lo habitual en llegar. Valerie no lo notó. Estaba demasiado concentrada en parecer exactamente igual que cualquier otra mañana. Paso firme, bolso al hombro, expresión neutra. Camisa beige, pantalón negro, tacones discretos. Nada que levantara sospechas.

Salvo que ahora lo sabía: una mujer puede ir vestida igual que siempre, pero si algo dentro ha cambiado… se nota.

Y Claire lo notó.

Estaba junto a la máquina de café, vaso de cartón en mano y ojos más afilados que su tono amable. La saludó con una sonrisa cordial, como cada mañana, pero esa vez la sonrisa subió más por la ceja que por la boca.

—Buenos días, Valerie.

—Buenos —respondió ella, sin detenerse.

Claire la siguió con la mirada hasta que entró en su despacho. No dijo nada más. Pero el silencio pesaba. No era acusación. Era constatación.

Valerie cerró la puerta. Apoyó la espalda contra la madera un segundo más de lo necesario. Inspiró hondo. No por miedo. Por lucidez.

Se sentó, abrió el portátil, recorrió la bandeja de entrada. Documentos, invitaciones, confirmaciones de reunión… y entonces lo vio.

Un correo sin asunto. Remitente genérico. Un solo adjunto.

Lo abrió.

Era una foto. Granulada. Lejana. Pero nítida en lo esencial.

Ella y Nicholas. Caminando juntos la noche anterior. Demasiado cerca. Su mano casi rozando la de él. La cabeza de Valerie girada hacia él.

Ningún comentario. Ninguna amenaza explícita. Solo la imagen.

La intención era clara: alguien los había visto. Y alguien quería que lo supiera.

Valerie cerró el correo. No lo borró. Tampoco lo archivó. Se quedó mirando la pantalla, inmóvil. Podía haberse asustado. Podía sentir el viejo pánico subirle por la garganta como siempre que algo amenazaba su control.

No pasó.

Sintió rabia. Y, debajo, una tristeza fina.

Porque lo sabía: esto nunca había sido solo entre ellos. En cuanto algo asoma a la superficie, el mundo reacciona. Juzga. Usa. Y de pronto, lo íntimo deja de ser refugio.

Un golpe suave en la puerta.

Claire asomó la cabeza y entró sin esperar demasiado.

—¿Todo bien? —preguntó. El tono seguía neutral. Los ojos, no.

Valerie asintió.

—Perfectamente.

Claire la sostuvo la mirada un segundo más. Luego sonrió de lado.

—Estás distinta. Como si por fin respiraras.

Y se fue.

Valerie no respondió. No pudo.

Se giró hacia la ventana. La ciudad seguía ahí. Igual de caótica, igual de ruidosa, igual de indiferente.

Pero por dentro, algo se había desplazado. Algo que no sabía si iba a ser fuego o herida.

Volvió a sentarse. Esta vez despacio, como si cada vértebra tuviera que colocarse en un sitio nuevo, uno que aceptara que ya no estaba sola. No sola en casa. Sola en la mirada.

El secreto que la había protegido durante semanas estaba ahora expuesto, aunque solo fuera en una foto borrosa sin remitente claro.

El eco de la frase de Claire aún le zumbaba en la cabeza. *Como si por fin respiraras.*

Respirar y arder se parecían mucho. A veces, una bocanada de aire bastaba para encender un incendio.

Abrió de nuevo el correo. Miró la foto. Era ella. No cabía duda. El perfil, la tensión en los hombros, esa forma suya de inclinar ligeramente la cabeza cuando baja la guardia. Y él, siempre él, a su lado.

El problema no era la imagen. Era lo que representaba: en cuanto algo se vuelve visible, se vuelve vulnerable.

Valerie se levantó. Caminó por la oficina sin rumbo fijo. Cerró un poco las cortinas, abrió un cajón, lo cerró sin coger nada. No quería reaccionar todavía. Solo dejar que el pensamiento se asentara.

Amar no era una decisión estratégica. No se protegía con cláusulas ni se blindaba con confidencialidad. No existía manera de amar sin exponerse. Y lo más jodido era que, aun sabiendo eso, ahora quería hacerlo.

Recordó el amanecer. La forma en que él la había mirado medio dormido. Su voz rasposa diciendo "buenos días" como si fuera un pacto privado. Su mano buscando la de ella sin pedir permiso.

Volvería a elegirlo.

Volvería a llamarlo.

Volvería a abrir la puerta.

Incluso sabiendo que el mundo estaba mirando.

Y eso era lo que más la aterraba: que, por primera vez, esa elección no se sentía como una debilidad.

Se sentía como valor.

Regresó al escritorio. Se sentó. Abrió un nuevo correo. Escribió una sola línea:

"Necesito hablar contigo."

Lo envió a Nicholas.

No se quedó mirando el móvil, no esperó con el corazón en la garganta. No hacía falta. Por primera vez, ya sabía cuál iba a ser su respuesta aunque aún no la hubiera leído.

Dejó el teléfono boca abajo, apoyó las manos sobre la mesa y las observó.

Las mismas manos que habían construido su carrera. Que habían firmado contratos, frenado ascensos ajenos, parado lágrimas propias. Las mismas que anoche se habían enredado en su cuello, en su pelo, en su espalda.

La amenaza no era la foto. Era lo que revelaba: que, en cuanto algo importa de verdad, deja de estar a salvo.

Se levantó. Se acercó a la ventana. Corrió un poco las cortinas. El cristal le devolvió su reflejo: no más joven, ni más perfecta. Solo más viva. Más expuesta. No rota. No todavía. Pero abierta.

El teléfono vibró sobre el escritorio.

No lo miró enseguida. Cerró los ojos. Apoyó la frente en el cristal.

Respiró.

Y entendió, con una claridad casi dolorosa, que cuando algo empieza a doler…

es porque por fin importa.

Capítulo 16

A las 08:47, el edificio todavía olía a café de máquina recién cargada y a perfume demasiado intenso en los ascensores. Valerie subió como cada mañana, sin mirar a nadie, el móvil en una mano, la carpeta de reuniones en la otra. Ni una arruga. Ni una duda. Solo control.

Fue al llegar a su planta cuando supo que algo había cambiado. No por los saludos —idénticos a los de siempre—, sino por el segundo de más que tardaban en llegar. Ese parpadeo sutil entre la cortesía y la sospecha.

Y luego, Claire. Esperándola junto a la puerta de su despacho, sin su vaso de café habitual, el rostro sereno, los dedos de la mano derecha marcando un ritmo nervioso contra el muslo. Inquietud disfrazada de neutralidad.

—¿Podemos hablar un segundo? —preguntó en voz baja.

Valerie no frenó el paso.

—En mi despacho.

Entraron juntas. Claire cerró la puerta. No se sentó. Sacó el móvil, lo desbloqueó y se lo tendió a Valerie.

Ella lo cogió. Miró la pantalla.

La imagen era pequeña, pixelada, pero inequívoca: ella y Nicholas caminando por la calle la noche anterior. Su abrigo abierto,

la chaqueta de él cayendo del hombro. Demasiado cerca. Su perfil girado hacia él. Y el pie de foto, breve, venenoso:

"¿Ética corporativa? ¿O ascenso garantizado por otras vías?"

Sin nombres. Sin cargos. No hacían falta.

El aire se volvió espeso. Valerie dejó el móvil sobre el escritorio y se quitó el abrigo con movimientos controlados. Lo colgó. Se sentó.

—¿De dónde ha salido?

—Grupo interno no oficial —respondió Claire—. Ya sabes: memes de dirección, chismes, teorías. Alguien lo pasó anoche. Se está moviendo rápido.

Valerie alzó la vista.

—¿Quién te lo ha enviado?

Claire dudó medio segundo.

—Una de marketing. Preocupada. No sé si por ti… o por su puesto.

Valerie asintió. Tomó aire. Lo soltó despacio.

—Gracias.

—¿Vas a decir algo? —preguntó Claire.

—Aún no.

Claire no insistió. No parecía juzgarla, pero tampoco era indiferente.

—No es la imagen —dijo Valerie, más para sí que para ella—. Es todo lo que pueden destruir si se quedan mirándola demasiado.

Claire se fue sin añadir nada.

Sola, Valerie apoyó los codos sobre la mesa, se llevó las manos a la cara y dejó que el silencio le dijera la verdad: había empezado la caída.

Pero no como ella la había imaginado.

No como escándalo.

Como consecuencia.

El despacho de Nicholas estaba en silencio cuando Valerie entró sin avisar. No llamó. No pidió permiso. Cerró la puerta con un clic seco y se quedó allí, de pie, sin moverse, como si el umbral siguiera marcando una frontera que aún no sabía si debía cruzar.

Nicholas levantó la mirada del portátil, lento, sin sorpresa. Como si ya supiera que vendría. Como si supiera, en realidad, más cosas de las que ella quería admitir.

—Lo has visto —dijo ella.

—Sí —respondió él, sin dramatismo. Solo certeza.

Valerie cruzó los brazos. No era defensa. Era tensión.

—Circula desde anoche. En un grupo interno. Marketing, recursos humanos… y los que vayan cayendo detrás. Claire me lo enseñó esta mañana. La foto… —hizo una pausa, fina, exacta—. No necesitan más. Una imagen y una frase bastan para que la maquinaria empiece a girar.

Nicholas asintió. No estaba inquieto. Ni chulo. Solo firme.

—¿Y?

Valerie lo miró como si esa palabra hubiera sido un golpe.

—¿Y? ¿De verdad vamos a fingir que no entendemos la dimensión de esto?

—Entiendo la dimensión —la interrumpió—. Y por eso no pienso esconderme.

Ella parpadeó. Apenas. Pero fue suficiente para agrietar por dentro algo que llevaba años blindado.

—Necesitamos una estrategia. Negarlo. Desmentirlo. Decir que es un montaje, que está sacado de contexto…

Nicholas se levantó. Rodeó la mesa despacio y se detuvo a poco más de un metro de ella.

—¿De verdad quieres hacer eso?

—Quiero proteger lo que hemos construido —respondió—. La reputación, el equipo, la credibilidad. Lo que cuesta años levantar y segundos destruir.

—¿Y lo nuestro?

Valerie cerró los ojos un instante. No por debilidad. Por saturación.

—Esto no va de nosotros. Va de lo que van a decir.

Nicholas dio un paso más. No la tocó. Su voz bajó.

—Entonces que hablen.

—No entiendes cómo funciona este mundo.

—Creo que tú tampoco entiendes el mío —replicó, más duro de lo que parecía capaz—. Yo ya elegí. No voy a fingir que no te deseo. Ni que no te toco. Ni que no me importas. Estoy cansado de hacer ver que solo somos dos ejecutivos hablando de estrategia. No lo somos. No desde Londres.

Ella tragó saliva. Era otro tipo de desnudez. No en su cama. En su nombre.

—No es tan fácil.

—No —concedió—. Pero hay algo fácil de ver: yo no voy a retroceder. No voy a negociar quién soy ni lo que siento. Ni contigo,

ni con nadie. Así que, Valerie… ahora te toca a ti.

Y se apartó.

No por orgullo.

Por respeto.

Ella no lo siguió.

Se quedó de pie, respirando despacio, mirando una ciudad que jamás había dejado de exigirle perfección.

Los pasillos de Hayes & Co. siempre habían tenido algo de pasarela silenciosa: trajes entallados, tacones sin titubeos, saludos medidos con precisión quirúrgica. Esa mañana, el ritmo estaba descompasado. El aire vibraba en otra frecuencia. Más lenta. Más cargada.

Valerie lo notó al doblar la esquina hacia operaciones. No fue un comentario. Fue el silencio justo después de uno. Esa conversación que se corta una fracción tarde. El asistente de contabilidad la miró dos veces. La primera con naturalidad. La segunda con algo más: curiosidad, juicio, morbo. Todo junto.

Entró en la sala de reuniones para el comité interno. Saludos, asentimientos, chasquidos de bolígrafo. Nadie mencionó la foto. Pero nadie miró a Nicholas. Ni a ella. Miraban el espacio entre ambos. Como si esa distancia calculada fuera, de repente, un dato más en el informe.

Valerie intervino. Opinó. Corrigió. El tono impecable. El contenido, intachable. Pero sentía cada mirada lateral como un subrayado silencioso: *Ahí están*.

Salió antes que los demás. Quería llegar a su despacho antes de que el hormigueo en el pecho se le convirtiera en taquicardia.

Claire la estaba esperando otra vez en el pasillo, como si la mañana se empeñara en ponerle espejos delante.

—Tienes un minuto —dijo. Esta vez no sonó a pregunta.

—Camina conmigo.

Lo hicieron. Despacio. Sin rumbo aparente.

—No voy a preguntarte si es cierto —empezó Claire—. Llevo demasiados años aquí para no distinguir entre rumor y verdad que da miedo decir.

Valerie guardó silencio.

—Tampoco me importa si fue una noche o muchas. Pero tú… —se detuvo— tú siempre lo has protegido todo. Tu posición, tu imagen, tus decisiones. ¿No crees que también mereces algo que te proteja a ti?

Valerie la miró. No como jefa. Como mujer.

—No sé si puedo permitírmelo.

—Nadie puede —respondió Claire—. Hasta que lo hace.

Le apretó el brazo, breve, firme, y se fue.

Valerie se quedó sola en el pasillo. A lo lejos, el ascensor emitió un pitido. Alguien discutía por teléfono desde una oficina cercana. El mundo seguía. Como si ella no estuviera al borde.

Giró sobre sus tacones. Caminó hacia su despacho. Pasó junto a Nicholas. Él hablaba con dos personas del equipo. Cuando la vio, se calló. No sonrió. Solo la miró.

Ella también lo miró. Un segundo. Dos.

No dijo nada.

Pero tampoco negó nada.

Entró. Cerró la puerta. Se sentó.

Y, por dentro, por primera vez, no intentó apagar el incendio.

Solo lo dejó arder.

El despacho estaba en silencio, pero no era un silencio limpio. Era un vacío denso, saturado de pensamientos que no quería pensar y respuestas que ya conocía. Valerie no encendió la lámpara auxiliar. Tampoco abrió el portátil. Se limitó a mirar el reflejo de la ciudad en el ventanal, como si, por una vez, lo importante estuviera fuera de su control y no dentro de sus manos.

Pensó en Claire. En sus palabras. *"Tú siempre protegiste todo. ¿No crees que mereces algo que te proteja a ti?"* Y la frase la atravesó con la precisión de un diagnóstico que uno lleva años evitando. Siempre había sido ella quien sostenía los muros, quien marcaba las líneas, quien apagaba los fuegos antes de que nadie viera el humo. Y en ese empeño por blindarse, se había ido quedando sola. Por estrategia. Por orgullo. Por miedo.

Ahora, con todo en juego, bastaría una nota fría, una negativa medida, la sonrisa afilada de siempre ante cualquier insinuación. Podía hacerlo. Lo había hecho mil veces.

Pero eligió el silencio.

No como arma.

Como acto de amor.

Porque no negar también era decir.

Apretó los labios. Pensó en la foto. En la mano de Nicholas casi rozando la suya. En su perfil girado hacia él. No se estaban besando.

No se tocaban de forma escandalosa. Pero el hilo entre ellos estaba allí, evidente, imposible de recortar con un buen ángulo.

¿Y qué?

¿Era un escándalo querer?

¿Era tan inconcebible que dos adultos con cargos altos y presión constante encontraran refugio en la piel del otro… y algo más?

Lo había visto tantas veces en otras mujeres. Lo había juzgado incluso. Ahora lo entendía. El problema no era que te vieran. El problema era la vergüenza de verte tú. De sentir que lo que te salva en privado es lo que, en público, podría hundirte.

Se separó del cristal, volvió a la mesa y encendió el portátil. No para redactar un comunicado. Ni para fabricar una coartada. Solo para abrir la agenda y dejar un hueco, una franja en blanco, en mitad de la tarde.

Un espacio libre.

Un lugar donde Nicholas pudiera aparecer.

Un lugar donde ella pudiera dejarle entrar.

Se recostó en la silla. Cerró los ojos.

Y supo que ese gesto minúsculo —no negar, no esconder, no traicionar lo vivido— era, en su idioma, la forma más exacta de amar.

A las 17:36, Valerie salió de su despacho. No llevaba nada en las manos. Ni portátil. Ni informes. Ni el abrigo. Solo la determinación de quien ha dejado de correr aunque aún no sepa si va a caer.

Caminó por el pasillo como siempre: erguida, segura, con el sonido preciso de sus tacones marcando el compás. Pero ya no se

trataba de impresionar ni de intimidar. Se trataba de sostenerse sin armadura.

Lo vio de espaldas, al fondo, hablando con dos ejecutivos de Legal. Nicholas gesticulaba con la calma de quien sabe que las palabras pesan más cuando se economizan. Llevaba la chaqueta en el brazo, la camisa remangada. Profesional. Impecable. No frío.

Valerie se detuvo a pocos metros. No para huir. Para estar. Para ser vista. No escondida tras puertas, no camuflada en agendas, no en la sombra confortable de los protocolos.

Uno de los ejecutivos la vio y levantó ligeramente la barbilla a modo de saludo. Nicholas giró también, con naturalidad.

La vio.

Sus miradas se encontraron sin estrategia.

No hubo sonrisa. Ni guiño. Ni gesto clandestino. Solo esa mirada suya: densa, directa, sin exigencia. Nicholas no pedía una respuesta. No reclamaba nada. Solo quería saber si ella seguía ahí.

Y Valerie, por primera vez, no miró a otro lado.

No fingió que pasaba por allí por casualidad. No cambió de dirección para evitar posibles comentarios. Siguió avanzando, recta, hasta llegar a su altura. Saludó con un gesto breve a los dos hombres y se detuvo un segundo frente a él.

No habló.

Él tampoco.

Pero sus ojos sí.

Y ese segundo mudo fue más potente que cualquier nota de prensa, que cualquier desmentido, que cualquier discurso impecable

sobre ética corporativa. Fue el momento en que ella, sin pronunciarlo, sin firmarlo, sin anunciarlo… eligió no negar.

Eligió no huir.

Eligió no avergonzarse.

Nicholas la sostuvo la mirada un instante más antes de volver a la conversación. Valerie caminó hasta el ascensor. Pulsó el botón. Esperó. Se miró de reojo en el acero pulido y pensó:

Si me destruyen por esto, al menos será por algo que valió la pena sentir.

El ascensor llegó. Entró. No miró atrás.

Esta vez, no hacía falta.

Ya no tenía que negar lo que dolía aceptar.

Y ese fue su primer acto de amor: no negar lo que dolía aceptar.

Capítulo 17

El despacho de la presidenta no tenía cuadros personales, ni fotos familiares, ni adornos que revelaran debilidades. Solo cristal, madera oscura y una colección de plumas estilográficas alineadas con precisión casi militar. Valerie lo conocía bien. No porque la juzgara, sino porque durante años también había creído en la arquitectura como armadura.

Pero ese lunes por la mañana, cruzar ese umbral no se sentía como entrar en un espacio seguro. Se sentía como una cita con lo inevitable.

La había citado Monique Delacroix, presidenta del consejo. No era una reunión en la agenda. No había orden del día. Solo un mensaje escueto en su correo:

"Pásate por mi despacho a las nueve. A solas."

Sin saludo. Sin contexto. Sin escapatoria.

Cuando entró, Monique ya la esperaba, sentada, el cuerpo recto, la chaqueta perfectamente entallada y un café intacto sobre la mesa auxiliar. No sonrió. Tampoco frunció el ceño. Eso era lo más peligroso de Monique: su capacidad de parecer neutra cuando ya lo sabía todo.

—Gracias por venir, Valerie.

—Siempre que se me convoca —respondió ella.

Se sentó. Piernas cruzadas. Manos sobre el muslo. Postura impecable. Salvo por el pulso que le temblaba justo debajo de la piel.

Monique abrió una carpeta. No había fotos. Ni capturas. Solo una hoja en blanco y una pluma encima.

—No estamos aquí para juzgar tu vida privada —empezó—. Pero cuando algo trasciende lo personal y empieza a circular por canales internos, nuestra responsabilidad cambia.

Valerie no dijo nada.

—No vamos a pedirte explicaciones —continuó—. Solo que pienses con claridad en lo que haces. Eres una figura visible. Eres poder. Y el poder no tiene privacidad. Tiene eco.

El silencio pesó como piedra mojada.

Valerie respiró.

—Lo que ocurra fuera de esta oficina no interfiere con mi trabajo —dijo—. Ni con mi integridad.

Monique alzó la vista.

—No tengo razones para dudar de lo primero.

La pausa fue quirúrgica.

—Pero el consejo necesita confiar también en lo segundo. ¿Puedes garantizármelo?

Valerie la sostuvo la mirada.

—Sí. Puedo.

Y entonces, sin subir el tono, añadió:

—Mi vida no es una estrategia. Y lo que estoy construyendo… no es una debilidad. Es una elección.

Por primera vez, Monique asintió.

—Bien.

Cerró la carpeta. Se levantó.

—No habrá consecuencias formales. Pero entiendes lo que está en juego.

—Siempre lo he entendido.

La presidenta la miró una última vez.

—Entonces actúa como si lo valiera.

Valerie no tembló.

Porque esta vez, sí: lo valía.

La puerta del despacho de Monique se cerró a su espalda con un sonido amortiguado. Pero dentro de Valerie, algo se había fracturado con una claridad nueva. No una grieta de debilidad, sino una línea: la frontera entre quien había sido siempre… y la que acababa de alzarse en esa sala sin agachar la cabeza.

El pasillo estaba casi vacío. A esa hora, la mayoría aún no había llegado o se refugiaba en reuniones tardías para justificar la pereza de los lunes. Pero al fondo, junto a la máquina de café que nadie de su nivel usaba salvo por accidente, estaba Nicholas. Solo. De pie. La chaqueta colgando de su mano. Como si no hubiera tenido prisa por llegar a ningún sitio. Como si su única cita hubiera sido estar allí. Esperándola.

Valerie no se detuvo. Tampoco se desvió. Caminó recta, paso firme, sin cruzar los ojos con los suyos. No por frialdad. Por respeto. El suyo y el de él. Había algo sagrado en ese silencio: saber que él sabía. Que no necesitaba preguntarle cómo había ido. Ni qué le habían dicho. Solo estar ahí. Sólido. Íntegro. Leal.

Al pasar junto a él, Nicholas bajó la mirada un segundo. No fue sumisión, sino contención. Como si cada fibra de su cuerpo quisiera tocarla, decirle que estaba con ella, que no pensaba moverse aunque el edificio se viniera abajo. Pero entendía que no era el momento. Que Valerie necesitaba aire. Espacio. Esa forma de cuidado que no ahoga.

Ella siguió hasta su despacho. Entró. Cerró la puerta. No con violencia. Con decisión.

Sobre el escritorio había un sobre blanco, pequeño, sin membrete ni remitente. Lo tomó. No lo abrió enseguida. Se sentó y lo sostuvo entre los dedos unos segundos. Reconoció la caligrafía sin ver la firma.

Abrió el sobre. Una hoja doblada una sola vez. Una frase. Sencilla. Precisa. De esas que solo escriben los hombres que saben cuándo hablar… y cuándo no.

"Gracias por no huir. —N."

Valerie no sonrió. No suspiró. No hubo emoción visible.

Solo inclinó la cabeza, lenta. Una aceptación muda. No de la nota. De todo lo que significaba.

Porque él no le daba las gracias por amarlo. Ni por elegirlo. Le daba las gracias por quedarse. Por no mentirse. Por no salir corriendo.

Y ese tipo de gratitud no se escribe a la ligera.

La sala de reuniones estaba iluminada con precisión matemática: luces frías, pantallas con los logos de Hayes & Co. y Hawthorne & Partners, botellas de vidrio alineadas, ni una servilleta fuera de sitio.

El tipo de escenario donde cualquier desliz se convertía en espectáculo y cualquier silencio, en postura pública.

Valerie llegó cinco minutos antes, como siempre. Se sentó en la segunda fila, no en la cabecera. Elegancia estratégica. Visibilidad medida. A su izquierda, directivos de Finanzas. A su derecha, la directora de Operaciones de Londres, con quien había cruzado tres correos en un año, pero nunca una mirada sostenida.

Cuando Nicholas entró, el murmullo bajó medio tono. Su presencia arrastraba una tensión invisible que se extendía por la mesa como polvo sobre cristal. Ella no lo miró al instante. Esperó a que se acomodara, a que ajustara los puños de la camisa con ese gesto suyo que decía sin decir que el control era su idioma. Solo entonces lo buscó. Y él la sostuvo la mirada un segundo más de lo correcto. No fue un desafío. Fue un reconocimiento.

La reunión empezó. Discursos estándar. Indicadores. Gráficos. Todo sonaba como debía sonar. Hasta que no.

—Y como parte de esta integración —dijo uno de los vicepresidentes de desarrollo estratégico—, hemos observado una… sinergia notable entre departamentos. Más intensa de lo previsto, si me permitís el comentario.

La frase quedó flotando. Ambigua. Supuestamente inocente. Pero el tono la delataba. Era el tipo de comentario que usaba el lenguaje correcto para insinuar lo que nadie se atrevía a nombrar.

La sala no rió. Pero se movió. Miradas de reojo. Una garganta aclarada. Un silencio ligeramente más largo de la cuenta.

Valerie no se tensó. No parpadeó. Tomó la palabra.

—La integración entre departamentos —dijo, sin elevar el tono, pero con la espalda tan recta que todas las cabezas giraron hacia ella— es un proceso que exige confianza. Y la confianza no se construye en los márgenes. Se construye en el centro. Con tiempo. Con respeto. Y, sí… con intensidad.

Algunos se recolocaron en sus sillas. Otros bajaron la vista. Nicholas la miraba sin pestañear.

—Cuando los equipos confían, trabajan mejor. Y cuando hay respeto, hay resultados. Esa es la única sinergia que debería importarnos.

No miró a nadie en particular.

Pero lo miró a él.

Y todos lo vieron.

No hubo réplica. Ni broma. Ni intento de suavizar el golpe. Solo el clic de un bolígrafo al cerrarse. Y la certeza, compartida, de que esa frase acababa de cambiar el tono de la sala.

La reunión siguió. Como si nada. Como si no hubiera pasado nada. Como si las palabras de Valerie no hubieran sacudido los cimientos de una empresa acostumbrada a que lo personal muriera detrás de puertas cerradas.

Pero sí había pasado.

Y todos lo sabían.

Porque, después de eso, las intervenciones se volvieron más cuidadosas. El humor, más escaso. Las preguntas, más técnicas. Los ojos que antes miraban con morbo ahora empezaban a mirar con otra cosa: respeto. Y Nicholas, sin moverse un centímetro, había

asentido. No con entusiasmo ni con teatralidad. Con orgullo. Con una lealtad silenciosa.

Valerie lo sintió. En la nuca. En la base de la espalda. En ese punto exacto del cuerpo que reconoce que alguien, sin tocarte, te sostiene.

La reunión terminó con aplausos tibios, manos correctamente estrechadas, comentarios sobre plazos y proyecciones. Pero bajo esa capa de protocolo, algo había cambiado.

Ella lo percibió al salir al pasillo. En la sonrisa breve de una ejecutiva de marketing: nada cómplice, pero sí intencionada. En la forma en que un analista evitó cruzarse demasiado cerca, como si ahora el espacio alrededor de ella tuviera otra densidad.

Nicholas no la siguió. No se acercó. Estaba al otro extremo del pasillo, hablando con dos miembros de Legal. Pero la miró cuando pasó. Una mirada limpia. Seria. Larga. Como si le dijera: lo hiciste. Y yo estuve aquí para verlo.

Valerie siguió caminando. No respondió. No sonrió. Pero dentro de ella, algo —que no era orgullo, ni vértigo, ni alivio— se asentó con fuerza.

Era certeza.

Sí, podría haber elegido callar. Dejar que los rumores se diluyeran, que el tiempo hiciera su trabajo sucio, que el silencio siguiera siendo su mejor abogado. Pero había hablado. A su manera. Sin traicionarse. Sin entregar su cuerpo a la vergüenza. Sin abandonar al hombre que había elegido… aunque todavía no lo hubiera dicho en voz alta.

En el ascensor, sola, apoyó la cabeza contra el cristal. La ciudad rugía debajo. Tráfico. Sirenas. Gente corriendo a ninguna parte.

Y por primera vez en mucho tiempo, no sintió que iba detrás de nada.

No había gritado. No había confesado. No había firmado un manifiesto ni redactado un discurso.

Pero lo había dicho.

Todo.

Con el cuerpo, con la mirada, con la forma en que se había negado a ceder un milímetro de dignidad. Ni de amor.

Valerie cruzó el vestíbulo de Hayes & Co. sin mirar a los lados. No por arrogancia. Por claridad. Había aprendido que los gestos importan más cuando no se hacen para ser vistos, sino porque no sabes hacer otra cosa sin traicionarte.

Pasó entre recepcionistas, consultores, ejecutivos junior que bajaban la mirada al verla. No con miedo. Con respeto. Y si había murmullos, no los oyó. O decidió no escucharlos. Porque por primera vez, no se sentía una mujer caminando por un campo de minas. Se sentía una mujer que había dicho basta. A su manera. Con la voz que sabía usar.

El sol del mediodía entraba a raudales por las cristaleras de la entrada. Nicholas estaba allí, hablando con alguien de la sede de Londres. A juzgar por su gesto, nada urgente. Protocolo. Ruido de fondo.

Cuando la vio, terminó la conversación con una frase corta. Se inclinó hacia su interlocutor, le dijo algo al oído y se giró hacia ella.

No se saludaron.

No se rozaron.

No hicieron nada que pudiera archivarse como "escena comprometida".

Y, sin embargo, cada paso que Valerie dio hacia Nicholas fue una confesión.

No aceleró. No dudó. Cuando estuvo frente a él, se detuvo.

—¿Tienes un minuto? —preguntó.

Él asintió.

—Siempre.

Salieron juntos. No se tocaban. No se miraban demasiado. Pero caminaban sincronizados. Codo con codo. Respiración acompasada. Como si llevaran años haciéndolo. Como si nadie pudiera cuestionar lo que estaban haciendo. Como si el simple hecho de caminar uno al lado del otro, a plena luz del día, en la puerta de la empresa que había intentado contenerlos, fuera la única declaración que necesitaban.

Al otro lado de la calle, una asistente los vio. Abrió la boca. Luego la cerró. Otra, más joven, levantó el móvil por instinto. No hizo nada. No había escándalo. No había beso. No había manos donde no debían. Solo dos adultos caminando sin esconderse.

Y eso, en su mundo, ya era una revolución.

Nicholas guardó silencio. Valerie también. Pero cuando él, al girar la esquina, apoyó la mano apenas sobre la espalda de ella, como guía, como gesto de cuidado, ella no se apartó.

No lo detuvo.

No se encogió.

Siguió caminando.

Y en ese gesto mínimo, limpio, indiscutible, supo que ya no había marcha atrás.

No se vuelve atrás después de elegirse así. A plena luz. Frente a todos. Frente a una misma.

Aunque no lo dijera en voz alta, el mundo lo escuchó igual.

Capítulo 18

La invitación no vino con flores. Ni con palabras cuidadosamente escogidas. No hubo notas en el escritorio ni mensajes con dobles sentidos. Solo un texto breve, sin adornos, sin estrategia:

"¿Esta noche?"

Valerie no respondió de inmediato. No porque dudara, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, no sentía que tuviera que controlar cada respuesta, cada segundo, cada gesto. El simple hecho de recibir ese mensaje —de saber que Nicholas la quería cerca, y no para discutir, ni esconderse, ni tensar un hilo que ya no necesitaba más tensión— bastó para saber que sí. Que iría. Que no era una visita.

Era una elección.

A las ocho en punto llamó a su puerta.

Llevaba vaqueros oscuros, una camiseta blanca sin mangas que le caía un poco del hombro y el pelo recogido sin pretensiones. Sin perfume cargado. Sin maquillaje impecable. Nada de lo que se ponía cuando necesitaba blindarse. Esa vez solo era Valerie. Ni la directora. Ni la estratega. Ni la mujer que siempre tenía la frase exacta para que nadie se atreviera a cuestionarla.

Solo ella. Con el pecho abierto. Con las manos vacías.

Nicholas abrió con la camisa desabotonada hasta la mitad, las mangas remangadas y los pies descalzos. Detrás de él, una luz suave bañaba el salón. En una esquina sonaba jazz lento, con mucho espacio entre nota y nota. Sobre la mesa baja, dos copas, una botella de vino tinto ya abierta y una vela encendida a medias. Como si el fuego tampoco necesitara esfuerzo para quedarse.

—Hola —dijo ella.

Él asintió, sin urgencia.

—Hola.

Nada más. Ni comentario ingenioso, ni frase preparada para abrir un guion. Solo un gesto con la mano, invitándola a pasar.

Valerie entró. Caminó hasta el sofá de cuero envejecido y se sentó sin esperar indicaciones. Como si supiera que ese espacio ya la reconocía. Como si no hiciera falta fingir.

Nicholas la observó un segundo más de lo necesario. Luego se sentó a su lado. No en la otra punta del sofá. No demasiado cerca. En ese punto exacto donde, si cualquiera de los dos respiraba mal, sus muslos podían rozarse.

No lo hicieron. Todavía.

Él le sirvió vino. No brindaron.

El primer sorbo fue silencio. El segundo, presencia. El tercero, promesa.

No hablaron de la oficina. Ni de rumores. Ni de fotos. Ni de lo que sabían los demás. Ese no era el idioma de esa noche. No estaban allí para defenderse. Estaban allí para quedarse.

Y por primera vez, ninguno de los dos parecía tener prisa por avanzar.

La segunda copa seguía casi llena cuando Nicholas giró el cuerpo hacia ella. No demasiado. Solo lo suficiente para romper la línea perfecta entre respaldo y protocolo. Valerie lo notó. No porque fuera un gesto brusco, sino precisamente porque fue sutil. Como si incluso su forma de entregarse tuviera cuidado con lo que ella podía sostener.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él, con voz grave, sin apremio.

Ella asintió. Sabía lo que venía. Lo había sentido desde que aceptó la invitación, desde que su cuerpo cruzó esa puerta no como una mujer que va a buscar sexo, sino como alguien que ya no quiere seguir huyendo.

—¿Por qué huiste de Londres?

No sonó a reproche. Ni a exigencia. Sonó a herida abierta, dicha en voz baja.

Valerie dejó el vaso en la mesa. No por nervios. Porque necesitaba las manos libres.

—Porque pensé que si me quedaba —empezó, y la voz se le rompió justo en las sílabas blandas, no en las duras—, perdía todo lo que era. Pensé que tú eras una desviación. Un error. Una grieta que podía remendar con trabajo y distancia.

Lo miró.

—Y ahora sé que eso no era perder. Era encontrar.

Nicholas la observó con una mezcla de ternura y respeto que no buscaba absolución. No le brillaban los ojos. No esperaba emoción. Solo la escuchaba. De verdad.

—Yo también pensé que eras un error —admitió—. Porque eras lo primero que me dolía de verdad desde hacía demasiado tiempo.

Ella no parpadeó.

—¿Y tu esposa? —preguntó, sin rodeos.

—Lo intentamos —dijo—. Años compartiendo casa sin mirarnos de verdad. El divorcio no fue lo difícil. Lo difícil fue darme cuenta de que me había acostumbrado a no ser visto.

Hubo un silencio.

Luego Nicholas le tendió la mano.

No con deseo. Con lealtad.

Valerie dudó una décima de segundo. Luego la tomó. La sintió: caliente, firme, segura. Como una base. Como un sitio al que volver, no del que huir.

Él la miró.

—No te prometo paz.

—Ya lo sé —respondió ella—.

—Pero te prometo verdad.

Esa vez fue ella quien se inclinó. Quien llevó la boca a la suya. Sin hambre. Sin rabia. Solo con algo que sonaba a "quédate".

El beso duró lo suficiente para que el mundo se callara.

Y entonces, sin que ninguno lo dijera, supieron que no hacía falta más.

La verdad ya estaba dicha.

El beso no se rompió; fue cambiando de forma. Dejó de ser confesión para convertirse en promesa. Un beso que no buscaba

devorar ni marcar territorio. Solo sostener. Como si en la boca del otro estuviera el único lugar donde el mundo dejaba de doler.

Nicholas se separó apenas. Lo justo para respirar. No soltó su mano. Con la otra le rozó la mejilla con los dedos. No fue una caricia sexual. Fue de las que pacifican el pecho. De las que dicen, sin palabras: estoy aquí, y no tengo prisa.

Valerie lo miró, sin bajar la vista.

Se levantó. Él también.

Cruzaron el salón hacia el dormitorio. Sin diálogo de transición. Sin música subrayando. Solo sus pasos sobre la madera. Dos pares de pies descalzos que no hacían ruido, pero sabían perfectamente adónde iban.

Una vez dentro, Nicholas se detuvo. Se giró. La miró con una intensidad sin urgencia. Levantó las manos y, con una lentitud reverente, bajó la cremallera de la chaqueta que ella aún llevaba. No se la arrancó. No la empujó. Solo dejó que la tela resbalara por sus brazos como un peso que ya no hacía falta cargar.

Valerie se desnudó sola. Sin espectáculo. Sin miedo. Cada prenda que caía era un "ya no necesito esto". Cuando quedó en ropa interior, se detuvo. Lo miró. Esperó.

Él tampoco tuvo prisa. Se quitó la camisa de un gesto, sin pose. Solo piel. Solo verdad.

Ella dio un paso. Después otro. Hasta quedar frente a él.

Nicholas le acarició la clavícula con la yema de los dedos. Le apartó un mechón detrás de la oreja. Sus manos bajaron por el cuello, por el brazo, por el costado. La tocó como quien traza un mapa antiguo.

Valerie apoyó la palma en su pecho. Sintió el ritmo. No lo aceleró. Lo igualó.

Cuando él volvió a besarla, lo hizo con la boca abierta y suave. Un beso que contenía todos los anteriores, pero también algo nuevo: una forma de estar. De quedarse.

La llevó a la cama sin hablar. Ella no preguntó. Solo lo siguió.

Y cuando sus cuerpos tocaron las sábanas al mismo tiempo, los dos supieron que lo que iba a pasar ahí no era sexo. Era memoria. Era idioma. Era casa.

No hubo urgencia.

Nicholas se tumbó a su lado, no encima. De costado, frente a ella. Para mirarla. Para estar cerca sin invadir.

Sus dedos dibujaron un camino lento desde su vientre hasta el borde de la ropa interior. No la retiró enseguida. Acarició primero por encima. Leyendo las respuestas de su piel.

Valerie cerró los ojos, no para escapar, sino porque el cuerpo, cuando se siente seguro, se entrega sin necesidad de testigos.

Él besó su clavícula. Su hombro. La curva del cuello. Bajó despacio, sin atajos, hasta el centro de su cuerpo. Le quitó la tela con manos firmes y suaves. Cuando la tuvo completamente desnuda, no dijo nada. Solo la miró. Como si verla así fuera un privilegio que no pensaba banalizar.

Ella le acarició la mandíbula. Le bajó los pantalones sin apuro. Él se dejó hacer. Como si cada gesto de ella formara parte de un pacto más grande que el deseo.

Cuando se colocó sobre ella, los cuerpos encajaron con la naturalidad de lo inevitable. Apoyó la frente sobre la suya.

—¿Estás segura? —susurró.

—Hazlo —respondió ella, con la voz casi rota—. Pero hazlo de verdad.

La penetró sin brusquedad, despacio. Como si cada centímetro fuera una decisión. Valerie se arqueó suavemente. No gritó. Solo dejó escapar un suspiro que no venía de la garganta, sino de algún sitio más antiguo.

Los movimientos fueron largos, envolventes. Sin ritmo impuesto. Se adaptaban el uno al otro como si hubieran sido esculpidos para ese momento. Sus cuerpos hablaban donde las palabras aún no se atrevían.

Nicholas le acariciaba la espalda mientras se movía. Le rozaba la nuca, le besaba el párpado. Y ella, sin miedo, susurró su nombre. Una sola vez. Como quien nombra algo que ya no quiere perder.

No hubo carrera hacia el final. No hubo prisa. Cuando llegaron, lo hicieron juntos. Respiración contenida, músculos tensos, temblor suave que duró segundos eternos. Un orgasmo profundo, más que explosivo. Como si, en vez de romperse, se hubieran ensamblado.

El mundo dejó de importar.

El silencio que vino después no fue incómodo. Fue necesario. Todo el ruido acumulado en semanas —las discusiones, las frases a medias, los besos que sabían a castigo— pareció disolverse en esa habitación que olía a ellos, por primera vez, sin culpa.

Nicholas seguía dentro de ella, aunque ya no se movía. La abrazaba. Una mano en la base de la espalda, la otra en su nuca. Sosteniéndola. No sujetándola. Valerie no habló. No hacía falta. Sentía su pulso, su calor, la respiración compartida.

Cuando él se retiró, lo hizo con tanto cuidado que su cuerpo volvió a estremecerse. No de frío. De reconocimiento.

Se acomodaron juntos entre las sábanas. Valerie apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó su corazón. Ni desbocado ni eufórico: constante. Presente. Como él.

Nicholas le pasó los dedos por la espalda, de la nuca al final de la columna, una y otra vez, como si la escribiera.

Valerie cerró los ojos. No porque quisiera dormir, sino porque por primera vez no tenía miedo de quedarse.

Pasaron varios minutos así, sin que ninguno sintiera urgencia por hablar.

Hasta que fue ella quien rompió el silencio.

—Quiero quedarme —dijo, con la voz casi apagada, pero limpia.

No sonó a súplica. Ni a drama. Fue una decisión.

Nicholas no respondió enseguida. Le besó el pelo. Solo eso.

Y ese gesto fue suficiente.

Valerie no se incorporó. No buscó su ropa. No repasó mentalmente la agenda del día siguiente. No pensó en Claire, ni en el consejo, ni en los rumores que aún podían explotar.

Nada de eso cabía en ese espacio.

Porque ahora había algo más fuerte que todo eso: la verdad que su cuerpo, su boca y su piel habían dicho mucho antes que su cabeza.

Y entonces lo supo. Por fin.

Y esta vez, él no tuvo que decirlo.

Porque ella ya lo había elegido.

Capítulo 19

La llamada llegó a las 11:22. Ni pronto ni tarde. Lo justo para interrumpir la mañana sin declararse urgente. Valerie la atendió con la profesionalidad automática que reservaba a los números internos del Consejo, con ese tono que decía "estoy ocupada, pero en control".

Mentira.

—¿Valerie Knox? —La voz de Harriet Lowell, vicepresidenta de Desarrollo Corporativo. Cálida. Formal. Peligrosamente amable.

—Sí, Harriet. Buenos días.

—¿Tienes un momento?

Valerie dudó una fracción de segundo. No lo suficiente para sonar insegura, pero sí para que el silencio se instalara brevemente entre ambas.

—Claro —respondió al fin.

Se levantó del escritorio, cruzó el despacho y cerró la puerta con suavidad, como si su espalda ya supiera que lo que venía no era inocente.

Harriet no se anduvo con rodeos. Las mujeres que realmente mandaban en ese edificio sabían que la cortesía solo servía hasta cierto punto.

—El Consejo está considerando una reestructuración en la sede de Chicago. Y hemos coincidido en que necesitamos a alguien con tu perfil para dirigir la integración internacional.

Valerie apoyó la mano en la repisa de la ventana. Afuera, Manhattan seguía rugiendo con su ruido constante. Nada se detenía. Ni siquiera cuando te lanzaban una bomba envuelta en terciopelo.

—Chicago —repitió, más para sí que para la otra.

—Sería un ascenso inmediato. Gestión de tres unidades globales. Autonomía total. Acceso directo a las decisiones de estrategia. —Pausa—. Lo que mereces desde hace tiempo.

Harriet apuntaba con precisión de cirujano.

Valerie no respondió. Harriet, inteligente, no la apuró.

—Tómate unos días para pensarlo. Pero si estás dispuesta… queremos anunciarlo en la próxima junta.

Colgó sin ceremonia. Como si hubiera ofrecido un café, no una bifurcación vital.

Valerie se quedó ahí, con el móvil aún en la mano, mirando su propio reflejo en el cristal. No pensó en números. Ni en prestigio. Ni en la nueva cifra del salario.

Pensó en Nicholas.

En su voz esa misma mañana, mientras preparaba café sin preguntarle cómo lo quería. En su mano, apoyada apenas en la curva de su espalda al cruzar la calle, como si ya supiera que ella era casa.

Y pensó, también, en todo lo que había construido sola. En los años de blindaje. En la reputación. En la lucha obsesiva por que

nadie se atreviera a insinuar que estaba allí por algo más que mérito.

Sus labios se curvaron en algo que no era sonrisa. Era reconocimiento.

El miedo ya no mandaba. Pero no se había ido.

Esperó hasta la noche. No porque necesitara pensarlo mejor, sino porque durante todo el día no encontró el valor de abrir la boca y ver lo que más temía en los ojos de Nicholas: decepción.

Él estaba en su salón cuando llegó. Había preparado pasta, pan caliente y un tinto suave. Nada espectacular. Justo lo suficiente. No era rutina. Era cariño. Normalidad. Una escena que no sabía de reestructuraciones ni de jugadas estratégicas.

Valerie dejó el abrigo, se descalzó. Bastó cruzar una palabra para saber que él había notado algo. No preguntó de inmediato. Le sirvió vino. La dejó respirar.

Pero cuando se sentaron y ella ni tocó el tenedor, Nicholas dejó la copa sobre la mesa y la miró.

—¿Qué ha pasado?

Ella no esquivó la pregunta. Tampoco improvisó una excusa.

—Me han ofrecido Chicago —dijo. Una palabra para todo lo que estaba en juego.

Nicholas parpadeó una vez. Nada más. No pidió detalles. No preguntó condiciones. Simplemente la sostuvo con la mirada.

—¿Y qué vas a hacer?

Valerie apartó la vista por primera vez en semanas. No por culpa. Por miedo a que, si lo decía en voz alta, la duda se convirtiera en

obligación.

—No lo sé —murmuró—. Por primera vez, no lo sé.

Él asintió despacio. Con esa serenidad que podía doler más que cualquier reproche.

—No estoy aquí para atarte, Valerie.

Ella lo miró. Y entonces él añadió, sin elevar el tono:

—Pero quiero saber si vas a soltarme.

La frase le cayó en el pecho como un peso exacto. No era chantaje. Era verdad.

Valerie tragó saliva. La garganta le pareció demasiado estrecha para una sola palabra.

—No es por ti —dijo, torpe, pero sincera—. Es por mí. Porque no sé quién soy si no soy esta mujer que lo consigue todo. Y no quiero que pienses que tengo que elegir entre tenerte o tener éxito.

—No quiero que elijas —respondió él—. Solo quiero saber si estoy en tu mapa. Si sigues viéndome cuando imaginas lo que viene.

Ella no contestó. Ni sí, ni no. Se quedó ahí. Respirando. Sintiéndolo.

Esa noche durmieron juntos. Cuerpo con cuerpo.

Pero por primera vez, no soñaron lo mismo.

Pasaron tres días sin resoluciones.

Valerie siguió yendo a la oficina, dirigió reuniones, tomó café a media tarde, como siempre. Como si no llevara encima una decisión capaz de cambiarlo todo. Nadie —ni Nicholas, ni Claire, ni el Consejo — la apuró. La dejaban pensar.

Y pensar siempre había sido su terreno seguro. Hasta ahora.

Lo insoportable era el tiempo. Ese margen para decidir que, en vez de darle aire, la asfixiaba con posibilidades.

La carpeta con la oferta oficial seguía en el segundo cajón. La había leído una vez, sin pestañear. No la abrió de nuevo. No por desinterés. Porque cada cláusula tenía nombre propio. Cada firma llevaba su vida en la letra pequeña.

Esa tarde, Claire entró en su despacho sin avisar. Como llevaba años haciendo. Como si la quietud de Valerie se filtrara por debajo de la puerta.

—¿Tienes un minuto? —preguntó. Aunque ya se estaba sentando.

Valerie asintió. Fingió escribir algo en el portátil. Fingió tanto que le dolió el pecho.

—Sé que no te gustan los consejos —empezó Claire—. Pero voy a darte uno igual.

Valerie dejó de teclear. La miró. Claire no sonreía.

—Hacer lo correcto para tu carrera no siempre significa hacer lo correcto para ti.

La frase se quedó flotando. Sin acusar. Solo constatando.

—Y lo digo como alguien que eligió bien en los informes y mal en los afectos durante años.

Valerie no respondió.

Claire se levantó. En la puerta, se giró.

—Tú decides. Pero recuerda: a veces perder algo es solo la forma en que la vida te pregunta si estabas dispuesta a pelear por ello.

Y se fue.

El silencio cambió de peso.

Valerie se acercó al espejo lateral. Se miró. No el traje. No los tacones. A ella. A la mujer que había aprendido a no temblar, a sonreír en pasillos hostiles, a responder con excelencia cada vez que dudaban de su lugar. También a la que había amado en la sombra. Sin nombre. Sin promesa.

Respiró hondo.

Y pensó: ¿y si amar también es renunciar a algo?

No a él. A una idea. A una narrativa. A ese cuento que se había repetido durante años, donde el amor era accesorio, no elección. Donde querer era lo contrario a avanzar.

Pero… ¿y si no?

¿Y si, por una vez, el salto al vacío no fuera caída… sino aterrizaje?

Se quedó de pie frente al espejo, como si su reflejo guardara una clave que dentro aún no encontraba. En el cristal vio a la mujer que todos reconocían: impecable, brillante, imperturbable. Pero debajo sentía otra cosa. Más honda. Más real.

Y ya no sabía si ambas podían vivir en el mismo cuerpo.

El miedo ya no mandaba. Pero seguía susurrando con la voz de todos los que alguna vez le dijeron que no se puede tenerlo todo. Que amar te vuelve más débil. Que si eliges algo tan frágil como un vínculo, arriesgas todo lo demás.

Y, sin embargo, esa misma mañana, Nicholas le había enviado un mensaje. Cuatro palabras. Ni una exigencia.

"Te estoy esperando. Siempre."

No "decide ya". No "quiero una respuesta". Solo eso. Un ancla en mitad del vértigo.

Valerie cerró los ojos. Lo recordó en la cocina, descalzo, preparándole café sin azúcar. Lo recordó en el ascensor, aquella primera casi-catástrofe. Lo recordó dentro de ella la noche en que no hubo rabia, solo entrega.

Y lo recordó callado, cuando no dijo nada, cuando la dejó decidir aunque supiera que se estaba rompiendo por dentro. Porque el amor, el de verdad, no presiona. Espera. Sabe quedarse.

Volvió al escritorio. Sacó la carpeta. La dejó frente a ella, cerrada. Antes de firmar cualquier cosa, tenía que saber si podía mirarlo a los ojos y decirle que sí a algo más grande que un cargo.

No a una ciudad.

A una vida con él.

Esa noche, en casa, el aire era distinto.

Nicholas no preguntó nada. La miró desde el sofá, con esa quietud suya que no era pasividad, sino confianza. Como si supiera que ella tenía que recorrer el camino sola, aunque él esperara al otro lado.

Valerie se sentó a su lado. No lo besó. No lo abrazó. Solo apoyó la cabeza en su hombro. Cerró los ojos.

—Estoy cansada de ser impecable todo el tiempo —susurró.

Nicholas le acarició la mano.

—Entonces empieza por dejar de serlo conmigo.

No hicieron falta más palabras. La televisión murmuraba algo al fondo, pero nadie estaba mirando. La ciudad seguía fuera, exigiendo excelencia.

En ese salón solo quedaban ellos: una mujer que empezaba a entender que amar no es distracción, y un hombre que ya había decidido quedarse aunque ella tardara un poco más en decirlo.

A la mañana siguiente, el sol se colaba sin permiso por entre las cortinas. Valerie despertó antes que él. Lo observó: respiración tranquila, ceño relajado, la boca entreabierta como si aún le susurrara algo en sueños.

Lo había visto dormir antes. Pero nunca con esa sensación en el pecho que no era miedo, ni ansiedad, ni culpa.

Era conciencia.

Conciencia de lo que podía perder.

Y de lo que aún podía elegir.

No lo despertó. Se levantó despacio. Encendió la cafetera. Se sentó en la barra con la taza caliente entre las manos. No abrió el portátil. No miró el móvil.

Afuera, la ciudad seguía su rutina sin saber que, en ese momento, alguien estaba decidiendo una vida. No un puesto. No un código postal. Una vida.

El teléfono vibró. Un mensaje de Claire:

"Hoy es el día. Solo recuerda: no estás sola."

Valerie sonrió, pequeña. Claire nunca decía más de lo necesario, pero cuando hablaba, apuntaba al centro.

Horas después, la carpeta estaba otra vez sobre su escritorio. El Consejo esperaba una respuesta. No un discurso. Una decisión.

Releyó el documento. Punto por punto. Condición por condición.

Y pensó: ¿de qué sirve subir un escalón más si, al girarte, ya no queda nadie mirándote con esa calma?

A media mañana, cruzó el pasillo y entró en el despacho de Claire. Cerró la puerta.

—No voy a aceptarlo —dijo.

Claire no pareció sorprendida. Asintió, como quien ve confirmarse algo que ya sabía.

—¿Por él? —preguntó.

Valerie dudó un segundo. No porque no supiera la respuesta, sino porque quería decirla bien.

—Por mí —contestó—. Porque estoy cansada de tomar decisiones para que nadie tenga nada que reprocharme. Y porque esta vez… quiero elegir algo que no viene con validación externa, pero sí con verdad.

Volvió a su despacho. Escribió un correo breve al Consejo agradeciendo la oportunidad y rechazando la promoción. No dio explicaciones.

La integridad no se justifica. Se ejerce.

Esa noche, cuando abrió la puerta de casa, Nicholas estaba leyendo en el sofá. Ni siquiera la oyó entrar. Valerie se quedó un segundo en el umbral, mirándolo.

El hombre que la había esperado en silencio. El que la había amado incluso cuando ella no sabía cómo corresponder. El que no le pidió nada… pero lo dio todo.

Él levantó la vista. La encontró. En sus ojos había una pregunta silenciosa. No de presión. De verdad.

Valerie se acercó. Se sentó a su lado. Apoyó la cabeza en su hombro. Cerró los ojos.

No hizo falta decirlo.

No habría anuncios, ni titulares, ni contratos para esta clase de decisión.

Solo eso: el gesto. El cuerpo. La presencia.

Y entonces lo supo: el amor no siempre es cómodo.

Pero siempre, siempre, es una elección.

Capítulo 20

La distancia no llegó con una discusión. No hubo portazos, ni reproches, ni ausencias escandalosas. Solo una ausencia suave, casi educada. Un silencio compartido que no pesaba por lo que se decía, sino por todo lo que ya no hacía falta repetir.

Nicholas seguía ahí. En las reuniones. En los informes. En los pasillos. Pero no en el mismo espacio donde antes la encontraba siempre. Ya no buscaba su mirada al entrar en una sala. Ya no le enviaba notas silenciosas entre columnas de cifras. Ya no rozaba su brazo al pasar. Y, sin embargo, no se había ido.

Eso era lo que más dolía. Que siguiera. Pero no insistiera.

Valerie lo observaba desde la puerta de la sala de juntas, fingiendo revisar un documento mientras él terminaba de hablar con dos analistas de finanzas. Lo escuchó explicar una fusión con su voz precisa, clara, impecable. Esa voz que antes siempre parecía inclinarse un milímetro hacia ella… ahora no iba hacia ningún sitio en concreto.

Aquel hombre que había conseguido hacerla temblar con una sola frase al oído, ahora asentía en reuniones con estricta corrección profesional. Como si su cercanía nunca hubiera sido piel contra piel, sino solo estrategia compartida.

No la evitaba. Pero tampoco la buscaba.

Y eso era peor que cualquier despedida.

Durante tres días, Valerie intentó repetirse que la distancia era necesaria. Que ella había pedido espacio. Que era lo coherente. Que debía pensar con claridad. Que las emociones no podían decidir por su carrera. Que amar no podía ser el argumento para negarse a crecer.

Pero también estaba lo otro.

El hueco en la cama, aunque no durmieran juntos. El silencio después del almuerzo. La falta de ese mensaje a medianoche que solo preguntaba: "¿Estás bien?". Y, sobre todo, la ausencia de esa mirada suya cuando la veía llegar… como si, al verla, por fin llegara a casa.

El cuarto día, Valerie se miró al espejo antes de salir. Traje impecable. Maquillaje sin grietas. Perfume medido. Todo en orden. Menos sus ojos. Había una grieta ahí. Una duda. Una elección que aún no se había atrevido a nombrar.

Pensó: No quiero que me necesite. Quiero que me elija. Como yo… como yo también lo estoy haciendo.

Y por primera vez en días, se permitió imaginar qué significaba quedarse. No por cobardía. No por comodidad. Sino porque quedarse, ahora, pesaba más que cualquier ascenso. Porque si elegir a alguien implicaba renunciar a una cierta idea de éxito, quizá había llegado el momento de redefinir qué significaba ganar.

La sala del consejo no estaba llena, pero sí cargada de expectativa. Ocho personas. Ocho pares de ojos observando con cortesía afilada.

Ninguno lo decía, pero todos sabían que la respuesta de Valerie Knox marcaría algo más que una línea en el organigrama.

Ella entró puntual. Ni antes ni después. Saludó con la misma voz de siempre, la que no titubeaba ni cuando el suelo crujía. Se sentó. Colocó la carpeta con la oferta sobre la mesa, cerrada.

Uno de los consejeros repasó los términos ya conocidos: traslado a Chicago, nuevo cargo, mayor autonomía, equipo propio, incremento salarial, visibilidad estratégica. Una promoción perfecta.

Pero Valerie ya no necesitaba más grande. Necesitaba más verdad.

—Gracias por confiar en mí —empezó, sin temblor—. Sé lo que significa esta oferta. Sé lo que proyecta. Y lo valoro.

El silencio se afinó. Todos esperaban el "sí".

—Pero voy a rechazarla —añadió.

Hubo un murmullo breve, contenido.

Valerie sostuvo la mirada del consejero que encabezaba la propuesta.

—No porque no me crea capaz —continuó—. Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, ya estoy donde quiero estar. Profesional y personalmente. Y no voy a romper eso solo para cumplir una expectativa que ya no me representa.

Nadie respondió enseguida. Ella tampoco buscó aprobación. Esta vez no defendía una estrategia. Se estaba defendiendo a sí misma.

Salió de la sala sin prisa. Caminó por el pasillo principal con paso firme. Sin mirar atrás.

Al llegar frente al despacho de Nicholas, no se detuvo a pensar. Abrió la puerta. Él estaba de pie junto al ventanal, mirando algo en

el móvil. Levantó la vista en cuanto la oyó entrar. En sus ojos no había exigencia. Solo esa pregunta muda que ya conocían los dos: ¿has decidido?

Valerie se acercó despacio. Cerró la puerta detrás de sí.

—Dijiste que no ibas a atarme —dijo, despacio—. Y lo cumpliste. No lo hiciste.

Él no habló. Solo la escuchaba.

—Pero yo no quiero irme —continuó—. Porque te elijo a ti. Con lo que eso implique. Con el vértigo, la incomodidad, las preguntas. Con todo.

Nicholas la miró como quien suelta el aire después de haberlo retenido demasiado tiempo. Dejó el móvil sobre la mesa. Caminó hasta ella. No dijo nada.

La abrazó.

La sostuvo. Largo. Silencioso. Firme.

Ese abrazo no era un gesto más. Era la respuesta que ambos habían estado esperando. No hubo beso todavía. Solo contacto. Frente a frente. Sin armaduras.

A veces, el amor empieza ahí: cuando ya no hace falta convencer. Solo quedarse.

Cuando se separaron, no fue porque quisieran. Fue porque el despacho se había quedado pequeño para tanto aire contenido. Nicholas la miró con mezcla de alivio, ternura y un vértigo

controlado. Ella bajó la vista por un instante, el justo para soltar el último resto de orgullo defensivo. Luego la alzó.

—No sé si esto va a salir bien —admitió—. Pero sé que, por primera vez, no quiero ganar sola. Quiero hacerlo contigo. O fracasar contigo. Pero contigo.

Él no respondió con palabras.

La besó.

Fue un beso lento. Casi reverente. Como si, al rozar sus labios, estuviera dándole las gracias. No solo por quedarse, sino por haber llegado hasta ahí sin traicionarse.

Esa tarde, no volvieron a trabajar. El mundo podía esperar. El correo también.

Bajaron juntos. Nicholas no la tocó en el vestíbulo. No hizo falta. La forma en que la miraba, la forma en que ella inclinaba levemente la cabeza hacia él, decía todo. Ya no había nada que ocultar. Y aun así, seguía siendo íntimo.

Caminaron hasta el apartamento de Valerie al caer la tarde. Luz naranja en las fachadas, ruido de ciudad de fondo. Ella se quitó los zapatos al entrar. Alargó el cuello, cansada pero liviana. Nicholas colgó su abrigo. No hubo conversación inmediata.

En la cocina, ella abrió una botella de vino. Sirvió dos copas. Se sentaron en los taburetes altos, como aquella vez en que todo era todavía un juego peligroso.

Ahora ya no era un juego.

Nicholas la observó mientras llevaba la copa a sus labios.

—¿Segura? —preguntó al fin.

Valerie dejó el cristal sobre la encimera. Lo miró. Sonrió. Suave. Honesta.

—No —dijo—. Pero contigo… no me hace falta estarlo.

Él cerró los ojos un segundo, como si esas palabras fueran más de lo que se había permitido esperar.

Ella se inclinó hacia él. Lo abrazó por la cintura, de lado, apoyando la cabeza en su hombro. Nicholas la rodeó con un brazo. Con la otra mano, dibujó círculos lentos en su antebrazo.

En esa cocina, sin luces fuertes ni discursos, se selló algo. No un pacto verbal. No una promesa firmada. Algo más silencioso. Más profundo.

La clase de elección que no necesita gritarse para ser real.

No encendieron más luces. El apartamento quedó iluminado por el resplandor de la calle. Las farolas dibujaban sombras largas sobre el suelo. El mundo seguía su ritmo frenético afuera. Dentro, todo se movía más despacio.

Valerie se levantó, aún pegada a él, y le tendió la mano. No habló. No hacía falta.

Él la tomó.

Caminaron hasta el dormitorio. Despacio. Sin el vértigo de los primeros encuentros. Sin la urgencia feroz de entonces. Esta vez no había rabia. Solo deseo. Calma. Elección.

Ella se detuvo junto a la cama. Se quitó la camisa sin teatralidad. Después el pantalón. Quedó en ropa interior, descalza, sin maquillaje, sin escudo. No se giró enseguida. Se permitió estar así. A la vista.

Nicholas se acercó por detrás. Le deslizó los dedos por los brazos. Besó su nuca. Ella se apoyó en su pecho. Cerró los ojos. Respiró.

Ahí estuvo la primera promesa: ese aire compartido. Sin palabras.

Se volvió hacia él. Lo desnudó despacio. Botón a botón. Palma abierta sobre su pecho. Bajó la cremallera del pantalón. Él la dejó hacer. Sus ojos no se apartaban de los de ella.

Cuando estuvieron desnudos, no hubo salto ansioso hacia la cama. Solo contacto. Suave. Cálido.

Se sentaron en el borde. Se tomaron de las manos. Nicholas la acarició desde el hombro hasta la muñeca, despacio, como si la aprendiera de nuevo.

—Contigo —dijo Valerie en voz baja—. No porque sea fácil. Sino porque es verdad.

Él besó su frente. Su mejilla. Después su boca. No con hambre. Con pertenencia.

Se tumbaron. Se cubrieron con la sábana. Ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Él le rodeó los hombros con un brazo y le pasó la mano por la espalda, desnuda, en trazos lentos.

No hablaron más.

El sexo podía esperar.

El mundo también.

Lo que no podía esperar más era esa certeza que, por fin, los dos sentían: en ese espacio de silencio compartido, sin pactos escritos, sin escudos, ya eran uno del otro.

Y eso, por fin, era suficiente.

No supieron cuánto tiempo pasó así. La ciudad rugía a través de los cristales; ambulancias, taxis, ruido blanco. Sobre la cama, solo respiraciones acompasadas.

Nicholas habló primero, con la voz baja, rota en los bordes.

—Me daba miedo que eligieras otra cosa.

Ella sonrió contra su piel.

—A mí me daba miedo no elegirte.

Silencio. De los que contienen.

Él la abrazó más fuerte. Como si todavía pudiera escaparse. Como si recordara que, durante años, eso era exactamente lo que ella hacía.

—No sé si sé hacer esto bien —admitió Valerie, mirando el techo —. Lo de estar. Lo de quedarme.

—No necesito perfecto —respondió Nicholas—. Solo real.

Ella giró el rostro. Lo miró. Le rozó la mejilla con los dedos. Lo besó. No buscando respuesta. Solo presencia.

Pensó en todos los ascensos perseguidos como escudos. En todas las veces que confundió poder con certeza. Y luego miró a Nicholas, ahí, sin necesidad de impresionar, sin exigirle nada, sin pedir que fuera otra cosa que lo que ya era.

Ese era el verdadero riesgo. Y también la recompensa.

Apoyó la mano sobre su pecho. Dejó que el pulso la arrullara. No pensó en contratos ni en informes. Pensó en esto.

En quedarse.

En no huir.

En haber elegido, por fin, no la opción más segura… sino la que tenía nombre propio.

Cuando cerró los ojos, no sintió miedo. Ni vergüenza. Ni culpa.
Solo calor.
Solo cuerpo.
Solo verdad.
Y así dejó de ser castigo.
Y empezó, por fin, a ser hogar.

Capítulo 21

La luz entraba por la ventana con descaro, cálida, tibia, como si también quisiera sentarse a desayunar. El reloj del salón marcaba las 9:26, pero Valerie aún no tenía claro si era un día que empezaba… o una noche que todavía se negaba a terminar.

Estaba en el sofá, una manta sobre las piernas, una taza de café entre las manos y el portátil abierto en el regazo. No escribía. No respondía correos. Solo deslizaba la vista por un informe, más por costumbre que por necesidad. Era domingo, pero su cabeza nunca había entendido del todo el concepto de "día libre".

En la cocina, a pocos pasos, Nicholas tarareaba una melodía que ella no reconocía. Iba en camiseta y pantalón de pijama, despeinado, descalzo. Cortaba fruta con la precisión de un cirujano y la despreocupación de alguien que ya ha conseguido lo que realmente quería.

—No te creo cuando dices que estás relajada —comentó, sin girarse, con esa voz suya que siempre sonaba a madrugada.

Valerie alzó una ceja sin apartar del todo la mirada de la pantalla.

—Déjame fingir. Hoy no soy la jefa de nadie.

Nicholas soltó una risa baja. Colocó dos platos en la barra de la cocina y sirvió zumo en dos vasos. Uno más grande. El suyo. El otro,

el de ella, medido como si conociera a la perfección el límite exacto entre “suficiente” y “demasiado”.

—Claire tiene razón —dijo, sentándose a su lado y ofreciéndole el plato con una solemnidad exagerada—. Esta cafetera merece un altar.

—Claire debería montar una tienda online con todo lo que regala —replicó Valerie, dejando por fin el portátil a un lado y cogiendo un trozo de mango—. A mí todavía me tiene fichada como catástrofe emocional.

—Y, sin embargo, mírate ahora —él apoyó la barbilla en su hombro—. Hasta sonríes antes del segundo café.

Valerie no respondió. Solo se inclinó un poco más hacia él. Nicholas le rodeó la cintura con el brazo. La piel, bajo la camiseta, se le erizó apenas. No de frío.

No vivían juntos. No oficialmente. Pero los dos sabían dónde estaban las llaves del otro. Literal y metafóricamente. Nicholas seguía viajando, pero el punto de regreso se había vuelto fijo: ese sofá, esa cocina. Ella.

Y Valerie, por su parte, no había vuelto a cerrar ninguna puerta. Ni la del apartamento. Ni la otra.

Mientras él terminaba de comer, ella volvió a abrir el portátil. Un vistazo rápido. Una nota de su asistente, joven, brillante, ansiosa. Le recordaba a sí misma, sí, pero no a la que fue. A la que habría necesitado tener al lado. Tal vez por eso ahora la protegía con la ferocidad que nadie había tenido con ella.

Le respondió con dos frases. Claras. Firmes. Cálidas.

Cuando cerró el ordenador, Nicholas la miró.

—¿Listo? —preguntó.

Valerie asintió.

—Por hoy, sí. Me rindo.

—No digas eso con esa cara. Suena peligrosamente sexy.

Ella le dio una patada suave bajo la manta. Él fingió un quejido dramático. Acabaron riéndose. Como si no arrastraran una historia entera. Como si no pesaran los miedos, los rumores, las decisiones recientes.

Pero estaba todo. Ahora sí, estaba todo. Porque ya se lo habían contado todo.

Después del desayuno, Nicholas llevó los platos a la cocina sin que ella dijera nada. Valerie ni siquiera lo notó enseguida; se había levantado y caminaba descalza hacia el ventanal. Era una de esas rutinas nuevas que habían aparecido sin planearse, como casi todo lo importante entre ellos.

Desde la ventana, la ciudad parecía menos amenazante. Más lejana. No porque hubiera cambiado. Sino porque ella ya no se sentía tan pequeña frente a ella.

En el reflejo del cristal, vio a Nicholas pasar por detrás con un paño en la mano. Lo vio limpiar con calma, ordenar sin prisas, como si cuidar el espacio fuera otra manera de cuidar lo que habían construido dentro de él.

Se giró.

—Sabes que no hace falta —dijo.

—Lo sé. Por eso lo hago.

A veces eran esas frases las que más le arañaban por dentro. No venían envueltas en urgencia ni en conquista. Venían del lugar al que solo se llega cuando el amor deja de necesitar demostrarse cada cinco minutos.

Fue al dormitorio y abrió el cajón de la mesilla. No "buscaba" nada, pero sus dedos fueron directos al sobre doblado que ya conocía de memoria. Lo sacó. Volvió a leer la única línea, como quien repasa un subrayado antiguo:

Gracias por no huir. —N.

Parecía simple. Pero ella sabía lo que había costado escribirlo. Y, más aún, lo que había costado contestarlo de la única forma que importaba: quedándose.

Guardó el sobre con cuidado y regresó al salón. Nicholas estaba otra vez en el sofá, el portátil abierto, la vista perdida en la pantalla, sin tocar las teclas.

—¿Vas a leer algo o solo quieres parecer ocupado? —preguntó ella, apoyada en el marco.

Él giró un poco la cabeza.

—Estoy esperando a que vengas a interrumpirme.

Valerie caminó despacio, como si cada paso fuera una elección consciente. Se sentó a su lado, se coló bajo la manta, giró el cuerpo hacia él. No lo tocó aún. Solo lo miró.

—¿Sabes qué es lo que más miedo me daba de esto? —preguntó en voz baja.

Nicholas no llenó el silencio. Esperó.

—No era perderte —dijo—. Era no saber cómo sostenerte.

Él cerró el portátil. Lo dejó a un lado. Se volvió hacia ella.

—No necesito que me sostengas —respondió—. Solo que no te vayas.

Valerie apoyó la cabeza en su pecho. Le deslizó los dedos por el pelo. Nicholas le rodeó los hombros. Se quedaron así, respirando el mismo aire, compartiendo todo lo que no se veía.

Y entonces, por primera vez, Valerie se permitió pensarlo con absoluta claridad: todo lo que había temido —el escándalo, la exposición, el caos— había sido real. Pero no invencible. Y todo lo que había ganado —la calma, la ternura, el derecho a no estar sola — también era real. Y, sobre todo, merecido.

Porque no se había rendido.

Solo se había quedado.

Y esta vez, cuando lo eligió, no fue para huir.

Fue, por fin, para quedarse.